

POESIAS

DE

DON ALBERTO LISTA.

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.



MADRID:
EN LA IMPRENTA NACIONAL.

—
1837.

*„Me quoque dicunt
patem pastores : sed non ego credulus illis ;
nam neque adhuc Varo videor , nec dicere Cirna
digna : sed argutos inter strepere anser olores.”*

VIRGIL.



POESÍAS AMOROSAS.

I.

LA PRIMAVERA.

Huyó el sañudo invierno,
y en la templada esfera
sobre las alas del Favonio tierno
brilla la primavera.

Y su guirnalda hermosa
risueña deshojando,
de blanco lirio y encendida rosa
las vegas va sembrando.

No ya de nieve helada
yace el prado cubierto,
ni de amores la selva despojada,
ni el monte triste y yerto.

Que es delicia del cielo,
cuando ríe la aurora,
y ámbares vierte, y el fecundo suelo
de blanda luz colora.

Ya pulsa el harpa de oro
la bella Citeréa,
y en tiernas danzas su festivo coro
los oteros rodéa.

De mirto, pues, y flores
la frente coronemos,
ó Dalmiro, y al dios de los amores
dulces himnos cantemos.

La juventud convida,
y entre clavel y rosa
brinda la ilusion vana de la vida,
aunque vana, gozosa.

Que luego, edad tirana,
las dichas desvaneces:
y del mortal la plácida mañana
no brillará dos veces.

¡Ay! huye la alegría
tu rostro macilento,
y entre tus densas sombras, parca impía,
se pierde en un momento.

De la fatal guadaña
no hay abrigo seguro:
que así hiere la mísera cabaña
como el soberbio muro.

II.

A ELISA.

Cuando á los campos sales, bella Elisa,
se reverdece el prado:
brota la selva amor y el cielo risa,
y ledo trisca el jugueton ganado.

Las márgenes del rio á tu hermosura
tributan amorosas
sobre lechos de plácida verdura
cándidos lirios y encendidas rosas.

El ave te saluda dulcemente;
 cuando en la selva amiga
 contra el sol en los fresnos de la fuente
 cual bajo manto maternal se abriga.

Y cuando á ocaso entre celages de oro
 decline el rayo estivo,
 tejerán los zagales dulce coro
 al son del arroyuelo fugitivo.

Y allí tu nombre el amoroso canto
 y tu desden gracioso
 celebrará, y la risa y el encanto,
 que enagena al pastor mas desdeñoso.

Y luego en los alisos de la cumbre
 lo grabarán risueños:
 y cuando siga á la vencida lumbre
 la noche oscura derramando sueños;

Con frescas y apacibles enramadas
 ornarán tus umbrales,
 y para tí de pomas sazonadas
 esquilmarán los fértiles frutales.

Luego vendrá la sonrosada aurora,
 y en tu serena frente,
 que la inocencia plácida colora,
 nacerá un sol mas bello y refulgente.

Asi en gozoso círculo girando
 tu juventud florida,
 de la beldad los triunfos disfrutando,
 en continuo solaz gozas tu vida.

Ama, Elisa gentil. Sereno el cielo
 ora brilla y tranquilo:

de la edad teme el inminente vuelo,
y contra su furor busca un asilo.

III.

EL CONVITE DEL PESCADOR. (Traducción del *Metastasio*.)

Ven, ya baja la noche, amada mía:
y en la fresca ribera
respirarás de la marina fría
el aura placentera.

Ven, dulce amor: su delicioso aliento
gocemos en la arena,
ora que el soplo del Favonio lento
crespa la mar serena.

Deja, mi Elisa, la feliz cabaña,
que alberga tu hermosura,
y descienda el placer de la montaña
á la playa segura.

Cuando esparce la noche el negro velo,
mas lucientes y bellas
verás el claro mar, émulo al cielo,
retratar sus estrellas:

Y en ascendiendo á la celeste cumbre
la luna sosegada,
rielar en largo surco su alba lumbre,
por las ondas quebrada.

Y cuando nazca el sonrosado día,
al son de ruda ayena
te contaré, dulce zagala mía,

mi enamorada pena.

O si mas , bella Elisa , te recrea ,
entre las blandas flores ,
de Glauco ó de la linda Galatéa
cantaré los amores.

Tú con dorada caña y corvo anzuelo
pescadora y zagala ,
las deidades del mar y las del suelo
envidiarán tu gala.

¡ Ah ! no ya el pez se salvará escondido
tras el peñasco algozo :
que vendrá alegre por el mar tendido
al lazo venturoso.

Y las ninfas del piélagos sereno ,
dejando los cristales ,
festivas te ornarán el albo seno
de lúcidos corales.

IV.

DEBE GOZARSE DE LA JUVENTUD. (*Imitacion de Horacio.*)

¿ No ves cómo blanquéa
coronada de nieve la alta cumbre,
y sus hojas desea
la selva yerta y del abril la lumbre,
y en prisiones de hielo
se para encadenado el arroyuelo?

Echa con larga mano
en el fuego la encina destrozada:

del Aquilon insano
 burla la furia en la mansion cerrada,
 y la que el Létes cria
 llene los vasos plácida ambrosía.

Que las altas deidades
 sosegarán los vientos tempestosos.
 Las dulces soledades
 del bosque y los oteros deliciosos
 y la gentil pradera
 gozarás en la alegre primavera.

Mas no del tiempo fies,
 que en alas de las horas va volando.
 Ora bebes y ries :
 este momento inesperado y blando,
 que concede la suerte,
 róble astuto á la implacable muerte.

Mientras tu frente hermosa
 no amenace con rugas y con canas
 la senectud morosa,
 goza de abril las plácidas mañanas
 y las danzas y amores,
 y con tu bella hablar entre las flores.

Y su reir travieso,
 cuando artera se oculta en los rosales,
 castigue el dulce beso:
 mas dulce que de Himeto los panales
 al jóven amoroso,
 y á la que lo resiste aun mas sabroso.

V.

LA LUNA.

Mueve la luna el carro soñoliento
 en tardo giro, y tibio resplandece
 por la esfera su rayo macilento,
 que los vecinos astros oscurece :
 y mientras se adormece
 en blando sueño el mundo sosegado,
 las tinieblas disipa, y la campaña
 y el silencioso prado
 de sus reflejos plácidos se baña.

Vence la cumbre del opuesto monte,
 y dominando la inferior ladera,
 brilla elevada en todo el horizonte,
 y retrata su imágen placentera
 en la sesga ribera.

En tanto el bello Arturo al mar sonoro
 baja en curso veloz precipitado,
 y el cayado de oro
 esconde en el cristal del golfo helado.

Y las medrosas horas, ocupando
 el ancho cielo, en toda su carrera
 los extendidos campos van sembrando
 de mustia adelfa y triste adormidera.
 Renueva lastimera
 Filomena su canto dolorido;
 y al aire dando las nocturnas alas,

con hórrido graznido
 los bosques llena el ave grata á Palas.

En profundo letargo entorpecida
 yace la tierra : el Aquilon rugiente
 cesa : la inmensa mar calla adormida :
 mas ¡ay! vela el amor : su voz potente
 la bella diosa siente :
 y el carro abandonando en la alta esfera ,
 al Latmo umbroso vuela, en cuya falda
 su Endimion la espera
 sobre lechos de rosa y esmeralda.

¡ Oh crudo amor ! despues que el vengativo
 brazo aplicaste al arco mas certero ,
 y la flecha, teñida en fuego vivo ,
 traspasó de Diana el pecho fiero ,
 no ya con pie ligero
 correr le place tras fugaz venado
 del fértil Erimanto las riberas ,
 ni el venablo acerado
 esgrimir en las ménalas praderas.

Solo del Latmo la floresta oscura
 y la cima selvática le agrada.
 Allí el pudor divino y la hermosura
 cede á un mortal ; y amante mas que amada ,
 rinde al amor el culto silencioso ,
 que entre sus ninfas pérfida le niega ;
 y al jóven venturoso
 las breves horas de su imperio entrega.

Mas ¡ oh ! ¡ cuán triste y pesarosa siente
 del nuevo dia el resplandor cercano !

ya en las brillantes puertas del oriente
 ve la cuadriga del odioso hermano
 rayando el océano:
 suspira, y maldiciendo el giro eterno,
 que de su dulce amante la desata,
 bañada en llanto tierno
 vuelve á regir el pértigo de plata.

Salve, oh benigna diosa, ó tú, del sueño,
 y del silencio tímido señora:
 salve: derrama al mundo tu beleño,
 de dichosos amantes protectora.
 Si el bien, que me enamora,
 á la plácida sombra de tu velo
 mi tierno pecho llena de alegría,
 ¡oh! nunca dore el suelo
 la clara luz del importuno día.

VI.

LA QUEJA. *(Imitando el estilo de Calderon.)*

Si pudo el llanto mio
 triunfar, Elisa bella,
 de mi infeliz estrella,
 de tu desden impío,
 y me permites hoy que bese ufano
 la pura nieve de tu hermosa mano:

A tus plantas rendido
 humilde amante llevo,
 y aceptado mi fuego,

si no correspondido,
 un corazon en cada aliento deja,
 y un alma enamorada en cada queja.

Llorar fieros desdenes,
 celos, rigor, mudanza,
 tan falsa la esperanza,
 tan rápidos los bienes,
 es la herencia comun, que han dividido
 entre sí los vasallos de Cupido.

Mas ¿quién de los favores,
 Elisa, se ha quejado?
 Sentir el que es amado
 es locura en amores
 tan nueva, que tu esclavo hallar procura
 suspiros que disculpen su locura.

Cuando el desden, bien mio,
 hirió mi pecho tierno,
 siendo mi llanto eterno
 y eterno tu desvío,
 esperé que aprendiese maltratado
 el arte de olvidar lo que se ha amado.

Mas de una vez la pena
 viendo que me affigia,
 el mismo amor queria
 que huyese tu cadena,
 y cediese mi cárcel rigorosa
 á un alma mas paciente ó mas dichosa.

Mas cuando á mi ternura
 tu pecho es menos fiero,
 ni libertad espero,

ni espero paz segura :
 que eres muy bella tú, yo desdichado,
 y necio ó tibio, amante confiado.

Ese jóven gallardo,
 que para darme enojos
 roba á tus dulces ojos
 miradas que yo aguardo,
 me hace temer que siga mi ventura
 la instable condicion de la hermosura.

Galan y lisonjero,
 habiéndose añadido
 á dichas de admitido
 licencias de extrangero,
 ya que no te merezca algun cuidado,
 consigue al menos tu apacible agrado.

Yo celoso afligido
 y amante venturoso,
 que es dos veces celoso,
 y él amante y oido,
 decide tú si en mi inconstante suerte
 el lograr tu favor es vida ó muerte.

No es justo ya que ignore
 si el bien ó el mal me has dado:
 ser debo el envidiado,
 Elisa, y no el que llore:
 ó goce solo yo tu amor entero,
 ó vuelva á darme tu desden primero.

VII.

AL MISMO ASUNTO. (*Imitacion de Horacio.*)

Cuando tú alabas, Filis, de Cratilo
el talle airoso y el mirar ardiente
y la destreza en someter al freno
el alazan brioso:

Apenas puede el corazon la ira
contener que lo inflama: demudado
se inclina mi semblante, y loco y ciego
con encendido llanto,

Que las mejillas pálidas inunda,
del fuego lento que me abrasa el alma,
te doy á mi pesar, ingrata Filis,
señales manifiestas.

Ardo, si los colores que lo adornan,
brillar miro en tu pecho fementido:
ardo, si entre las vueltas de la danza
con sus brazos te estrecha.

¡Ay! sus brazos robustos, avezados
á la sangrienta lid, ofender pueden
ese florido cuerpo, donde Vénus
todo su encanto puso.

Ni esperes de él constancia: si indignado
suená en el campo el grito de Mavorte,
vuela el guerrero á la funesta gloria,
y del amor se olvida.

Premia, premia el ardor inextinguible

de un tierno pecho que por tí suspira :
que en él solo la muerte , dulce dueño ,
podrá borrar tu imágen.

VIII.

LA ENTRADA DEL INVIERNO.

Ya, dulce Albino , deshojó el noviembre
del blando otoño la gentil guirnalda :
rugen los Notos y Aquilon envía
mares de nieve.

Nace el invierno , hiela con su aliento
el monte altivo , la mansion de Flora :
yo con el vino su crueldad sañuda
burlo y sus iras.

Ni el grato Baco del amor suave
desdeña al fuego del hogar seguro
las dulces flechas , que en tus ojos , Fílis ,
tira á mi pecho.

Los gratos dones nos prodiga el Lete
de sus viñedos , ni la hercúlea playa
ni la fenicia Málaga nos niega
vino suave.

Pláticas largas é inocentes risas
la noche abrevian. Las malvadas horas
roban la vida , del placer divino
raudas huyendo.

Tú de Minerva las sagradas aras
pisas insomne , y de Cupido y Baco

la dulce llama, que al mortal recrea,
próvido huyes.

Y de Sileno la pampínea enseña
y de Accidalia los nevados cisnes
dejas, y al ave de la noche augusta
sigues callado.

Ya en negra tabla los certeros signos
copias de Hipatia, del divino Euclides
ya las figuras, que la inmensa tierra
miden y el orbe.

Nuevo Keplero á los etéreos astros
dictarás leyes: mientras yo modesto
y mas felice las de Fílis bella
tierno recibo.

IX.

EL AMOR NO CONOCIDO.

Vuelve, adorada Fílis, vuelve al seno
de los constantes cándidos amores:
vuelve á la orilla, dó su nido hicieran,
del Bétis cristalino.

Ven, que el ardiente inextinguible fuego,
que en el pecho de Anfriso derramaste,
para exhalarse en férvidas caricias
espera tu presencia.

Creció escondido: con el falso nombre
de la amistad aleve serpeando
por mis entrañas todas, de repente

cual es se manifiesta.

Asi de nieve su elevada cumbre
corona el Etna, y la mansion severa
de áspero invierno y de Aquilon silboso
al peregrino anuncia.

En tanto abrasa el cavernoso abismo
oculto fuego, y repentino lanza
por su humeante dividida cima
mares de ardiente lava.

Rugen los bosques encendidos, ruge
el hervoroso piélagos, bañado
de llama infausta: y cárdenas centellas
vomita al firmamento.

¡Ah Fílis, Fílis! te engañé: los dulces
de amistad que me diste blandos besos,
para mí fueron las sañudas flechas
del insano Cupido.

Maligno sonreía el niño ciego
y de mí necio orgullo se burlaba:
«prueba, me dice, prueba de este arco
la fuerza vencedora.

Aprende á amar á Fílis sin peligro:
aprende á ver sus celestiales gracias,
su blanda risa, su colmado seno
y sus ardientes ojos:

Aprende á ver los bienes mas preciados
que á sus dulces amantes da Citéres,
sin sentir del amor y del deseo
el aguijon sañado.”

Ya estoy vencido: si tu flecha esquivá

sin conocerla ; ay triste ! me ha llagado,
ya el cuello doblo á tu seguro yugo
é imploro tus piedades.

Mas no ; de tí , maligno , nada espero :
solo espero en tu pecho bondadoso ,
ó dulce Fílis , que á mi triste herida
remedio des suave.

No pido que al delirio correspondas ,
en que me abraso : mas concede al menos
los besos de una amiga compasiva
al labio de tu Anfriso.

X.

EL CONVITE DE ESTIO.

Se exhalan ya de mi vergel frondoso
suavísimos aromas ,
y por las ramas del frutal pomposo
cuelgan racimos de esmaltadas pomas.

Venid , dulces amigos. Cuando al dia
venza la noche oscura ,
mas bella luz á la enramada umbría
dará , querida Emilia , tu hermosura.

Sileno , no del pérsico aparato
ostentes el tesoro ,
ni el don de la amistad sencillo y grato
en vasos brindes de funesto oro.

Rosa tardía , que entre nieve crece ,
no adorne mi guirnalda :

ni el preciado jacinto que florece
del alto Olimpo en la remota falda.

Mas coge , Aristo , el arrayan nativo
que alfombra nuestros prados ,
y el cándido jazmin y el lirio altivo,
de alegre mejorana entrelazados.

Y de mi amada la graciosa frente
ciñan y el albo seno ,
y á sus labios de rosa el fresco ambiente
lleve el aroma del cercado ameno.

Cede el calor , el rayo fulminante
ni aun dora la montaña ;
y en los profundos piélagos de Atlante
su carro enardecido Apolo baña.

Ven , dulce amiga , ven. La vid hermosa
en su sombra se engríe :
templa Aristo la lira armoniosa ,
tu Anfriso canta ya : Sileno rie.

La mesa de sus frutos deliciosos
el verano rodea.
Mira cómo en los vasos anchurosos
el regalado néctar centellea.

Bebamos : que tus ojos mas ardientes
flechará el dulce vino :
y entre festivos juegos é inocentes
la parca burlaremos y el destino.

XI.

A EMILIA.

Ven, mi pastora. Los templados rayos
del sol de primavera
fecundan ya nuestra feraz campiña.
Las rosas vierte el mayo delicioso
de su lecho florido,
cuna feliz de amor correspondido.

Ven: la tórtola amante ya despide
de su abrasado seno
el quejido de amor: la selva umbría
resuena con su arrullo, y el Favonio
lo conduce en sus alas,
dó envidiosas lo escuchen las zagalas.

¿No ves la aurora por el rojo oriente
derramar esplendores
al adormido mundo? ¿no respiras
el ámbar de las flores, que guarnecen
la esmaltada ribera,
y el aroma que exhala la pradera?

Mira cuál quiebra en la argentada gota
del matinal rocío
el sol naciente sus primeros rayos.
Mira cuál cubren campos y colinas
las ondeantes mieses,
y cuál retozan las alegres reses.

Todo es placer y amor: el ave canta,

y los blandos amores
 en torno vuelan del caliente nido.
 Céfito, por las vegas discurriendo,
 de ardiente amor suspira:
 naturaleza toda amor respira.

Ama tú, dulce Emilia: ven, corona
 de tu Anfriso las penas:
 ya las primeras frutas he cogido
 de mi vergel, y entre las frescas hojas
 las puse en la sombría
 junto á la gruta de la fuente fría.

Ya despoje las altas rosaleras
 de su fecundo esquilmo:
 ya tejí el venturoso ramillete
 y la guirnalda que en tu frente y seno
 yo pondré enagenado,
 premiando una sonrisa mi cuidado.

En tanto tu rebaño desparcido
 por el vecino otero
 despuntará la yerba aljofarada;
 y cuando baje del cenit ardiente
 la calurosa siesta,
 triscará solazado en la floresta.

Entonces su frescura deliciosa
 nos dará el arroyuelo,
 de perpetuos laureles coronado:
 y sentada á la márgen floreciente,
 que besan sus raudales,
 mirarás tu hermosura en los cristales.

O si ya entre los árboles del bosque

el ruiñeñor lamenta
 su malogrado amor, la grata imágen
 renovarás del llanto afortunado,
 que venció tus desdenes
 y trocó mi penar en dulces bienes.

O ya del colorin la voz suave
 enagenada oyendo,
 que entre las ramas del frutal se queja,
 suspirarás de amor, y de tus ojos
 el dulce ardor sereno
 lanzará amor á mi encendido seno.

Cupido sonreirá. Del centro frio
 de la vecina gruta
 nos llamará con voz irresistible.
 Entonces ¡ ay ! traspasará tu pecho
 su dardo mas ardiente,
 que amar solo permite á quien lo siente.

¡ Ay, ven ! ya el astro del rosado dia
 la hermosa frente alza
 del seno de la aurora ; y yo inundado
 de la niebla, el lucero todavía
 viva luz destellaba,
 y ya junto á los sauces te esperaba.

XII.

LOS CELOS.

Esta es la mansa y cristalina fuente,
 dó tantas veces ví mi dulce amada,

mientras Febo rayaba el claro oriente,
dar envidia á la aurora nacarada.

Aquellos son los céspedes floridos,
dó al aura respirando los olores,
envenenó mi mente y mis sentidos
su tierno canto derramando amores.

Sentada allí, la tarde fugitiva
en deliciosa plática olvidamos:
allí la juré amor, cuando festiva
ciñó mi frente de olorosos ramos.

Junto á aquel arrayan con blando lloro
bañó el puro semblante enardecido,
y en mis felices manos el tesoro
entregó de su mano apetecido.

En este bosque de placer sedientos,
coronamos á amor de nuevas glorias:
allí y allí. . . ¡oh lugares! ¡oh momentos!
dadme á Emilia, ó guardad vuestras memorias.

¿Dónde, perdido bien, de mí volaste?
¡ay! vuelve, vuelve al pecho que te adora.
Tú, vergel, que felice me miraste,
¿dónde ocultas mi amada encantadora?

El viento entre las ramas murmurando,
«tras otro amante fue» triste me dice:
la fuente, sus cristales agitando,
«Burló, clama, tu amor: muere, infelice.»

Las flores, que su planta embellecía,
ora gimen marchitas y llorosas:
«no precia ya tu amor la ingrata impía:
por otro amante anhela y otras rosas.»

Y ¿esto, Emilia, es amar? ¡y acaso ahora
en contemplar mis penas te complaces!

¡y á ese nuevo feliz, que te enamora,
de mi eterno dolor gozar le haces!

¡Oh perfidia! ¡oh baldon! teme, perjura,
todo el furor de un injuriado amante:
mas ¡ay! que te defiende mi ternura,
la ternura, que ultrajas inconstante.

¡Oh nunca del amor correspondido
la sonrisa en tus labios sorprendiera!
nunca de tu mirar enardécido
el veneno mortal probado hubiera!

¡Emilia! nombre amable, nombre odioso
á un alma, que te adora y que atormentas,
¿por qué las gracias del semblante hermoso
con el engaño y la inconstancia afrentas?

Del penar mas acerbo é inclemente
triste ejemplar al amador ofrezco,
¡ay! condenado á amar eternamente
la misma fementida, que aborrezco.

XIII.

EL AMOR INMORTAL,

En tus hermosos ojos templar pudo
el dios de los amores
aquel arpon tan dulce como agudo,
que para herirme coronó de flores.

De ese cabello de oro, que enagena
 mi pecho enamorado,
 pudo tejer la plácida cadena,
 que á tus plantas me tiene aprisionado.

O en los lirios del seno, ó en la rosa
 del cándido semblante
 pudo labrar la cárcel deliciosa,
 que preparaba á tu feliz amante.

La juventud, la gracia halagadora,
 el talle torneado,
 esa risa mas dulce que la aurora,
 cuando ilumina el soñoliento prado:

Tu hechícera mirada, tu festivo
 candor, tu hablar suave
 el corazon mas fiero y mas esquivo
 domar pudieran; y el amor lo sabe.

Mas no con rayo, que mudables vientos
 apaguen, quiso herirme,
 ni en caducos y frágiles cimientos
 labrar una pasion constante y firme.

Yo ví en tí el puro asilo, dó se anida
 la cándida inocencia,
 y al blando sentimiento la fe unida
 y en verde juventud dócil prudencia.

Yo ví cuán compasiva é indulgente
 con apacible agrado
 tu hermosa mano alivia al indigente:
 tu dulce hablar consuela al desgraciado.

Yo lo ví y te adoré, y en llama eterna
 el pecho me encendiste:

que la santa virtud, la piedad tierna
del crudo tiempo al huracan resiste.

Deshójase la flor de la hermosura,
se agostan los placeres ;
y allá en la márgen de la tumba oscura ,
deleite encantador , ni aun sombra eres.

En tí, mi dulce bien, cuando tu aurora
florece placentera ,
amo el carmín , que no se descolora ,
amo la luz , que siempre reverbera.

¡Ay! este amor de mi felice vida
será el postrer aliento :
y su llama inmortal correspondida
arderá mas allá de aquel momento.

XIV.

EL SUEÑO DEL INFORTUNIO.

„Sunt lacrymae rerum.“

VIRGILIO.

¡ Qué horror ! La fiera noche
ha triplicado el denegrado manto
de tinieblas sin fin. Huyó del cielo
el nocturno esplendor : no hay una estrella ,
que con su yerta amortiguada lumbre
hiera la oscuridad del firmamento.
Oscuridad, silencio, del destino
imágenes augustas ¡ cuán terribles

acongojais mi atormentado pecho !
 ¡ cuán bien correspondeis á los latidos
 de un malherido corazon !. . Ya brama
 el Aquilon sañudo :
 ya ruge en los lejanos horizontes
 el trueno aterrador. . . Lá negra esfera
 cárdeno rompe el precursor del rayo ,
 su efímero fulgor mezclando á veces
 con la luz de esa lámpara sombría ,
 que á mis cansados ojos roba apénas
 la densa oscuridad. . . Triste silencio
 domina infausto esta mansion de llanto :
 otro tiempo mansion de mi delicia ,
 trono del dulce amor. . . Yo solo velo ,
 solo : y ¿ yo solo peno ? . . . Todos duermen :
 mas ¡ ay ! que no descansan. . . ¿ qué suspiro
 encendiendo los vientos á deshora
 hiere mi corazon ? . . . ¿ No le conoces ,
 triste Anfriso ? ¡ ah ! que no. Dichosos dias ,
 que en mis brazos la vísteis reclinada
 palpitando de amor y de ternura ,
 entonces sí su enardecido seno
 del placer exhalaba los suspiros ;
 mas este es de infortunio. . . ¡ qué agitada
 duerme el único bien de la alma mía ,
 hermosa en su dolor , muy mas hermosa ,
 que cuando alegre , satisfecha y tierna
 á mi lado esperó la luz del alba ! .
 Duerme , mi bien , mi encanto , mi delicia :
 dulce como el olor de las praderas

more el sueño en tus ojos: duerme, amada:
 desata, blando amor, del bosque idalio
 las mas templadas auras, y al oido
 mi fuego y mi constancia le susurren.
 Halaga entre tus brazos, ó Morféo,
 su herido corazon: que se regale
 en la querida imágen de su Anfriso.
 Derramad en su frente atormentada
 las rosas del placer, y los recuerdos
 de tan gozosos como breves dias,
 que mi ventura fue, que fui la suya,
 disipen los pesares de su pecho.
 Mas ¡ ay! que no. . ¡ Cuál gime! ¡ cuál palpita
 el blanco seno! ¡ cuál la linda mano
 oprime el corazon por sostenerlo!
 ¡ cuál arden sus mejillas! destrenzada
 la hermosa cabellera, circulando
 por el nevado cuello, vaga incierta.
 ¡ Pero qué miro! ¡ lloras, dulce Elisa!
 lloras ¡ ay! y envenena el infortunio
 de ese breve descanso los momentos.
 Una lágrima sola se ha escapado
 de sus cerrados párpados; girando
 sobre el carmin de su purpúreo rostro,
 brilla como la perla del rocío
 entre el matiz de la naciente rosa.
 Bebedla, labios míos: mas no ¡ ay triste!
 el silencio respeta de sus penas,
 amante corazon. . . Seis veces Febo
 trajo la luz al aterido mundo,

seis veces las tinieblas de la noche
 envolvieron el cielo, mar y tierra,
 y un solo instante la amorosa hija
 el lecho de la madre moribunda
 no cesó de regar con tierno llanto.
 ¡O piedad filial! toda perdida
 en su amargo pesar, de sí olvidada,
 de un amante olvidada que la adora,
 entre el temor y la esperanza anhela,
 se agita al lado de la dulce madre,
 llora y oprime el encendido lloro
 por robarlo á su vista. Los cariños,
 que la angustiada enferma le prodiga,
 el arpon del dolor clavan mas hondo
 en su afligido corazon. Recuerdos
 de la edad juvenil, de la edad tierna,
 la infelice horfandad, que la amenaza,
 cuanto gozó y penó, todo la aflige.
 Alma celeste y pura, hermoso pecho,
 dó la santa virtud fijó su trono,
 gloria de mi existencia y dulce hechizo,
 mi bien, mi amor, mi todo, ¡quién pudiera
 el rayo asolador de la desgracia,
 quedando libre tú, recibir solo!
 ¡hija del infortunio! ¡quién me diera,
 que aqueste triste pecho acometido
 de tormentos sin fin, olvido, celos,
 desden, desolacion y horror de muerte,
 los abatidos ojos levantando
 satisfecha y gozosa te mirase!

muriera yo ¡ ay de mí ! mas no penaras. . .
 Duerme, mi dulce bien ; duerme, amor mio :
 tu existencia un momento interrumpida
 te robará al dolor. . . Recibe ahora
 en este breve y temeroso beso,
 que apénas hollará tu pura frente,
 los votos de un amante enardecido.
 El vivió para tí : morir promete
 porque vivas feliz. Reposa, amada,
 en el regazo plácido del sueño.
 Cesa ya de silbar, Abrego impío :
 cesa, horrorosa tempestad : sus alas
 tiendan el Austro y el Favonio blando :
 que está el bien de mi vida descansando.

XV.

A DON DIEGO MONTERO, MI AMIGO.

„Y el pesar de su ausencia vi trocarse,
 no en pena, no en congoja, en cruda muerte,
 y en fuego eterno el alma atormentarse.”

GARCILASO.

Almansa 2 de Octubre de 18...

Aquí, dó de Berwik la excelsa gloria
 el mármol á los siglos va anunciando
 y del ingles vencido la memoria ;

Pides, querido amigo, que templando
 mi ya olvidada cítara, del viento
 suspenda el curso con su tono blando.

Quieres que el ceño adusto y macilento
de esa montaña lóbrega y sombría
la suavidad mitigue de mi acento.

¿Y podrá resonar la lira mía
en esta soledad tan dulcemente,
como en el Bétis resonar solía?

¿Podrá el herido corazón doliente,
este sensible corazón, que llora
con lágrimas sin fin su bien ausente?

¿Podrá exhalar la voz encantadora,
que tal vez complacido y satisfecho,
me oyó la noche y la naciente aurora?

No, mi Montero: á un afligido pecho
solo gemir, solo penar le es dado,
en amorosas lágrimas deshecho.

Tú ignoras en qué abismo quiso el hado,
flechando de una vez todas sus iras,
precipitar un triste desgraciado.

¿Ves el desnudo monte? ¿el valle miras,
de donde exhala el lívido torrente
las mortíferas auras, que respiras?

Pues comparado al peso, que inclemente
el corazón me oprime de continuo,
es dulce otero y prado floreciente.

Este áspero desierto y sin camino,
lleno solo de sombras funerales,
que á la ambición sacrificó el destino;

Es campiña de mieses y rosales,
dó se goza el abril, si se compara
á la eterna amargura de mis males.

Y el cielo abrasador ; que nube rara
entolda , y cuyo fuego despiadado
las árticas montañas liquidara ;

Es el cielo , que al Tempe regalado
cubre , ó al bello Dauro ó Guadaira ,
junto al ardor del pecho atormentado.

Mi corazon anhela y no respira :
no es sangre , no , que es fuego el que en mis venas ,
consumiendo mi ser , violento gira.

Oye la historia amarga de mis penas ;
óyela y tiembla , amigo , si algun dia
quiere el amor , que arrastre sus cadenas.

En la ribera plácida que enfría
Guadalquivir , dó el sol del occidente
el postrer rayo de su fuego envía :

Ví una hermosura en el verdor lucente
de sus floridos años , que el sentido
me enagenó festiva é inocente.

De Minerva y las musas atraído
pasara yo mi juventud dichosa ,
en fáciles cuidados divertido.

Por vez primera entonces la amorosa
llama probé : se decidió mi suerte ,
y dueño halló mi voluntad ociosa.

Sentí ; ay de mí ! sentí que hasta la muerte
sin redencion estaba ya enredado
en el lazo tan dulce como fuerte.

La celesté ocasion de mi cuidado
no juveniles gracias y hermosura
ostentó solo á un pecho ya entregado :

Mas un alma tan firme, tan segura
de su valor, bondad tan generosa,
tan grato hablar, tan tierna risa y pura;

Que la fiera mas fiera y mas sañosa
y un corazon de triplicado acero
postrara fácil á su planta hermosa.

¿Quién te podrá decir, dulce Montero,
lo que fue de tu Anfriso en el instante
que al declarar la pena de que muero,

El pecho, que temí duro diamante,
y sin piedad á mi dolor y esquivo,
sus lágrimas dijeron, que era amante?

Dulce raudal de amor copioso y vivo
deslizarse miré por su mejilla,
blandos ojos volver á su cautivo:

Y aquella blanca mano, á la que humilla
la rosa su carmin, su albor la nieve,
entre mis manos venturosas brilla.

Ni el templado Favonio, cuando mueve
sus alas entre plácidos olores,
ni el puro aljófara, que la aurora llueve,

Tan gratos son al prado y á las flores,
como las bellas lágrimas, que vierte,
nuncios de la ternura y los amores.

En esperanzas mi temor convierte:
mi pena en gloria; y el favor perjuro
¡simple! aplaudí de la inconstante suerte.

¡Cuán incauto ¡ay de mí! canté seguro
en la lira, que Apolo me fiara,
su gracioso desden, su halago puro;

Las encendidas rosas de su cara,
 su torneada mano, el dulce beso,
 dulce siempre, ó lo diera ó lo negara;

Su blanda risa y plácida, embeleso
 del ciego corazón, y el tierno llanto,
 que el fermentado amor bebió travieso!

Testigos fueron de mi alegre canto
 la aurora y la tiniebla. El claro día
 tendiendo al orbe su rosado manto:

Los fuegos del ardiente mediodía,
 la fugitiva tarde, todos vieron
 inundada en placer el alma mía.

Diez veces la morada enrojecieron
 del Aries los febéos esplendores,
 diez veces el remoto polo hirieron;

Yo divertido en plácidos amores,
 aquel siglo de gloria delicioso
 como el aura fugaz pasó entre flores.

Y en un momento el hado envidioso
 convirtió de mi dicha el claro día
 en noche oscura y cielo tempestoso.

Y el despiadado amor, cuya alegría
 son los ayes, que el mísero suspira,
 me arrojó, Marte, á tu contienda impía.

La horrenda enseña de venganza é ira
 seguí infelice lejos de aquel prado,
 dó el blando pecho, en que viví, respira:

De aquella boca y seno delicado,
 de aquel dulce ademan, de aquellos ojos
 que adora el corazón desventurado.

¡Ay! ¿qué á mí con los ásperos enojos
de la guerra cruel? ¿cuándo he querido
parte, fiera ambicion, en tus despojos?

Allá siga el tirano empedernido
las armas sin piedad: siga el estruendo,
siga el carro de Marte embravecido.

Atienda de la trompa el son horrendo,
complázcase en el campo ensangrentado,
que el cañon de destrozos va cubriendo.

Y un tierno corazon enamorado,
solo placer, solo respire amores,
solo ambicione amar y ser amado.

Logre troféos de inocentes flores,
cogidas en el seno de su hermosa,
y arrebate dulcísimos favores.

Dé á la batalla seña sonora
del blando beso el plácido estallido,
y él termine la lucha deliciosa.

Yo alumno de las musas y Cupido
en el campo de horror á mi despecho
por la agena ambicion fuí conducido.

Me arrancó airada del paterno techo,
y sin ser á otra cosa poderoso,
mi adorado placer voló deshecho.

¿Por qué no sufre el cielo rigoroso,
contra el humano mísero indignado,
que ningun amador viva dichoso?

¿Quién ¡infelice! como yo fue amado?
¿Quién divertido en fáciles placeres
vivió de la ambicion mas olvidado?

¿Cuándo al metal, que tú, codicia, adquieres,
troqué la paz, ó dulce medianía,
ni el bien tranquilo, cuya fuente eres?

Nada bastó. Del claro mediodía
hasta los mares lóbregos del polo
creció el incendio de la guerra impía.

A cuantos pueblos ilumina Apolo
se extendió destructor: y ¿no tocado
mi humilde techo se librara solo?

Fue preciso, Montero, que arrancado
de su firme raiz el trono ibero
y el orgullo frances fuese humillado:

Para que de mi sueño lisonjero
despertase infeliz: para que huyese
aquel asilo del amor sincero:

Para que bajel mísero siguiese
el impulso del viento enfurecido,
y entre escarpadas rocas pereciese.

Y porque muera ¡ay Dios! tan abatido
cuanto dichoso fuí, la cruda ausencia
es quien devora el pecho dolorido:

De cuantos el amor en su inclemencia
monstruos produce el monstruo mas horrendo,
que no cede al valor ni á la paciencia.

Hiere el desden; y al paso que va hiriendo,
cual la lanza de Aquiles, sanar suele
el ofendido orgullo conmoviendo.

Aunque entre halagos la inconstancia vele
su pérvida crueldad, el desengaño
destroza el lazo vil, que agrada y duele.

Sabe sufrir un año y otro año
 combatiendo al amor el pecho fuerte,
 que descubrió una vez su torpe engaño.

Y si tu amado bien robó la muerte,
 muere y descansa; que en la muerte acaba
 todo el poder de la implacable suerte.

Mas ¡ay! la ausencia ¿qué dolor no agrava?
 ni ¿qué dulce esperanza la consuela,
 de la sospecha vil tímida esclava?

Tal vez injusto el corazón recela,
 (perdona, Elisa, á un desgraciado amante)
 que un amor mas dichoso te desvela.

Y tal vez temo, si pasión constante,
 belleza y juventud yertos despojos
 fueron ya de la tumba devorante.

El sospechado mal ciertos enojos
 me causa, y en mi acerba desventura
 cuanto puedo temer lloran mis ojos.

Feliz tú, amigo, que en la pena dura
 de tantos miserables compañero,
 tienes cierto consuelo á su amargura.

De tu esposa el halago placentero,
 interpuesto al dolor, que te persiga,
 sus iras quebrará y el golpe fiero.

¿Qué puedes, suerte acerba y enemiga,
 cuando te ensañas mas, contra un dichoso,
 que estrecha al seno su adorada amiga?

Su bondad dulce y celo afectuoso
 te formarán con plácidas caricias
 de ternura y virtud el nudo hermoso.

Hasta las penas te serán propicias :
 que del amor el beso regalado
 en ventura las trueca y en delicias.

Yo en tanto solo , mísero , privado
 de consuelo , lamento con mi pena
 las de mi ausente bien é idolatrado.

Cada ay , que exhala á la ribera amera ,
 dó otro tiempo el amor nos sonreía ,
 en mi afligido corazon resuena.

Quizá en el seno de la verde umbría
 buscas , mi dulce bien , aquella fuente
 primer testigo de la gloria mia.

Y su escondida y plácida corriente
 llorando aumentas , y al laurel imprimes ,
 dó tu nombre grabé , beso doliente.

Tal vez si el llanto tímida reprimes
 entre el odioso popular ruido ,
 con tu mudo pesar el pecho oprimes.

Desgraciada beldad , si á tu gemido
 es consuelo saber , que de tus males ,
 mas infelice yo , nunca me olvido :

Juro por esos ojos celestiales ,
 hechizo y ya tormento de mi pecho ,
 abrasado con fuegos inmortales :

Que hasta yacer exánime y deshecho
 el tierno corazon que en tí vivía ,
 penará , siendo tuyo , satisfecho.

Yo te he enseñado , dulce amada mia ,
 la senda del placer : ora te enseño
 á contrastar la adversidad impía.

Fácil es de la dicha el blando sueño :
 mas ¿quién guardó á un ausente fiel memoria ,
 si el destino cruel muestra su ceño ?

Aspiremos , mi bien , á esta victoria :
 que hay tambien en las selvas de Cupido
 para el constante amor laurel de gloria .

Ya , generoso amigo , ya has sabido
 la acerba causa de mi eterno duelo :
 compasion y amistad solo te pido ,
 pues no es posible á mi dolor consuelo .

XVI.

LA RECONCILIACION IMPOSIBLE.

Muger , que destrozó con furia impía
 de un casi eterno amor los firmes lazos ,
 no espere ver amigo entre sus brazos
 al que engañado amante fue algun dia .

Puede estimar un triste desdeñado
 el rigor , que se opone á su fineza :
 que no es culpa el desden en la belleza ,
 ni es ignominia al fin no ser amado .

Suspéndase á los celos la venganza :
 que aunque el herido pecho sienta el daño ,
 la prontitud de un útil desengaño
 á perdonar convida la mudanza .

Mas olvidar un siglo de caricias ,
 dorar con falsedades el olvido ,

calumniar el amor mas encendido ,
y acusar como culpas sus delicias :

¿ Quién lo sufre ? la infiel , que cruda hiere
y luego injuria , su sentencia escribe :
que el amor , que á los celos sobrevive ,
bajo la espada del agravio muere .

Tus perfidias , Elisa , disiparon
la ilusion dulce que adoraba ciego :
y ¡ aun buscas necia de amistad el fuego
en cenizas de amor , que ya volaron !

Pregunta dónde está mi antigua llama ,
no á mí , sino á tu pecho fermentido ,
que ya de furias , ya de amores nido ,
jamás conoce si aborrece ó ama .

De tu incierto cariño é inconstante
sufre , necia beldad , la justa pena :
que no vuelve á la pérfida cadena ,
una vez libre , el injuriado amante .

Nunca , Elisa falaz , nunca me amaste :
¿ cuándo pecho amoroso fue inclemente ?
¿ por qué me heriste , infiel , si era inocente ?
¿ por qué , si criminal , no perdonaste ?

O en fin , si tan sañuda me aborreces ,
y tu halago en furor lloré trocado ,
¿ por qué , ya aborrecido é insultado ,
el dulce afecto de amistad me ofreces ?

¡ Ah ! quédate con él : con él convida
á un alma menos tierna ó mas paciente ;
ni soy tan necio yo , que hacer intento
amiga fiel de amante envilecida .

XVII.

A SERAFINA. (*Imitacion de Horacio.*)

¿Qué lloras, Serafina? el caro esposo,
que te robó el destino,
volverá á tí mas tierno y amcroso.
Si Marte despiadado
de los campos del Bétis cristalino
á las australes playas lo ha arrojado,
no tu cariño olvida;
que su prenda te llama y dulce vida.

Esgrime contra el fiero independiente,
mientras que brilla el dia,
fiel á patria y á amor, la espada ardiente:
y cuando restituye
el descanso comun la noche umbría,
el grato sueño de sus ojos huye;
y en solitario lecho
tu ausencia gime en lágrimas deshecho.

Al donaire, las gracias, la hermosura
de mil nuevas beldades
prefiere de su pena la amargura.
Ciegas por él suspiran:
ya con artes de amor, ya con verdades
al firme corazon flechas le tiran:
en vano: que al mar fiero
no es erizado escollo tan entero.

Tú empero teme, que al audaz Silvano

mas de lo justo quieras :
 aunque ninguna lira el verde llano
 ni los frescos abrigos
 mejor llene en las vándalas riberas :
 ni alguno entre sus jóvenes amigos
 por el prado ó la selva
 el bridon cordobés mas diestro vuelva.

Cierra temprana tu modesta puerta ,
 ni á su amoroso canto
 dé entrada fácil la ventana abierta :
 ni mires cuidadosa
 si espera insomne de la aurora el llanto :
 y aunque al son de la cítara quejosa
 te llame ingrata y fiera ,
 en el cauto desden tú persevera.

XVIII.

EL CUMPLEAÑOS DE CELMIRA.

„Scribe quod quævis nosse puella velit.“

PROPERC.

Plácido vuelve el delicioso dia ,
 que tus floridos años ,
 linda Celmira , y tu beldad aumenta :
 y al despuntar en el rosado oriente ,
 con sus trinos suaves
 lo aplaude el coro de las dulces aves.

Sereno brilla el cielo : el prado ríe :
 ríe la fresca selva ,
 que de verdor temprano se engalana :
 alegre el claro sol comienza el día
 tras la risueña aurora ,
 y el pastor amoroso solo llora.

Lágrimas vierte de ternura y fuego
 al ver la peregrina
 deidad , que ilustra el olivoso Bétis :
 y «¿ quién , clama , los ojos vencedores
 podrá ver de Celmira ,
 sin probar del amor la infausta ira ?

Aquellos labios de rubí encendidos
 los labios son , que Psíquis
 al escondido amor cedió turbada :
 y el ondeante y nítido cabello
 es la guirnalda umbrosa ,
 que ciñe en el cenit la luna hermosa.

El ámbar puro de su puro aliento
 es la esencia , que roba
 á las rosas el Céfito atrevido ;
 y su voz celestial el dulce canto ,
 con que blandos amores
 Vénus inspira al dios de los furoros.

Su risa virginal , la luz templada ,
 que el alba vierte al prado ,
 cuando riega las flores : su albo seno ,
 doble colina cuya falda cubre
 tesoro apetecido ,
 que el mismo amor contempla enardecido.

Arded, pastores, ya: cual corre el hielo
 en ondas desatado
 ante el sol de caliente primavera,
 asi á tu vista el corazon mas duro
 se abrasa en dulce fuego,
 por tí anhela y renuncia á su sosiego.

Dos giros hoy añade á los tres lustros
 de tu edad venturosa
 el claro Apolo. Jóven azucena,
 que en el pensil de amor brillas temprana,
 quien tu hermosura viere,
 nunca otra vez la libertad espere."

Asi llora el pastor. Tu nombre graba
 del álamo en el tronco,
 y de amorosas quejas llena el viento:
 solo suena en las márgenes del Bétis
 el nombre de Celmira,
 y el eco en los collados lo suspira.

Mas tú gozosa en tu beldad lozana,
 de amor burlas las iras
 y el arco triunfador: su arpon ardiente
 te perdonó hasta ahora, y á tus juegos
 la inocencia sonrío
 y sosegada juventud te engrío.

Solo te place la rosada mano
 por el blando instrumento
 llevar, enagenada en su armonía:
 ó bien gozar del baile, tu delicia,
 el rumor placentero,
 moviendo al dulce son el pie ligero.

¡ Ay, cuánto fuego emprendes ! bien enlaces
 el torneado brazo
 al feliz compañero ; bien rehuyas
 el lindo cuerpo con desden nativo ;
 ó bien sueño amoroso
 finjas sobre su brazo venturoso.

¡ Tersícore del Bétis ! cuantas ninfas
 por sus riberas danzan ,
 en aire y gala superior te envidian.
 ¡ Ay ! mientras el zagal tus pasos sigue
 con amoroso anhelo ,
 tú descuidada burlas su desvelo.

No siempre así será. La pura llama ,
 que tú inspiras , probando ,
 de dulce amor palpitará tu seno :
 por tu mejilla delicioso llanto
 correrá en blando giro ,
 y exhalarás su plácido suspiro.

Sí, Celmira : las gracias , que benigna
 te prodigó natura ,
 no en vano anuncian tu sensible pecho ,
 nacido para amar y ser amado.
 Y ¿ á quién guarda el destino
 de tu dulce ternura el don divino ?

El mismo Adónis le verá envidioso
 desde el gremio de Vénus :
 Cupido mismo dejará á su Psíquis
 en los lechos de Gnido solitaria ,
 y el nombre de tu amado
 coronará del mirto enamorado.

En tanto oye benigna las canciones,
 que tu beldad celebran :
 esta es la lira , que cantó de Elisa
 la constancia y amor : é hizo su nombre
 en el Bétis famoso ,
 y del olvido y tiempo victorioso.

Lira feliz, que de laurel eterno
 é inmarcesibles rosas
 Apolo rodeó : su verde mirto
 le ciñó la deidad de los amores ;
 y de su fuego llena
 solo ternura, solo amor resuena.

Ora es tuya. Hermosísima Celmira,
 yo ví varias bellezas :
 cual me hechizó por el mirar sereno
 de sus lucientes ojos. Ya en los labios ,
 ya en dorado cabello
 me hirió el amor ó en el tornátil cuello.

Yo las canté. De la beldad divina
 amador entusiasta,
 dó quier la ví, adoré su pura imágen :
 mas ¡ ay ! que solo en tí reunió Cupido
 las gracias celebradas,
 que en mil hermosas brillan separadas.

Salve, ó bella : tu nombre repetido
 en las vandalias líras
 llenará siempre el delicioso márgen
 del claro Bétis : vivirá en su vega
 tu querida memoria,
 y crecerá en sus álamos tu gloria.

XIX.

LA AUSENCIA. (*Traducción de Leonard.*)

Partió mi bien á la lejana aldea.

¡Ay! ya la selva umbría
ó el pintado vergel ¿á quién recrea?
huyó el campo, desnudo de alegría,
la madre de las flores,
y abandona el amor nuestros pastores.

Entre aquellas colinas, Dóris bella,
te robaste á mis ojos.

Céfiro, si has pasado junto á ella,
ven, y consuele al ménos mis enojos
el ámbar regalado,
que su labio de rosa ha respirado.

Y ¿cuál árbol feliz ora le ofrece
su plácida frescura?

¿qué prados su nevado pie florece?
¿en qué fuente contempla su hermosura?
ó ¿cuál floresta amena
con su canto dulcísimo resuena?

¡Ay, quién fuera la flor de su tocado!
ó la cinta que enlaza
su seno! ó de su pie blando calzado!
ó en sus vestidos ondeante gaza!
ó el pajarillo ufano,
que ella besa y regala con su mano!

Tú, rruiseñor, al nido delicioso,
 dó el placer te convida,
 vuelas. ¡Ay! vuela: mientras yo envidioso
 la prenda lloro de mi amor perdida:
 si tuviera tu vuelo,
 ¡cuán pronto fuera donde está mi cielo!

Ya ¿qué me importan las pintadas flores
 de la verde pradera
 que me vieron feliz; los resplandores
 del sol ni la apacible primavera,
 ni el aura que respiro,
 ni cielo y campo, si á mi bien no miro?

Mas tú, mi amada, entre el rumor nocivo
 de bulliciosas fiestas,
 ¿olvidarás nuestro cantar nativo,
 y el placer que animaba tus florestas,
 y la danza inocente
 y las guirnaldas, que ceñí á tu frente?

¡Ay! no me dejes. Morirá tu amante,
 si la dulce terneza,
 que ardió en tu pecho, apagas inconstante.
 Puede rendirse esclavo á tu belleza
 un pastor mas hermoso:
 mas ¿dónde lo hallarás tan amoroso?

Regálate en la imágen de tu ausente,
 cuando el alba amanezca,
 y al morir y al nacer el sol ardiente:
 que el delicioso sueño te la ofrezca,
 y que sea, mi gloria,
 cuando despiertes, tu primer memoria.

Si adorada te ves de nuevo amante,
 nuestro primer momento
 recuerda: coloraba mi semblante
 la timidez, y el corazon sediento
 en mis ojos brillaba
 y en mis trémulos labios palpitaba.

El dulce valle, que moré contigo,
 ya es triste y enojoso:
 huyó la voz de mi mejor amigo:
 cuanto amé en otro tiempo me es odioso:
 y en tan amargo duelo
 pido mi Dóris al amor y al cielo.

Estas las flores son dó descansabas:
 cantando aquí á tu lado
 risueña y cariñosa me mirabas:
 allí unido pació nuestro ganado:
 allá me despedía
 cuando al ocaso se lanzaba el día.

Volved, volved, momentos deliciosos;
 vuelve tú, dulce amada,
 á animar estos bosques silenciosos:
 y al tono de la flauta enamorada
 mis cantos de alegría
 despertarán los ecos de la umbría.

XX.

CELIA A ANFRISO.

Ya, caro Anfriso, de la flecha impía
tu tierno corazón gemirá herido
que destrozó mi rápida alegría.

Y el llanto de amistad habrás vertido
sobre su tumba, y á la sombra helada
el homenaje del dolor rendido.

Y ¿por qué á esta infeliz desesperada
en su inclemencia le negó la suerte
ver por lo menos la ceniza amada?

Yo hubiera con mi abrazo en nudo fuerte
su espíritu ligado: yo la presa
robado hubiera á la implacable muerte;

Y sobre el yerto labio, ya pavesa
de mustia llama, con mi labio ardiente
la vida del amor dejara impresa.

Yo penetrara de vigor caliente
sus medio helados miembros: yo volviera
el fresco lirio á la amarilla frente:

Y á los ojos, que cubre noche fiera,
envidia un tiempo del rosado día,
la alegre claridad restituyera.

Compasiya tal vez la parca oiria
mi angustiado gemir: mi tierno llanto
los reinos del horror conmoveria:

Y si el lloro de amor no puede tanto,
muriera con mi bien: este consuelo
no negara el destino á mi quebranto.

Ora solo la imágen de mi duelo
y la voz de afliccion desconsolada
concede á mi dolor el crudo cielo.

En la campiña mustia y apartada
el dulce nombre de mi bien perdido
á los vientos entrego lastimada.

Murió Alexis, me vuelve en su bramido
el silboso Aquilon de la montaña:
murió, me vuelve el Noto enfurecido.

Tal vez la vista fijo en la campaña
que de verdor eterno coronado
el cristalino Bétis sesgo baña.

Alli mi pecho libre y descuidado
el solaz grato de la edad primera
gozó en alegres juegos regalado.

De la amistad la llama placentera,
que brilla sin quemar, y amor paterno
único fin de mis cuidados era.

¡ Ah! no entonces temí, que en fuego interno
se abrasaran mis venas, ni el destino
me condenase á suspírar eterno.

Mas ¡ ay! que cuando el cielo mas benino
me sonrió, á desdichas inmortales
el despiadado amor me abrió el camino.

Alli al autor querido de mis males
ví: alli le amé, y amor correspondido
nos coronó de rosas celestiales.

Tú, Anfriso, con los dos en lazo unido
de amistad generosa, tú notaste
el incendio crecer no resistido.

¿Por qué, cruel, la llama no atajaste
en su nacer con oportuno aviso?

¿por qué el fuego mortífero aprobaste?

Mas todo fué para mi mal preciso,
si el amor y la suerte conjurados,
en mí su ira probar el cielo quiso.

¿Quién me diera, ó amigo, que inundados
de las letéas aguas mis sentidos,
quedaran tantos bienes olvidados?

Dulces bienes de amor, ¿por qué sois idos?
y si sois idos ya, de mi memoria
para siempre volad, volad perdidos.

Pregunta, Anfriso, mi amorosa historia
del verde tronco á la corteza fria,
donde impresa á su par creció mi gloria.

Pregunta al valle, á la enramada umbría,
al prado, al monte, al rio: todos fueron
caros testigos de la dicha mia.

Si las tinieblas lóbregas huyeron
de la naciente aurora, venturosa
mi dulce Aléxis celebrar me vieron.

Y si cubrió la noche pavorosa
los cielos, por su ausencia suspirando
me sorprendió la luna silenciosa.

Todo era amor. Favonio susurrando
entre las flores; manso el arroyuelo
las tranquilas riberas halagando:

El dulce resplandor del claro cielo,
el trinar de las aves, la alegría,
que vierte el alba en el sediento suelo;

Todo hablaba de amor al alma mia;
y de mi pecho á la emocion ardiente
encantado mi Aléxis sonreía.

¡Ay! de tanto placer, cielo inclemente,
ya ¿qué nos resta?... un túmulo lejano,
y de mis ojos la perene fuente.

Ni esparcir puede mi amorosa mano
las flores del dolor sobre su losa,
y el dolorido llanto pierdo en vano.

¡Cayera donde mora silenciosa
en sueño eterno su ceniza cara,
y allí espirara Celia venturosa!

Mas (lo que puedo) á la funesta ara
en gemidos sin fin el alma envío,
que ya á seguir su sombra se prepara.

Vuela á su tumba, tú, suspiro mio,
y clama sin cesar «amor eterno,
que anime el polvo del sepulcro frio.»

En él encerró ya mi afecto tierno
el malogrado Aléxis: allí viva,
y gócelo en olvido sempiterno.

Que ya de nuevo amor nueva cautiva,
no me verán formar nuevos enlaces,
de mis primeros nudos fugitiva.

¿Qué á mí de los pastores los solaces,
el celoso pesar, ni la alegría,
las falsas guerras, ni las blandas paces?

Dulce y perdido bien del alma mía,
 si mas allá de la inflexible muerte
 dura el ardor, con que me amaste un día,

El voto acepta y lágrimas, que vierte
 por siempre tuyo mi amoroso pecho:
 tus manes adorar será mi suerte.

Y en mi dulce morir, un mismo helecho
 cubra nuestra ceniza enamorada:
 y el peregrino, en lágrimas deshecho,

Dirá: «de Celia, amante y desgraciada,
 la parca marchitó la edad florida,
 mas no el amor: hasta en la tumba helada
 á su adorado Aléxis yace unida.»

XXI.

A ALETINO, QUE ABANDONÓ EL ESTUDIO Y LAS MUSAS
 POR EL AMOR.

Aletino, ya en fin de amor anhelas
 los pérfidos placeres.

El fuego devorante,
 que consume tu pecho, en vano celas.

Ya el hijo de Citéres
 arboló contra tí su arpon triunfante,
 y entre el sumiso bando
 del carro de su gloria vas tirando.

Y ¿de qué rubio y nítido cabello
 se labró tu cadena
 de esclavitud? ¿cuál mano

de rosa y de jazmin la echó á tu cuello ?
 que ni la cumbre amena
 visitas ya del Pindo soberano ,
 ni en las nocturnas horas
 el santo númen de Minerva adoras ?

¿Y quién negará ya que á la árdua sierra
 subir pueda el torrente ,
 ó Bétis cristalino
 dejar ceñudo la tartesia tierra ,
 y su mansa corriente
 llevar al cauce del Genil divino ,
 si las sabias taréas
 truecas tú por las lides citeréas ?

¡Ah! mejor prometiste. Vuelve al seno
 de la amiga Helicon; vuelve al seno
 la márgen esmaltada
 otra vez corre del Permeso ameno;
 dó el lauro y la corona,
 por la dulce Melpómene enlazada,
 y enardecido aliento
 Febo te dió y el plácido instrumento.

Mas ¿quién podrá la flecha emponzoñada
 del seno desclavarse ?
 ¿quién podrá hacer , que olvide
 su dulce error un alma enamorada ?
 verás al indio helarse
 bajo el fuego inmortal , que Aries despide ,
 ántes que de sus brazos
 inexperto amator rompa los lazos.

XXII.

EL DESENGAÑO.

Renace la estacion de los amores,
 y el apacible aliento
 del Céfito vernal la tierra inflama:
 ya la desnuda rama
 se ciñe de hojas mil: crecen las flores
 en el herboso asiento.

Su velo ceniciento
 depone la enramada: el alba llueve
 sus fecundos aljófares al prado,
 y el cierzo destemplado
 duerme en el polo sobre estéril nieve.

Ves, caro Albino, en la feraz campiña
 la halagüena esmeralda,
 con que borda su manto primavera:
 ya convertirse espera
 en la adorada mies, que á Céres ciña:
 mas preciada guirnalda.

Ya descubre su espalda
 libre de hielo el monte: ya florece
 el matizado abril la inculta breña;
 y en la tajada peña
 el lentisco oloroso retoñece.

El cándido rebaño en las praderas
 pace la yerba fria,
 que esmalta el agua del raudal sonoro:

en bullicioso coro
vagan las zagalejas placenteras
por la floresta umbría.

Nace el rosado día:
de las pintadas alas el rocío
sacude el ave y por la selva gira:
gozo el valle respira,
gozo resuena el viento, gozo el río.

Mas ¡ ay de mí ! yo peno. En la natura
es solo desdichado

tu Anfriso. Al pie de la colina verde,
que caudalosa muerde
del padre Bétis la corriente pura,
gimo y maldigo el hado.

Ni el resplandor templado,
que Febo enciende en el alegre cielo,
ni la noche siguiendo por la esfera
su esmaltada carrera,
término dan á mi continuo duelo.

Recuerdo triste el curso presuroso
de mi edad descuidada
por el injusto amor acelerado;
tan en balde esperado
el bien, y el mal tan cierto y tan costoso,
y la paz suspirada
para siempre ahuyentada
del corazón. Cual Abrego violento
voló el placer de un año y otro año,
y el tardo desengaño
vino en pos de aquel pérfido contento.

Asi tal vez por calles pedregosas
 corre el turbio arroyuelo,
 que al apartado mar rauda se aleja;
 y ciego ingrato deja,
 mientras sus ondas bajan presurosas,
 en el estéril suelo.

¡Ay! con ligero vuelo
 pasó la verde juventud: pasaron
 con ella risas, juegos y cantares;
 y de eternos pesares
 el vestigio infeliz solo dejaron.

Un tiempo, un tiempo en el amable seno
 de la inocencia pura
 tranquilo reposé: con faz risueña
 me acarició halagüeña;
 y gocé libre y de inquietud ageno
 su celestial dulzura.

Mas ¡ay! con mano dura,
 con mano irresistible al mortal brio,
 me arrancaste, ó amor, de su regazo,
 y en tu funesto lazo
 mi tierno pecho encadenaste impío.

Yo, simple, te adoraba, y tus loores
 y tu halago mentido
 en lira juvenil canté gozoso;
 mi lira, que amoroso
 el padre Delio enguarnaldó de flores
 y del lauro querido.
 Ora en infausto olvido
 yace, rompido el plectro y cuerdas de oro,

mustio el laurel, las flores marchitadas
entre el polvo pisadas,
y el triste dueño en miserable lloro.

Mas tú, amor, que embelleces la natura,
y en pez, en ave y fiera
la delicia y el ser benigno inspiras,
¿por qué ejerces tus iras
solo contra el mortal? Beber procura
tu copa lisonjera:

¿por qué ponzoña fiera
le das en ella, si el placer brindaste!
Hiere blando tu arpon, dulce, apacible
en la planta insensible:
¡y al hombre sin piedad lo enarbolaste!

Sepultada en el hielo desfallece
del diciembre nevoso
la tierna rosa, honor de la pradera:
mas si á la primavera
el amante Favonio blando mece
su vástago espinoso,
del soplo cariñoso
siente la inspiracion, y conmovida
las bellas hojas tímida despliega,
y á amor su seno entrega,
y es delicia y placer su corta vida.

¡Dichosa flor! la juventud de un dia
gozas brillante, y mueres
sin ver la triste luz del desengaño.
Yo, infeliz, por mi daño
tu númen invoqué, razon impía,

y mas funesta eres
 que los falsos placeres.
 Tú disipaste el dulce devanéó ,
 que me halagaba y dejás su memoria :
 ó vuelveme mi gloria ,
 ó de gozarla quítame el deseo.

XXIII.

VENUS BUSCANDO AL AMOR. (*Traducción del Tasso.*)

Reina inmortal de la tercer esfera ,
 hoy en la tierra busco
 al fugitivo amor, mi dulce hijo.
 Jugando ayer en mi encantado gremio ,
 ó maligno ó incauto
 me hirió el costado con su flecha de oro :
 y huyendo del castigo ,
 pasó los aires súbito volando ,
 ni sé dónde se oculta mi tesoro.
 Recobrarle es mi afan : registré luego
 todo mi cielo de una en otra parte ,
 y la esfera de Marte ,
 y cuantas dora con su hermoso fuego
 el gran padre del dia ,
 y en ninguna encontré la gloria mia.
 Ora, blandos mortales, pues mil veces
 habita vuestro suelo ,
 vengo á ver si por dicha aqui ha bajado.
 No espero entre vosotras encontrarle ,

ó bellas ninfas : que aunque osado juegue
 risueño con el oro ensortijado,
 y en torno de las rosas
 del semblante gentil vuela suave,
 y piedades reclama
 y pide albergue, vuestro pecho esquivo
 rechaza al niño y su sabrosa llama :
 mas los hombres amantes
 en su pecho corteses le reciben.
 Amigos, ¿ dónde está mi amor amado ?
 quien me lo diga, tome de mi boca
 por galardón el beso mas suave,
 que Venus sepa dar ; y el que dichoso
 le vuelva á mi regazo
 de su destierro voluntario, espere
 otro premio mayor ; el mas precioso,
 que puedo conceder, aunque conceda
 del amor la extendida monarquía :
 yo por el lago estigio
 juro cumplir la celestial promesa.
 ¿ Dónde está amor ? ¿ ninguno me responde ?
 ¿ todos callan ? quizá yace escondido :
 quizá del hombro las pintadas alas
 dejó y del brazo el pasador temido,
 y vive entre vosotros ignorado.
 Mas yo sus señas os daré, que bastan
 para burlar su astucia.
 Aunque de edad y de perfidia cuenta
 muchos siglos, es niño, y tan travieso,
 que á cada instante muda sitio y forma,

jugueton y versátil : mas su juego
 lleno está de peligro. Fácilmente
 prende y se apaga su iracundo fuego ,
 y casi en un momento llora y rie.
 Su cabello , encrespado en rizos de oro
 y poblado en lá frente ,
 como los tiene la fortuna varia :
 mas si vuelve la espalda , no hay alguno ,
 de que asírsele pueda. Sus colores
 mas vivos son que la encendida llama :
 su lascivo mirar pérfida risa
 al soslayo derrama :
 siempre en giro veloz los ojos mueve
 y á fijar las miradas no se atreve.
 Su lengua , que parece en miel suave
 bañada de contino ,
 forma palabras dulces y graciosas ,
 y aunque tal vez truncadas é imperfectas ,
 son claras é ingeniosas.
 En sus labios parece blanda risa ,
 y la perfidia y los engaños todos
 aquella risa encubre ,
 cual entre ramo y flor fiera serpiente.
 Primero humildemente ,
 cual pobre peregrino ,
 pide el niño por gracia una guarida ;
 mas en el pecho incauto ya acogido ,
 se ensoberbece y manda
 altivo é insolente :
 las llaves arrebatá

del corazón : arroja al dueño antiguo ,
 y otro nuevo entroniza :
 la razón esclaviza :
 quita é impone leyes :
 el que huésped entró , manda tirano ;
 y al que se opone á su sañudo imperio ,
 persigue y acongoja el inhumano.
 Os dije ya sus señas :
 si entre vosotros vive , yo os suplico
 que digais dónde está. ¿ Sigue el silencio ?
 ¿ pensais quizá ocultármelo ? ¿ quién pudo
 tener á amor oculto , simplecillos ?
 pronto los ojos y la lengua indicios
 darán del huésped pérfido. El insano
 que en su pecho quisiere
 cruda sierpe esconder , con grito agudo
 vendrá al fin lastimado á descubrirla.
 Mas pues aqui no encuentro
 al hijo de mi amor , antes que vuelva
 á la esfera celeste ,
 buscarle quiero en apartados climas.

XXIV.

EN LAS BODAS DE MIRTILA.

Desde los mares de mi patria suena
 el canto del amor : ¿ qué ninfa hermosa ,
 qué celeste beldad ora conduces ,
 alma Vénus , al ara de Himenéo ?

Mirtila , gloria de los dulces prados ,
 que dora el sol cayendo al occidente
 con sonrisa benigna , de Cupido
 al fin sintió los plácidos ardores .
 Amor , supremo dueño de los seres ,
 hoy erige su trono entre las hijas
 del africano mar : islas felices ,
 que veis al astro abrasador del cielo
 templar cansado en vuestras frescas ondas
 su guirnalda de luces fulminante ,
 no envidieis ya de Chipre ni Citera
 los deleitosos valles . Nueva Psíquis ,
 por la que amor dejara la de Gnido
 en su lecho de aromas , las orillas
 del atlántico piélagó hermosea .
 Está en su rostro la brillante nieve
 templada con la rosa : la benigna
 luz de sus ojos sobre el campo esparce
 el plácido calor del sol naciente :
 la pura risa de la blanca aurora
 tiñe sus labios : su gracioso seno
 es la colina , que en su falda cubre
 los tesoros de amor : su hablar suave
 es el canto de Vénus , con que á Adonis
 halagó blanda en su hechizado gremio .
 No ya , felices campos de mi patria ,
 vereis yacer en inocencia inútil
 tan bella flor , ni sola y sin amores
 temer del tiempo la fatal guadaña .
 No , Mirtila : la gracia encantadora ,

el rostro de beldad, los ricos dones,
 con que adornó Cupido tu hermosura,
 no estériles serán. De ardor suave
 tus ojos se animaron; y aquel fuego,
 que en el pecho del jóven venturoso
 encendiste, hechizando su existencia,
 por el tuyo de nieve se dilata.
 Entre cándidos lirios resplandece
 la rosa del pudor sobre tu rostro,
 y en tu hablar apacible se desliza
 el gemido de amor: tu tierno pecho
 bate y suspira, y en los bellos ojos
 los rayos de Cupido centellean.
 Beldad, tú del hermoso amor recibes
 las mas celestes gracias: á él las vuelve.
 Deja, Mirtila, que tus sienes orle
 su guirnalda de rosas: son cogidas
 en el vergel de Idalia: con suspiros
 y lágrimas amantes florecieron:
 tejióla amor, y á tus hermosas plantas
 los juegos y las risas la presentan.
 Fecundidad sonríe: tu hermosura
 mirará el genial lecho retratada
 en venturosa prole, que en mil nudos
 estrechará los lazos de Himeneo:
 y amor feliz y amor correspondido
 y amor sin fin coronará tus días.
 Mas ¿dó vuelo? ¿qué canto desusado
 el pecho herviente llena? Del Permesso
 miro correr las cristalinas ondas:

estas son, Pindo, tus umbrosas selvas,
 aquel el valle de Helicon: la fuente,
 dó reside el espíritu del canto,
 de la castalia cumbre se desata.

Tu elogio son, Mirtila, dulces himnos
 que resuena el Parnaso. El dios de Delo
 así canta en la cítara divina,
 que enfrena el fiero piélagos y del Noto
 acalla el ronco horrisono bramido:

«Ninfas del Pindo umbroso, entre las flores,
 que la guirnalda de la esposa bella
 tejen, y el mirto de la idalia márgen
 entrelazad el lauro de Helicon».

Las artes, que otro tiempo su delicia
 y dulce encanto de su edad primera
 fueron, hoy la coronen; que no en vano,
 bella Mirtila, tu naciente seno
 para el amor formaron. Las lecciones,
 que al sencillo pastor dictó Cupido
 en el sonido de la ruda avena,
 no en vano las oíste. El Euro blando,
 el manso susurrar del sesgo río,
 Céfiro entre las flores bullicioso
 imágen son de amor. Jóven felice,
 no solo el puro rostro de Diana
 y las gracias de Vénus en tus brazos
 al pecho amante estrechas: cuanto el cielo
 pudo inspirar de sus celestes dones,
 el candor virginal, la fe constante,
 la piedad dulce, el ánimo modesto,

por las sensibles musas instruido,
y al que no encubre avara sus tesoros
naturaleza, un genio sobrehumano
en tu dichoso seno se recata.

¡ Ah! goza: del placer la dulce fuente,
que amor te brinda, agota: sé de amantes
el modelo y la envidia, y de Mirtila
gloria y felicidad; y antes que el alba
colore al Teyde de su luz serena,
recibe el dulce beso de Himenéó.”

XXV.

* FRAGMENTOS DE UNA NUEVA OPERA DE REINALDO
Y ARMIDA.

ARMIDA.

¡ Qué tranquilo descansa
mi dulce amor! y en su apacible sueño
¡ qué hermoso el alma toda me enagena!
Deslízate callada, pura fuente:
no canteis, avecillas, ni sus alas
mueva el céfiro blando:
que está el bien de mi vida descansando.

Duerme, y á tu memoria
ofrezca, dulce dueño,
el delicioso sueño
la imágen de mi amor.

Que si olvidarme puedes
en ese breve instante,

*

para mi pecho amante
es siglo de dolor.

Tierno corazon mio,
¿por qué recelas, dí? ¿por qué te agitas?
el héroe que idolatras
corresponde á tu amor. Mas ¡ay! ¿qué pecho,
en su pasion constante,
perder no teme á su adorado amante?

Mas el temor es vano,
inútil el desvelo,
y ofende mi recelo
su noble corazon:
que ingrata ser no puede
un alma noble y pura,
y el triunfo me asegura
mi encanto y su pasion.

ARMIDA.

Solo eres tú del alma
la gloria y la ventura.

REINALDO.

La vida es muerte dura,
¡ay dulce amor! sin tí.

ARMIDA.

¿Me olvidarás, Reinaldo?

REINALDO.

Soy firme, y soy tu amante.

LOS DOS.

Guarda, mi bien constante,
el alma que te dí.

Oye mi tierno ruego,
ó dios de los amores,
y en { lazo afortunado,
paz afortunada;

yo viva por mi { amado,
amada,

mi { amado } viva en mí.
amada }

CORO DE CRUZADOS.

Ven, defensor de la cruz,
deja esta pérfida tierra:
rompe, ó rayo de la guerra,
las cadenas del placer.

UBALDO.

Fue su primer deseo
la lid y la victoria,
y al nombre de la gloria
mis pasos seguirá.

O libraré mi amigo
del torpe hechizo fiero,

ó su olvidado acero
mi sangre teñirá.

REINALDO.

¿Qué soldados son estos?... ¿mas qué veo?
Ubaldo, dulce amigo....

UBALDO.

¿Quién eres tú?

REINALDO.

¿Y á tu querido alumno
desconociste ya?

UBALDO.

Mi alumno era
rayo de Marte, altivo, generoso,
gloria de Italia, y de la cruz defensa;
tú en ocio torpe y bajo el torpe hechizo
de mágica hermosura,
halagado de pérfidos placeres,
¡ah! perdona; Reinaldo tú no eres.

REINALDO.

Si es el amor delito,
nadie será inocente:
de amor la llama siente
el aire, tierra y mar.

Y hasta el leon furioso
del dulce fuego herido

en áspero rugido
lecciones da de amar.

UBALDO.

Ama, pues, bello jóven:
cuando en Salen, á su valor rendida,
tremolen la cruz santa los cristianos,
dirán: *Venga Reinaldo, ya no hay riesgo;*
y añadirán: *cuando en sangrientas lides*
junto á los sacros muros
la Europa con el Asia batallaba,
Reinaldo de cobarde se ocultaba.

REINALDO.

¡Cobarde yo!..... ¡oh injuria!.....
mas ¡ay! bien merecida.....
¡Oh oprobio de mi vida!.....
que tiemblen mi furor.

UBALDO.

Ya triunfo: ya su pecho
con noble fuego arde.

REINALDO.

¡Yo infame!..... ¡yo cobarde!.....
á Dios, funesto amor.

LOS DOS.

Tiña enemiga sangre,
tiña otra vez { ^{mi} } lanza:

volemos sin tardanza
al campo del honor.

CORO DE CRUZADOS.

El viento ligero
llenando las velas
al muro nos guie
que ciñe á Sion.

El árabe tiemble,
y Europa confie:
que ya de occidente
despierta el leon.

ARMIDA.

Tiemble el orbe mi furia:
estallen las esferas, y lanzado
el Aquilon silboso
á las llanuras de la mar, levante
montañas de agua al cielo amedrentado;
y su abismo profundo
del pérfido bajel sepulcro sea
que me roba mi bien.

UBALDO.

Vanos prestigios,
tú, Reinaldo, no temas.

REINALDO.

¡Yo temer! del averno enfurecido

arrostrara los monstruos, el horrendo
 fragor del rayo, el piélagosonante:
 ¡ay! solo temo el lloro de una amante.

ARMIDA.

Tú lo causaste, impío.

REINALDO.

¡Oh voz! ¡oh amor suave!

UBALDO.

Ya pronta está la nave:
 Reinaldo, ven tras mí.

REINALDO.

Voy, y el alarbe tiemble:
 pues en la lid mas dura
 el llanto y la hermosura
 intrépido vencí.

ARMIDA.

Vuelve, bien mio,
 vuelve á mirarme:
 piedad imploro,
 cuando no amor.

¡Ay! yo fallezco:
 vuelve, tirano,
 ceba tus ojos
 en mi dolor.

CORO DE CRUZADOS.

A la lid y á la gloria volemos,
despreciando las selvas de amor :
que un instante sus rosas marchita,
y del lauro es eterno el verdor.

CORO DE GENIOS INFERNALES.

Del hondo Tártaro
el negro seno
á tu voz lúgubre
sumiso está.

La tierra, el piélagó,
si tú lo imperas,
con fragor hórrido
estallará.

ARMIDA.

Tú, palacio eminente,
tú, florido jardín, de mi ventura
otro tiempo testigos,
y ya de mi infortunio monumentos,
despareced: la vengadora llama
consume fuentes, árboles y flores;
muera todo, pues mueren mis amores.

Espera, infiel Reinaldo,
espera, ya te sigo;
no, bárbaro enemigo,
no lidiarás sin mí.

La lid de Marte fiera
 prefieres á mi halago ;
 y yo ¡ qué injusto pago !
 yo moriré por tí.

No pienses , ingrato , autor de mi pena ,
 no pienses que has roto la hermosa cadena
 de rosa y de mirto que amor nos tejió.
 ¿ Qué importa que dejes mi selva encantada ?
 Armida te sigue ; y amante y amada ,
 jamas la hermosura su hechizo perdió.

ROMANCES.

I.

A EUTIMIO, EN LA MUERTE DE SU MADRE.

*„Ad tumulum, viridi quem cespite inanem,
et geminas, causam lachrymis, sacraverat aras.”*

VIRGILIO.

Si es cierto que amistad blanda
tristes lágrimas enjuga,
bien la mano de tu Anfriso
podrá suavizar las tuyas.
¡Ay dulce Eutimio! si iguales
nos maltrató la fortuna:
si iguales en su regazo
nos acogieron las musas:
y si iguales en tus aras,
amable virtud, nos juntas,
¿por qué, de tu pena avaro,
á un tierno amigo la ocultas?
Ese túmulo, ceñido
de helecho y verbena mustia,
que levanta entre cipreses
su humilde pompa y oscura;
dí, ¿qué cenizas contiene?
¿es de un caro amigo tumba,

ó bien el amor lo erige
 á malograda hermosura?
 ¿Gimes? ¿y á mi voz responden
 ardientes lágrimas mudas?
 ¿y los acentos, que empiezas,
 entre suspiros se anudan?
 Lo que tú obstinado callas,
 ese mármol lo divulga,
 dó de su víctima el nombre
 perdonó la muerte dura.
 De tu dolor el misterio
 la amistad temblando busca:
*A la mejor de las madres
 de un fiel hijo la ternura.*
 ¡Infeliz! gime y lamenta:
 nunca tus lágrimas, nunca
 igualarán tu infortunio,
 por acerbas ni por muchas.
 ¡Perdiste una madre! ¡oh nombre
 de inefable amor, que anuncia
 cuantos afectos á un alma
 ó la deleitan ó angustian!
 Tal vez la amistad violan
 del insano amor las furias,
 cuyo estrecho lazo rompe
 la infidelidad perjura.
 Entre ambiciosas sospechas;
 amor paternal, fluctúas;
 y un hijo ingrato é indócil
 la ley mas sagrada burla.

Mas ¡ ay ! del pecho materno
 ¿ cuándo faltó la ternura ?
 ni ¿ qué ardor ó qué constancia
 podrá igualarse á la suya ?
 Lloremos , mi dulce Eutimio ,
 lloremos juntos. La tumba
 allá en los campos del Bétis
 mi adorada madre oculta.
 Y á tí , lejos de tus brazos
 te la arrebató sañuda
 la parca , dó tus amores
 remoto sepulcro cubra.
 ¡ Siquiera el yerto cadáver
 poseyeses ; y en la urna
 su helada ceniza fuera
 testigo de tu amargura !
 solo un túmulo vacío
 consagras , imágen muda
 del dolor , falaz imágen ,
 que tus acentos no escucha.
 Este solitario asilo ,
 que el sol apenas alumbra ,
 y donde flébil el aura
 tristes acentos murmura :
 esas ramas lastimeras ,
 que al suelo bajando mustias ,
 fúnebre pompa de otoño ,
 la muerte del año anuncian :
 esta fuente , que reshala
 callada por la espesura :

aquella selva, que aterra
 melancólica é inculta:
 ese monte, que amenaza
 con su pesadumbre adusta
 todo el campo, y que parece
 túmulo de la natura:
 albergue de la tristeza
 son, y las almas lo buscan,
 que á gemir sin esperanza
 condenó la suerte injusta.
 Aquí, Eutimio, lamentemos
 tú mis penas, yo las tuyas,
 y nuestras lágrimas sean
 como los consuelos mútuas.
 Tu herida, por ser reciente,
 es quizá la mas profunda:
 y quizá al dolor de hijo
 otros recuerdos se unan.
 La pérdida de una madre
 aflige el alma mas dura:
 ¿qué será, cuando es Rosaura
 la que el túmulo sepulta?
 Rosaura, honor de las playas
 gaditanas, en quien juntas
 por la primer vez se vieron
 ciencia, virtud y hermosura.
 Aquel corazon, que en balde
 no imploró el infeliz nunca,
 y que en el tuyo la imágen
 de su piedad perpetúa;

aquel alma noble y sábia,
 que hermanó con la ternura
 de esposa y madre las prendas
 que á una ciudadana ilustran:
 que de la inocencia hermosa
 conservó la llama pura,
 y agradable á Dios y al hombre,
 toda justicia acumula:
 ¿quién dignamente, mi Eutimio,
 podrá llorarla? ¿qué cruda
 afliccion, qué acérba pena,
 debe igualarse á la tuya?
 Mas ¡oh! ¿perdida es por siempre?
 ¿su existencia por ventura
 en el seno de la nada
 callada sombra se oculta?
 ¡Ah! que no: vive y gloriosa
 por eternidades triunfa,
 ni es, que el Dios dé las virtudes
 que fenezca el justo sufra.
 Sí: la tumba inexorable
 podrá en su tiniebla oscura
 cubrir el polvo aterido,
 que un frágil vínculo anuda:
 mas no el espíritu hermoso,
 que altivo y noble se encumbra
 sobre la region etérea
 del solio inmenso á la altura:
 y allí en el gremio sagrado,
 fuente de amor, dó se inunda

de celestiales placeres ,
 espera que á él te reunas.
 Un tiempo será , mi Eutimio ,
 que el orbe estallando cruja ,
 y entre piélagos de fuego
 cielos y tierras se hundan.
 El sol yacerá apagado ,
 caerá deshecha la luna ,
 y en la confusion primera
 se abismará la natura.

Entonces su hermosa alma ,
 libre en la mansion augusta ,
 sobre las ruinas del mundo
 brillará cándida y pura.

¿ Cuál es tu victoria , ó muerte ,
 si aun esa ceniza mustia ,
 en que te cebas , es fuerza
 que el sepulcro restituya ?

Ella desde el alto cielo
 tus lágrimas ve y enjuga ,
 dulce amigo , y se enternece
 del dolor , que le tributas.

¿ No la sientes mas suave ,
 mas madre que lo fue nunca ,
 como invisible y presente
 tu amargo penar endulza ?

¡ Ay ! aquellas almas tiernas ,
 que en la tiniebla profunda
 ven de clara luz bañadas
 las lóbregas sepulturas :

cuando las sombras, que adoran,
 se aparecen: cuando escuchan
 dulces cantos, que el silencio
 de los sepulcros perturban:
 sin duda el júbilo santo
 prueban, que tú ahora, y sin duda
 la fe, el amor y el consuelo
 su exaltada mente ofuscan.
 ¡Dulce ilusión! ya tus ojos
 en grato lloro se anublan,
 y la ferviente esperanza
 todas tus penas subyuga.
 Gimamos, pues, y esperemos:
 declina la edad caduca,
 y en la orilla del sepulcro,
 flor del placer, yaces mustia.
 Cetros, coronas y espadas
 en su abismo se sepultan:
 allí calla la elocuencia
 y se eclipsa la hermosura.
 Solo la virtud ignora
 los horrores de la tumba,
 y en el naufragio del mundo
 sobrenadará segura.
 Renunciemos en sus aras
 las brillantes imposturas
 de la vida: el denso velo
 caiga á la maldad inmunda.
 Las lágrimas, que vertamos,
 santa piedad nos infundan,

y la humanidad doliente
 socorramos en su angustia.
 Este de dolor sagrado
 monumento nos reuna,
 donde ¡oh virtud! gozaremos
 tu contemplacion profunda.
 Que en las sombras del sepulcro
 altos misterios se ocultan:
 mas que la vida parlera
 enseña la muerte muda.

II.

LA CABAÑA.

Entre las cimas del Alpe
 sobresalen dos montañas,
 que coronadas de nieve
 al cielo sus frentes alzan:
 una al grato mediodia
 presenta la herbosa falda;
 otra hácia el norte se eleva
 y del Aquilon la ampara.
 Yace entre las dos un valle,
 del abril querida estancia,
 y á fecundar sus praderas
 un claro arroyuelo baja.
 En estas sierras mi padre
 fijó su humilde cabaña,
 guarida de la inocencia

y de la virtud morada.
 Su pajizo techo , expuesto
 al Austro que lo regala ,
 jamas del Noto alterado
 probó la indomable saña.
 Libre del Bóreas , sus hielos
 tarde ó nunca la maltratan ,
 y el astro hermoso del dia
 con blanda lumbre la halaga.
 En la falda , que visitan
 los céfiros , colocada ,
 domina el bosque del Iser
 y del Ródano las playas.
 Ofrecen secundos prados
 alimento á las manadas ,
 y las vertientes estío
 de doradas mieses cuaja.
 Sabrosa é incauta pesca
 da el arroyo y dulce agua ,
 y las breñas de los montes
 fácil y segura caza.
 El rústico caserío
 coronan tendidas hayas ,
 que para contar mis años ,
 ó amado padre , plantabas.
 Entre ellas lozanos crecen
 cercos de pura esmeralda ,
 adonde el mirto y la rosa
 unen matiz y fragancia.
 Mas allá brotan los frutos

de Vertumno: en las quebradas
 del monte sus blandas pomas
 el paciente otoño aguarda.
 Allí nací, y allí alegre
 mi simple niñez gozaba,
 cuando destrozó mi asilo
 el rayo de la desgracia.
 ¡Feliz el que nunca ha visto
 mas río que el de su patria;
 y duerme anciano á la sombra
 dó pequenuelo jugaba!
 Del autor del universo
 bendecir la mano sábia
 y amar á mi padre fueron
 los cuidados de mi infancia.
 Dios quiso que mis delicias
 huyeran cual sombra vana,
 y que desde niño el cáliz
 del infortunio probara.
 Mi padre, fiador de un pobre,
 sintió la justicia avara
 del acreedor, y á otro dueño
 pasó mi humilde cabaña.
 En ella murió, llorando
 mi niñez desamparada,
 y entre las hayas del huerto,
 mas feliz que yo, descansa.
 Un anciano virtuoso
 mis lágrimas enjugaba,
 y de mi horfandad abrigo

fue su no opulenta casa.
 Dió á mi juventud consejos,
 dió á mis penas esperanza,
 y en él un segundo padre
 la Providencia me guarda.
 Mas ¡ay! para mí no hay dicha
 lejos de aquella cabaña,
 aquel valle, aquella fuente,
 que impresas llevo en el alma.
 ¿Qué me importan las ciudades,
 la opulencia, ni las galas,
 de frívolos corazones
 inquietudes adoradas?
 Mas quiero el tranquilo ambiente,
 que en mi niñez respiraba,
 que los ámbares del Ganges,
 ni los perfumes de Arabia.
 Mas quiero el grato silencio
 de la repuesta enramada,
 solamente interrumpido
 por las fuentes ó las auras,
 que de las soberbias cortes
 las bulliciosas estancias,
 donde todo es impostura,
 todo, hasta el placer, engaña.
 Mas quiero el humilde lecho
 dó fácil el sueño halaga,
 que velar medroso y triste
 entre ropas de oro y grana.
 En la dulce medianía

mi edad dichosa gozara ,
 de envilecida miseria
 libre y de opulencia vana.
 Bajo la paterna choza
 alegres me despertaran ,
 cuando despunta la aurora ,
 los trinos de la alborada.
 Entonces la tarda yunta
 siguiera ; ó si junio alza
 ya de maduras espigas
 la rubia sien coronada ;
 el dulce esquilmo de Géres
 á las campiñas robara ,
 ó al favor del fresco viento
 hiciera crecer la parva.
 Ya bajo los pies el néctar
 de Baco se deslizará :
 ya el setiembre de sus frutos
 me cediera la guírnalda.
 Cuando abre la puerta al año
 la primavera rosada ,
 y en el seno de las flores
 moja el céfiro sus alas :
 cuando todo es vida , todo
 placer : cuando brilla ufana
 la bella naturaleza
 con su mas pomposa gala :
 del Dios , que anima los orbes ,
 la grandeza contemplara ,
 cantando los beneficios

de su diestra soberana.
 Cuando á mi adorado padre
 tierno llanto consagrara,
 fuera su tumba mi templo
 y su vida mi enseñanza.
 En el trabajo y descanso
 imitándole, las hayas,
 que plantó, su fresco abrigo
 por la siesta me brindaran.
 Así, cual tímida fuente,
 que entre adelfas va callada,
 no conocidos del hombre
 mis dulces años volaran,
 hasta que el golpe forzoso
 diese la fatal guadaña,
 y en la tumba de mi padre
 mis cenizas reposaran.
 ¿Cuándo ilusión tan amable
 veré en realidad trocada,
 ó querida choza mia,
 dulce objeto de mis ansias?
 Dicen que á cobrar mi herencia
 corta cantidad bastara
 de ese metal peligroso,
 que los ciudadanos aman.
 Almas tiernas, que mis males
 escuchásteis y su causa,
 vuestra piedad generosa
 un desgraciado reclama.
 Pueda una vez la opulencia

hacer un feliz, de tantas
como oprime al d svalido
y sus lágrimas ultraja.
Y pues hay quien mas estima
el oro que mi cabaña,
y   precio de un vil metal
la felicidad se alcanza:
dadme para conseguirla,
que en siendo mia, de entrambas
Indias las riquezas todas
hollar  con firme planta.
Asi el Hacedor supremo
os corone de sus gracias,
y de prole virtuosa
felices padres os haga:
y en vuestra vejez postrera
  la paternal morada
para besaros la mano
numerosos nietos vayan:
favoreced mis deseos,
alentad mis esperanzas:
que en brazos de la virtud
la felicidad me aguarda.
Y el Dios, que protege al pobre,
y que la inocencia ampara,
mis piadosos bienhechores
premiará con mano larga.

III.

CELIMA.

Si quieres ver, Zaide amigo,
todo el cielo en una bella,
y competirse hermanadas
bondad, gracia y gentileza;
no faltarás esta tarde
del Genil en la alameda,
que es la fiesta de Celima,
y corren cañas por ella.
Celima, honor de Granada,
y de la hermosura reina,
la adorada de su esposo,
la celebrada en la vega.
No hay dama que no la envidie,
no hay moro que no la quiera,
del Guadalquivir al Dauro
y del estrecho á la sierra.
Mira ya por el Alhambra
bajar cuadrillas diversas,
cuyas lanzas y garzotas
vistosamente se mezclan.
Ven, y admirarás el fausto
de las galas y libreas,
los recamados jaeces,
y las africanas yeguas:
y en los palacios y huertos,

que el herboso valle cercan ,
reunida de Andalucía

la hermosura y la opulencia.

Mas cuando al balcon saliere

Celima por ver las fiestas ,

fijarás en ella sola

tu vista vaga é incierta.

Ya no hay ojos para Arminda ,

para Fátima ó Benzeida :

que habiendo visto á Celima ,

no hay beldad que lo parezca.

Correrá el velo de gasa

á sus dos claras estrellas ,

y envidia serán del dia ,

y gloria del que las vea.

Cuando el almaizar listado

á la airosa espalda tienda ,

y en rizos de ébano puro

suelte la umbrosa madeja :

guarda el corazon , amigo ,

que en aquellas redes negras

no hay alma que no encadene ,

ni libertad que no prenda.

Menos brillará en su frente

el cerco de ricas perlas ,

que en sus mejillas la rosa

y en sus manos la azucena.

Las plumas de su turbante

no tan gallardas ondean

cuando apacible las mece

el viento de la ribera ;
 como el talle delicado
 inclina afable y risueña ,
 si á saludar se levanta
 á sus amigas y deudas .
 Centro blanco y cabos rojos
 son los colores que precia ;
 porque significan juntos
 sinceridad y terneza .
 Como el sol es su hermosura ,
 que hechiza á todos y alegra :
 su familia la idolatra ,
 y las demas la veneran .
 De amantes hijos cercada ,
 oliva fértil semeja ,
 que entre copiosos renuevos
 promete mas á la vega .
 Y si ha podido sus gracias
 decirte mi tosca lengua ,
 las virtudes de su alma
 se sienten , no se celebran .
 ¿ Ves la gloria que la ilustra ,
 los placeres que la cercan ,
 sin que el destino ni el tiempo
 á su ventura se atrevan ?
 ¿ Y entre tantos corazones ,
 que solo agradarla anhelan ,
 correr sus felices dias
 en serenidad perpétua ?
 pues en secreto derrama

piadosas lágrimas tiernas,
(yo lo sé bien, que ella misma
me honró con su confianza)
por un infeliz, que gime
en la prisión de Baeza,
dó sus contrarios le tienen
ó con justicia ó sin ella.
Este infortunio la aflige,
este tormento la aqueja:
que no es Celima dichosa,
si sabe que hay quien padezca.
Dulce corazón, que solo
para la virtud alientas,
cuando tú las lloras, ama
el desgraciado sus penas.
Esta angélica ternura
no es conocida en la tierra,
que hay piedades que envilecen,
y consuelos que atormentan.
Mas Celima ¡ santos cielos!
cuando alivia la miseria,
piden sus modestos ojos
el perdón de conocerla.
Al que blanco de sus iras
eligió la suerte adversa,
le basta ser infelice
para que su amigo sea.
¡ Con qué suavidad le mira!
¡ cómo se pinta halagüena
en su apacible sonrisa

celestial beneficencia!
 Si en el corazón de un hijo
 despunta la flor primera
 de la bondad, y al mendigo
 tiende la mano, aun incierta:
 ¡ con qué ardor, con qué delirio
 al dulce seno lo estrecha;
 y en mil regalados besos
 su virtud naciente premia!
 ¡ Si la vieras cuál suspira
 con el triste! ¡ si la vieras
 el secreto de sus males
 arrancar á la indigencia!
 Cuando tormentos mas graves
 á un pecho infeliz apremian,
 su elocuencia compasiva
 ó los suspende, ó los templa.
 Dígalo el cisne del Tajo;
 á quien dió fortuna ciega
 en cada virtud un riesgo
 y un suplicio en cada idea.
 Lejos de su patria amada
 gime en indigna cadena:
 solo tu amistad, Celima,
 sus males adormeciera.
 O yo lo diga. Deshecho
 el timon, rotas las velas,
 y destrozado el navío
 de los mares y las peñas;
 abortado de las olas

apenas besé la arena,
 cuando, deidad de infelices,
 encontré mi puerto en ella:
 y aunque tú sabes, amigo,
 que no hay remedio á mi pena,
 llagas, que halague, mortales
 serán si no las consuela.

Dios á la tierra, Celima,
 te concedió, porque hubiera
 ángel para el infortunio
 y para el naufragio estrella.

Tu imaginacion ardiente
 otro ensalzará, ó la fuerza
 de ese ingenio que te abre
 el imperio de las letras:
 ó ya el delicado instinto
 de lo bello, á quien presentan
 el saber y la armonía

sus mas preciadas riquezas:
 ó tu donaire, ó las gracias
 de tu nativa elocuencia,
 ó el no comun maridage
 de la hermosura y modestia.

Mas cuantos dones prodigan
 fortuna y naturaleza,
 nada son si no es piadosa
 el alma que los posea.

Esta es la beldad, que solo
 adoro yo en tí: que esta
 ni el tiempo la descolora,

ni los cuidados la menguan.

Mas ya de Sierra-nevada
el sol á apartarse empieza,
y las cuadrillas se cruzan,
y las dulzainas resuenan.

Ven conmigo, y tomaremos
puesto de donde la veas,
y alli admirarán tus ojos
mas que te ha dicho mi lengua.

Esto á Zayde, el desterrado
del Guadalquivir dijera,
y hácia el Genil se encaminan
á ver las cañas por verla.

IV.

BELINDA.

¿Qué hechizo derrama el Cielo,
hermosa, en tu voz divina,
que ya en las almas no cabe
otro placer que el de oirla?
No á la nacarada aurora,
cuando el oriente ilumina,
con mas dulzura aplaudieron
las pintadas avecillas.
No mas lastimera y tierna
la amorosa tortolilla
lamentó al perdido esposo
en las ramas de la umbría.

No mas grato el arroyuelo,
saltando entre tersas guijas,
con blando murmurio halaga
los céfiros de la orilla.

Ni el rui señor, si desoye
su voz la consorte esquiva,
mas dolorosas querellas
al eco del valle envía.

El amor, cuando en tu rostro
sembró la rosa encendida
del abril, cuando en tus lábios
destiló la miel del Hibla;
porque á tu hermosura no haya
libertad que no se rinda,
puso en tus ojos su incendio
y en tu acento sus delicias.

Y en vano, amantes incautos,
huireis de su hermosa vista;
que hay tambien para el oido
dulce inevitable herida.

¡Con qué atractivo donaire,
con qué graciosa artería
de amor las plácidas leyes
tu voz halagüña dicta!

Ya en verso elevado y puro
celebres su blanda risa,
ó ya en vulgares canciones
afectos nobles describas.

¡Cuánto placer mana entonces
tu boca, cuántas caricias!

¡ con cuánta ilusion los pechos
 enardecidos palpitan!
 Ya de artificioso amante
 cantas la astucia maligna:
 ya mas tierna y seductora
 himnos al placer suspiras.
 En tus labios ser y forma
 recibe la simpatía,
 y al dulce lazo de Venus
 la primavera convida.
 Al pescador, que blasfema
 el poder de amor, castigas:
 y al que le imite, igual pena
 tus ojos le pronostican.
 Las blandas quejas, las lides
 del desden, sus breves iras,
 y del jardín de Citéres
 las deliciosas guaridas;
 ¿quién, Belinda, las describe
 como tú? ¿quién alma y vida
 con mas verdad, con mas gracia
 prestó á la voz fugitiva?
 Mas ¡oh! si en lúgubres tonos
 gime enlutada la lira,
 y del amor desgraciado
 la doliente queja imita:
 no es entonces la belleza,
 que adoramos: no es Belinda:
 es con todos sus prestigios
 la dulce melancolía.

Es Psíquis, que el bien perdido
 llora en la escarpada cima:
 es Venus cuando en sus brazos
 el jóven amado espira.
 ¡Cuán lánguidas sus miradas
 desfallecen! ¡cuál oscila
 su lindo seno! ¡cuán triste
 baña el llanto sus mejillas!
 ¡Cómo en el bello semblante
 mágico el dolor se pinta!
 ¡Ay! ¡Cuál será el alma fiera
 que á tanta ilusion resista?
 Dígalo yo... ¡cuántas veces
 corrísteis, lágrimas mías,
 si de la homicida ausencia
 lamentó la furia esquivá!
 ¡Cuál penetraba en mi seno
 su flébil voz! ¡cuál hería
 de este corazon sensible
 las mas delicadas fibras!
 Yo escuchaba las querellas
 de una ausente: yo creía
 ver la solitaria selva
 donde en libertad suspira.
 Tal vez tú misma consuelas
 mi acerba pena: tú misma,
 Belinda, tal vez la halagas
 amistosa y compasiva.
 ¡Ah! gocen otros felices
 glorias, placeres y risas;

que yo en gemir á tu lado
cifraré toda mi dicha.

Con tal que tu hermosa mano
mi llanto enjague benigna :

lágrimas que te apiadan ,

amor llorarlas querría ;

Si él las causó , y es tu acento

el que á verterlas me obliga ,

la amargura de su fuente

tu hechicera voz mitiga.

¡ Ay ! esas gracias , que templan

pesares , que almas cautivan ,

no al arte solo de Orfeo

pienses que le son debidas.

Puede la música al labio

prestar su vaga armonía :

mas no de afectos é ideas

la expresion casi divina.

¿ Sabes , hermosa , en qué fuente

brotó el fuego que fulminan

tus ojos ? ¿ quién á tu canto

la ardiente pasión inspira ?

Ese pecho , dó entre lirios

la fiel ternura se anida :

ese corazón , que solo

para el dulce amor palpita.

Feliz , no ya el que merece

entre adoradas caricias

ser tuyo : ventura tanta

los mismos dioses envidian :

sino el que alguna memoria
 te deba, y si complacida
 le miras, pueda imponerte
 el tierno nombre de amiga.
 Con él burlaré atrevido
 tu furor, ó suerte impía:
 y este pecho, aunque en sus hierros
 el infortunio lo oprima;
 libre y contento á tu lado
 verás que late y respira,
 y la amistad generosa
 halaga su acerba herida.
 ¡ Ay! de tan sabrosa llama
 las puras blandas delicias
 solo es dado el explicarlas
 á los que saben sentirlas.
 Si cantas, todas mis penas
 enmudecen: si me miras,
 huye el dolor de mi pecho,
 vuelve á mi rostro la risa.
 Así del cantor de Tracia
 la voz oyendo y la lira,
 el reino infausto de Dite
 sintió una vez la alegría.
 Vive feliz: tu belleza
 burle del tiempo las iras,
 y ni el tiempo ni la suerte
 jamas perturben tus dichas.
 De las almas tiernas seas,
 cual tú mereces, querida:

y siembre el amor de flores
 la carrera de tus días.
 Esta expresión de mi afecto
 recibe afable, y olvida,
 por ser pura y verdadera,
 lo que pierda por ser mia.

Así el desterrado Anfriso
 dice á la hermosa Belinda,
 cuando su voz alegraba
 del Gers odioso la orilla.
 Ella sus tiernas razones
 premia con blanda sonrisa,
 y vuelve á cantar, y Anfriso
 enmudece para oirla.

V.

A LUCINDA. (*Imitación de Horacio.*)

Dime por todos los dioses,
 dime, Lucinda, ¿qué impío
 furor, qué amor malhadado
 te impele á arruinar á Aristo?
 Ya de la sábia Minerva
 olvida los sacros ritos,
 y evita cual sierpe fiera
 el antes amado libro.
 Fue un tiempo, en que coronado
 de oliva y cárdeno lirio,
 del Bétis su voz divina

halagó el márgen florido.
 Las bellas ninfas, sacando
 el pecho del sacro rio,
 pagaban enamoradas
 sus canciones con suspiros.
 ¡ Cuántas veces, linda Iberia,
 depuesto el pudor altivo,
 por escucharle bajabas
 al valle de los alisos!
 En vano : que amor no habia
 su juvenil pecho herido :
 todos sus placeres eran
 con su lira y sus amigos.
 Ora á los ojos se esconde
 de Sileno y de Cratilo,
 ni responde á los lamentos
 del tierno cantor de Anfriso.
 Asi dicen, que de Tétis
 se ocultó el valiente hijo,
 dejando el lauro y la espada
 por femeniles vestidos.
 Mas los brazos de Deidamia
 no fueron seguro asilo :
 que alli la trompa de Ulises
 despertó su ardiente brio.
 No esperes, falsa Lucinda,
 tenerle siempre escondido :
 que al grito del desengaño
 huyen de amor los prestigios.

VI.

EL DESPECHO.

Con horrible agüero fuiste
 plantado y en triste día,
 tronco infausto, dó engañado
 grabé el nombre de Lucinda.
 ¿Qué encantamento funesto
 mis potencias sorprendidas
 pervirtió, cuando á una ingrata
 dí la voluntad cautiva?
 Si es su beldad seductora
 la que rindió el alma mía,
 los ojos que la miraron
 debieron perder la vista.
 ¿Por qué no estalló mi mano,
 cuando en tu corteza fría
 divulgué necio mi oprobio
 y el triunfo de mi enemiga?
 ¿Por qué enamorado quise,
 que crezca su gloria altiva,
 tanto como tú crecieses
 en verdor y lozanía:
 si la ingratitude odiosa,
 que en su aleve pecho habita,
 dejará por siempre al Bétis
 su memoria aborrecida?
 Y aunque en sus hermosos labios

el clavel de mayo brinda,
 ¿qué importa, si fuente son
 de venenosas mentiras?
 No mires, incauto amante,
 aquel seno de delicias:
 que se oculta entre sus pomos
 el áspid de la perfidia.
 Teme, teme de sus ojos
 la mirada dulce y viva,
 que donde hieren no dejan
 sino incendios y ruinas.
 El céfiro, que lascivo
 su lindo talle acaricia,
 exhala oculto veneno,
 y muere el que lo respira.
 Sí: con hermosos colores
 la piel jaspeada brilla
 del tigre, y mueve los ojos
 con aparente alegría.
 Mas las penetrantes garras
 en tanto pérfido afila,
 y á la descuidada presa
 con grito horrible se tira.
 Así al amador sencillo
 con tu hermoso rostro hechizas,
 y á un Elísio de placeres
 en tus brazos le convidas.
 Esperas á que á tus plantas,
 ardiendo de amor, se rinda;
 y luego en su pecho clavas

del desden la flecha esquivá ;
 y en sus acerbos tormentos
 te recreas complacida ;
 y tus juegos y solaces
 son los ayes , que suspira .
 ¡ Oh furor ! ¿ y yo engañado
 me abrasé en tu amor un día ?
 ¿ y á un alma doble y tirana
 dí un alma tierna y sencilla ?
 Huye del tronco , ó funesto
 nombre de la fementida :
 estorba , puñal agudo ,
 que en él crezca mi ignominia .
 Y tú , infausto árbol , que diste
 á mi amor y sus mentiras
 tu corteza , oprobio seas
 del triste vergel que habitas .
 Jamas se cubran tus ramas
 de verdor : jamas floridas
 gloria del otero sean
 cuajadas de fruta opima .
 Ni de la aurora el rocío
 en blandas perlas recibas ,
 ni del fecundo Favonio
 el puro aliento de vida .
 El ardiente sol te abraze ,
 la helada nieve te oprima ,
 y nunca el ave amorosa
 por nido tu copa elija .
 Asi enfurecido Aristo

borra el nombre de Lucinda :
 lo ve la pérfida , y rie
 con desdeñosa sonrisa ;
 y dice : « borra mi nombre ,
 que yo lo entrego   tus iras :
 ¡ feliz , si borrar del pecho
 pudieses la imágen mía ! »

VII.

EL TEMOR DE LA MUDANZA.

Reclinado est  el amor
 en el regazo de Celia,
 y entre los lirios del seno
 la blanda mejilla asienta.
 Los brazos de rosa y nieve
   la cintura rodea,
 y con sus divinos labios
 la cándida mano besa.
 Pone   sus pies el manojito
 de las vencedoras flechas :
 de un rosal dej  pendientes
 con el arco aljaba y venda.
 Sus lindos ojos sonrien
   los ojos de la bella ;
 y con su beso y su halago
 olvida el de Citer a.
 Aléxis mira gozoso
 las deliciosas ternezas ,

con que el amor que lo abrasa,
su amante zagala premia.

Al dulce niño acaricia
con mano amorosa y tierna:
el bello rostro le halaga
y al pecho ardiente lo estrecha.

Alaba los claros ojos,
que con su llama halagüena
en ardor correspondido
los corazones incendian;
ó bien los rosados labios,
del placer segura prenda,
ó ya los dulces harpones,
que al mismo Jove sujetan.

Mas al descubrir las alas,
que ora recogidas plega,
y que tendidas al viento
son de la inconstancia enseña;
de la infiel mudanza Aléxis
la herida mortal recuerda,
y con acento turbado
asi le dice á su Celia:

«¿Qué importa que tu favor
hoy corone mi esperanza,
si amor capaz de mudanza
no puede llamarse amor?
Que pierda, Celia, el volar,
si quieres dicha segura:
pues le basta á la hermosura
su inclinacion á mudar.»

Dijo , y con ligera mano
 las lindas alas desplega ,
 y sus varios tornasoles
 ya para cortar se apresta.
 Huye amor de entre sus brazos ,
 y al rosal cercano vuela ,
 y así maligno responde ,
 y de su temor se venga :

« Cuando olvidada de tí
 mude la fineza suya ,
 ¿ qué importa que yo no huya
 si ella me echará de sí ?
 Si tu amorosa pasión
 quieres lograr sin recelo ,
 no á mí me quites el vuelo ,
 sino á Celia el corazón . »

VIII.

EL RESPETO. (*Traducción del inglés.*)

Corazón , guarda tu llama
 en lo mas hondo del pecho ;
 no advierta la bella Elisa
 ni aun el humo de su incendio.
 En vano es el llanto : en vano
 ardientes suspiros tiernos :
 ¿ De qué te sirve la queja ,
 si es imposible el remedio ?
 Toda senda á la esperanza

niega tu adorado objeto:
 para alcanzarlo, es muy alto:
 para olvidarlo, muy bello.
 Muere callando, y tan solo
 se permite á tu deseo
 beber de sus lindos ojos
 el no evitado veneno.
 Distante de su hermosura,
 como el esclavo del dueño,
 ni el menor gemido rompa
 la estrecha ley del silencio.
 Teme, teme que tus males
 conozca la causa de ellos,
 y que su burla ó su odio
 castiguen tu atrevimiento.
 ¡Ay! tú verás su hermosura
 entregarla el hado ciego
 á un mortal mas venturoso,
 pero que la adore menos;
 y en aquel alma divina
 y en aquel celeste cuerpo
 mil gracias, que tú hallarias,
 desconozca tibio ó necio.
 Y poseerá distraído
 tantos hechizos sin verlos,
 y ella gemirá quejosa,
 medio gozada en su seno.
 Elisa ignora, y es fuerza
 que lo ignore, el noble fuego,
 que su belleza y las musas

en tu espíritu encendieron.
 Con su idolatrada imagen
 regala tu pensamiento :
 y halague tu acerba herida
 este dulce devaneo.
 Siempre al despertar la veas ,
 siempre te la ofrezca el sueño ,
 y guarda en el pecho amante
 su memoria y tu secreto.

IX.

LA VICTORIA INESPERADA.

A Dios , adorada ingrata :
 quédate con tus desdenes ,
 que ya el pecho resistencia
 para sufrirlos no tiene.
 Tres años ha que te adoro ,
 desde aquella noche aleve ,
 que entre juegos y alegrías
 me diste herida de muerte.
 Y ¿ qué he conseguido ? celos
 y rigores , sin deberle
 ni á tí , ni al amor , ni al hado
 aun la esperanza mas débil.
 Ya disimular no puedo
 la pasión que me enloquece :
 tus amigas la murmuran
 y hasta tu madre la entiende.

Es público que á otro amante
 el don de tu mano ofreces ;
 todos me miran y rien ,
 y algunos me compadecen.
 Fuerza es morir : mas no vea ,
 que hay quien en mi mal se alegre ,
 y á mis últimos suspiros
 nupciales cánticos mezcle.
 Mira cuál es mi suplicio ,
 cuando voluntario ausente
 á mas que á morir me obligo
 condenándome á no verte.
 Ni espero , que ausencia ó tiempo
 tan acerba herida templen :
 que puede partirse Anfriso ,
 mas olvidarte no puede.
 Ni temas que nuevos lazos
 mi desventura consuelen :
 quien te adoró , bella Emilia ,
 te adorará hasta la muerte.
 Dulce bien del alma mia ,
 á Dios , á Dios para siempre ,
 ya que el destino y los celos
 y el tirano amor lo quieren.
 Así se despide Anfriso
 de la pastora inclemente ,
 que á tres siglos de ternura
 opuso un alma rebelde.
 Ella en ignorado fuego
 incendiarse el pecho siente ,

y en su corazon helado
 las voraces llamas prenden.
 De Anfriso aparta los ojos ,
 por si reprimirse puede :
 mas ; ay ! que á mirar su amante
 mas enardécidos vuelven .
 Hasta que al amor rendida ,
 arde en su rostro la nieve ,
 tímidos suspiros lanza ,
 y llanto amoroso vierte ;
 y al zagal que despechado
 huye , y su triunfo no advierte ,
 diciéndole « yo te adoro »
 la blanca mano le tiende .
 Anfriso se arroja á ella ,
 le imprime besos ardientes ,
 á su corazon la lleva ,
 y entre las suyas la prende .
 Estrecha su Emilia al seno ,
 y entre rosas y claveles
 de la encendida mejilla
 las dulces lágrimas bebe .
 Goza , pastor , goza el premio
 que bien merecido tienes :
 un despecho y un suspiro
 hicieron feliz tu suerte .

X.

EL PESCADOR ANFRISO.

ROMANCES.

I.

Amante pastor de Fílís,
 cuyos suspiros ardientes
 oyó sonar en sus vegas
 la amena orilla del Bétis :
 escucha del triste Anfriso
 los cantares con que suele
 consolar su pena amarga
 de un perdido bien ausente.
 Y ora pidas á tu lira
 el himno fúnebre y cerques
 el sepulcro de Norferio
 de rosas y de laureles :
 O bien furor mas sublime
 tu agitado pecho llene
 y cantes las bellas obras
 de la diestra omnipotente :
 no de un infeliz amante
 el tierno llanto desprecies ,
 con que del Bétis aumenta
 la clara y sesga corriente.
 Que en él tú tambien llorando
 de Fílís las esquivaces ,

quiso amor que de sus flechas
la cruda herida sintieses.

Ya la selva que colmada
de frutos brillaba fértil,
cuando orló otoño de pomas
la guirnalda de su frente,
con su triste ausencia queda
expuesta al hielo y la nieve,
y el temido invierno anuncian
los rigores del noviembre.

Cubiertos de escarcha fría
yacen mustios los vergeles
que el dulce y florido mayo
vistió de su pompa verde.

Del prado desaparecieron
ya las rosas y claveles;
y en el aterido suelo
hasta el rudo espino muere.

Su dulce soplo el Favonio
retira al mar de occidente,
y de las polares cumbres
el fiero Aquilon desciende:
sobre los campos y valles

bate sus alas rugientes;
y en la empinada montaña
los duros robles conmueve.

Cuando embravecido gime
y en sus copas se enfurece,
no hay tronco que no sacuda,
ni peñasco que no tiemble.

Bétis recibe en su seno
los ya copiosos torrentes,
y con el aumento altivo,
émulo del mar, se tiende.
Mánchase de pardas nieblas
su faz tersa y trasparente;
y en vez del undoso espejo,
enturbiadas aguas vuelve.
Con la mudanza alterado
deja el pez el hondo albergue,
donde del anzuelo astuto
las asechanzas no teme.
Cercano al aire enemigo
el agua mas alta hiende
y al pescador cauteloso
abundante presa ofrece.
Entrambas orillas corren
unidos en tropa alegre
cuantos el anzuelo enlazan
y cuantos la red extienden.
Fórmanse en la abierta márgen
mil cabañas diferentes:
y cubren el ancho rio
remos, barquillas y redes.
En tanto el jóven Anfriso
de otros cuidados pendiente,
solo en apartada playa
lloraba su triste suerte.
Por la ausencia de su Elisa
amargas lágrimas vierte,

la mas hermosa zagala
 que vió en su márgen el Bétis.
 Con un mismo arpon sus pechos
 el amor tirano hiere.

Elisa idolatra á Anfriso ;
 por Elisa Anfriso muere.

Mas viendo que ya el invierno
 muestra la arrugada frente,
 y temiendo que sus iras
 en su manadilla emplee,
 en las encumbradas sierras
 contra el hielo las guarece ;
 y sin la luz de sus ojos
 la vida de Anfriso es muerte.

Atada á un desnudo tronco
 la mísera barca tiene,
 el remo en la seca arena,
 y al sol tendidas las redes.
 Y el corazon y la vida
 fijos en su bien ausente,
 hácia la envidiada cumbre
 los llorosos ojos vuelve :
 árboles, montes y peñas
 con su lamento enternece ;
 y en triste lloro consume
 la flor de sus años verdes.

¡ Oh amor ! si al que bien te si ve
 con tanta impiedad ofendes,
 ¿ quién á tu insufrible yugo
 doblará el cuello obediente ?

De la mal formada choza
á su olvidada barquilla
sale el pescador Anfriso
al primer albor de un día.
Tardamente costeaba
triste y solo las orillas,
donde de Itálica nombre
apenas queda y cenizas.
Contempla de su grandeza
las destrozadas reliquias ;
y dejando aparte el remo ,
asi llorando decia :
«¡ Oh lamentables despojos
del tiempo ! ¡ Oh tristes ruinas !
infeliz y fiel imágen
sois de la ventura mia.
Las altas torres , que al cielo
elevarse presumian ,
al acero y á la llama
se desplomaron rendidas.
De arcos , columnas y estatuas
gastados trozos se miran ,
y entre ellos la ingrata tierra
serpientes brota y espinas.
Yace entre el polvo deshecho
tu esplendor , tu pompa antigua ;
triumfo que reservó el hado

á la africana cuchilla.
 Asi desvanece el tiempo
 los placeres de la vida,
 y en un momento destruye
 la gloria de muchos dias.
 ¡ Ah! yo, necio, imaginaba,
 cuando gocé mis delicias,
 que instantes tan venturosos
 nunca la edad llevaria.
 Pasó derramando amores
 la primavera florida:
 y mis cantos alegraban
 el aura de las campiñas.
 Vino el sediento verano;
 y el rayo ardiente del dia
 en la floresta me hallaba
 defendido de sus iras.
 Donde de un amor felice
 las ansias correspondidas
 mi tierno pecho llenaban
 de inalterable alegría.
 De pámpanos y racimos
 cubrió el setiembre las viñas;
 y entre sus vides Cupido
 nuevos gozos me ofrecia.
 Breves cuanto dulces horas,
 ¿ dó volásteis fugitivas?
 ¿ cuándo volveré á encontrarte,
 ó felicidad perdida?
 Ahuyentó el sañudo invierno

la estacion de mis delicias ,
 y me arrebató á los montes
 la mitad del alma mia.
 En duro tormento ahora
 arrastro la odiosa vida ,
 acrecentando mis penas
 la memoria de mis dichas.
 ¿ Dónde estás , bien adorado ,
 que asi de un triste te olvidas ?
 ¡ Mísero ! ¡ que mis suspiros
 escuchar no puede Elisa !”

Calló : y en copioso llanto
 se inundaron sus mejillas :
 las bellas ninfas al verle
 lloraron compadecidas.
 Hacia la pesca su barca
 con las demas encamina :
 mas su pena y su zagala
 van en su memoria fijas.

3.

Ya el horizonte de nieblas
 cubre el Austro silbador ,
 que de la espumosa sirte
 el diciembre desató.
 Suben á turbar del dia
 el sereno resplandor ;
 y al campo aterido roban
 la luz benigna del sol.

Torrentes de espesa lluvia ,
que á su seno el mar fió ,
del viento agitados vuelan
en remolino veloz.
Entre las aguas el hielo
corre en deshecho licor ;
y ya los cuajados copos
arroyos de nieve son.
Eleva el Bétis sus ondas ;
y con doblado furor
ya de las márgenes rompe
la mal segura prision.
De las inundadas vegas
el zagal medroso huyó ,
y la inútil reja guarda
el paciente labrador.
Desde un elevado risco ,
donde el agua no alcanzó ,
mirando el destrozo estaba
el amante pescador :
mas solo afligen su pecho
las crueldades del amor ;
y contra él en triste acento
tales quejas pronunció :
«¡ oh tirano dios ! si quieres
hacerme amable el horror
que por los campos esparce
la rigorosa estacion :
si quieres que no desee
de abril el plácido sol ,

¡ ay ! vuelve , vuelve á mis brazos
el bien de mi corazon.”

4.

Precipitando sus ondas
por entre oscuras cañadas ,
enfurecido un torrente
de la umbrosa sierra baja.
Cuando los estivos rayos
el ardiente can vibraba ,
su raudal sediento apenas
regó las áridas plantas.
Mas ora que espesa lluvia
cubre el campo y la montaña ,
por las campiñas tendido
al Bétis lleva sus aguas.
Junto á su ribera Anfriso
pensativo renovaba
de sus perdidos placeres
tristes memorias y amargas.

« ¡ Venturoso arroyo , dice ,
cuya fuente pura baña
las altas cumbres que habita
el dulce bien de mi alma !
Cuando á la tarde recoja
sus ovejuelas cansadas ,
¡ ay ! tal vez por tus orillas
conducirá la manada.
Y cuando al nacer el dia

envidia de Febo salga,
 quizá á mirarse en tus ondas
 un breve rato se para.
 Ora en menudos cristales
 lavarás su mano blanca,
 y ora besarás lascivo
 con blando giro sus plantas.
 Tú á su amable vista siempre
 ufano de verla pasas:
 y la dicha que tú logras
 á un tierno amante es negada.
 Dame nuevas de mi ausente:
 ¿gime? ¿busca solitaria,
 dejando el redil alegre,
 las sombras de la enramada?
 Tal vez ora, dulce Elisa,
 por la misma orilla vagas;
 y lamentando á tu Anfriso
 verterás lágrimas blandas:
 que con las felices ondas
 al mar correrán mezcladas
 quedando con tal tesoro
 rica su corriente clara.
 Verted, verted, ojos míos,
 tierno lloro; que en las aguas
 quizá se unirá dichoso
 el llanto de mi zagala.
 ¡Oh instantes de gloria! Cuando
 en mis brazos enlazada,
 unido tu pecho al mio

de blando amor palpitaba ,
 entonces sintiendo el fuego
 de su mas ardiente llama ,
 tus lágrimas y las mias
 en tu rostro se encontraban.
 ¡ Oh dulce llanto del gozo !
 ¡ Oh lágrimas siempre amadas !
 ¡ Ay ! ¡ si eterna tu corriente
 mis mejillas inundara !”

5.

Pasó del enero frio
 la nieve, y no ya cubierta
 el monte de eterno hielo
 su empinada frente muestra.
 Tal vez el cierzo irritado
 de agitar los troncos cesa ,
 y tal, el blando Favonio
 por los yermos campos vuela.
 Sintiendo el venir cercano
 de la amable primavera ,
 la bella flor del almendro
 sus blancas hojas despliega.
 Del agricultor anima
 la esperanza lisonjera :
 y las primicias del año
 en temprana pompa ostenta.
 De hojas se pueblan las ramas ,
 desnudas antes y yertas ;

y el frutal de los vergeles
verde y frondoso descuella.
Ya en el cáliz su perfume
la tímida rosa encierra:
y gloria del prado erige
su vástago la azucena.
Mas no del febrero instable
bonanza fija se espera:
que tal vez, cuando reía
el alba mas halagüena,
y con su fértil rocío
alentó las plantas tiernas,
por el viento desatando
lluvia de menudas perlas;
entonces pequeña nube,
al templado rayo opuesta,
que en el claro mediodia
divisó la vista apenas;
se desenvuelve ocultando
la hermosa luz de la esfera;
y hasta el remoto horizonte
tiende su infausta tiniebla.
Del preñado seno en tanto
lanza horrorosas centellas,
que los espacios del aire
de pálida lumbre llenan.
Brama el rayo: su bramido
por valles y cumbres suena;
y al centro de las montañas
huye asombrada la fiera.

De helado y rudo granizo
 vierte despues lluvia densa,
 que la tierna planta oprime,
 y la mies naciente quema.
 En fiero huracan el Noto . . .
 ruge indignado en la selva,
 y á su embate sacudida
 la robusta encina tiembla.
 Y cuando ya despojada
 de troncos la cumbre deja,
 se lanza precipitado
 sobre el valle y la pradera.
 Su furia no resistida
 en la humilde choza emplea,
 y en su raudo remolino
 cabañas y establos lleva.
 Mas presto sus senos rompe,
 herida del sol, la niebla,
 y el rayo que la traspasa
 dora la afligida tierra.
 En partes mil dividida
 desaparece. El Noto cesa:
 y vuelve á halagar el aura
 las ramas de la floresta.
 El iris de oro y de nácar
 los bellos visos desplega,
 y precursor de bonanza,
 mares y cielo hermosea.
 Anfriso entonces decia:
 « despues de cruda tormenta,

¡ cuán dulce es del claro día
 gozar la lumbre serena!
 Atento á mejor fortuna
 sufre el mísero sus penas,
 y para aliviar sus males
 la dulce mudanza espera.
 ¡ Ay triste! ¡ que de los míos
 el ansiado fin no llega!
 ¡ Ay del que amor despiadado
 á eterno gemir condena!"

6.

Perdida esperanza mía,
 sin cuyo alivio sentir
 me vió el amor sus rigores
 en una ausencia infeliz:
 vuelve á mi pecho y alienta:
 que ya el apacible abril
 los amenos campos borda
 de alegre y vario matiz.
 El mas infecundo prado
 se viste de flores mil;
 y rica esmeralda brota
 la menos fértil raiz.
 Entre la menuda grama
 ya comienzan á lucir
 el albor de la azucena
 y de la rosa el carmin.
 Los árboles que en el Bétis

miran su erguida cerviz,
 la cristalina corriente
 truecan en verde pensil.
 Alienta, afligido pecho:
 llegó la estacion feliz
 que tus lágrimas enjuge
 la zagala mas gentil.
 Ya las altas sierras deja,
 donde se ausentó de mí;
 y entre los pastos del llano
 fija el nudoso redil.
 En breve, dichosas vegas,
 afrentar y competir
 vereis su rostro al clavel,
 y sus manos al jazmin.
 Amante corazon mio,
 templa tu acerbo gemir:
 que presto, presto á tus penas
 llega el anhelado fin.
 Asi el pescador Anfriso
 cantaba, cuando á reir
 ya serenas empezaban
 las auroras del abril.

7.

Labradores de estas vegas,
 pastores de estos ribazos,
 decid ¡ ay! si á mi zagala
 habeis visto en vuestros campos.

Asi las bellas pastoras,
 su altivo desden postrando,
 el dulce yugo de Vénus
 reciban en vuestros brazos.
 Asi goceis en perpetuo
 solaz del bien suspirado,
 sin que jamas de la ausencia
 probeis el dolor amargo.
 Hoy es el felice dia
 en que amor, menos tirano,
 volver promete á mi vista
 el hermoso sol que aguardo.
 Si vísteis una zagala,
 con cuya presencia ufanos
 de nuevas flores se adornan
 y nuevo verdor los prados:
 si en su tersa y pura frente
 vísteis la aurora brillando,
 ó el cándido enhiesto cuello
 vencer de la nieve el ampo;
 señas son de la que adoro,
 que en mi pastora envidiaron
 cuantas zagalas ilustran
 la márgen del Bétis claro.
 La dulce risa del alba
 baña sus hermosos labios:
 y en su rostro resplandece
 el sereno sol del mayo.
 En el fuego de sus ojos
 temple Cupido sus dardos;

y en sus rizos de oro teje
 los mas halagüenos lazos.
 Buscando viene á un amante,
 de quien se ausentó llorando:
 lágrimas que en dulce gozo
 hoy convertirá en sus brazos.
 Yo, misero, corro el valle
 una y otra vez en vano,
 desde que vino el lucero,
 mas que otras mañanas tardo.
 El puro aljófar del alba
 mis cabellos ha bañado;
 y el primer rayo del dia
 me halló corriendo los campos.
 Mas ¡ ay! ¿ no es ella? ¿ mi Elisa,
 que baja de aquel collado?
 ¡ O amor! ya en fin mis suspiros
 tu duro pecho apiadaron.
 Dijo, y con ligera planta
 vence el interpuesto prado,
 cual ciervo herido del valle
 busca el profundo remanso.
 La gentil zagala entonces
 deja el cándido rebaño,
 y por dó su Anfriso viene
 vuela amorosa á encontrarlo.
 En dulce nudo se enlazan,
 amantes ya afortunados;
 y solo un momento premia
 las ansias de todo un año.

De los rediles del prado
á las márgenes del río
la bella Elisa guiaba
los sedientos corderillos.
Tendida la red tenia
sobre las ondas su Anfriso,
y en la apacible corriente
nadaba el batel tranquilo;
cuando del manso ganado
oye los tiernos balidos,
y de su Elisa en la orilla
reconoce el blando silbo.
Coge la red presuroso;
y el remo al agua tendido
la barca hasta la ribera
conduce de un solo giro.

Elisa, en tanto que al margen
desciende su ganadillo,
le espera á la fresca sombra
de un verde y frondoso aliso.
Amoroso la saluda;
y sobre el césped florido
del regalado Favonio
gozan el soplo benigno.

Ya á descender empezaban
las sombras del monte erguido;
y ya en los bosques se oía
de la tórtola el gemido:

✱

cuando la amante zagala
 repite al dulce querido
 la canción que á las montañas,
 descendiendo al Bétis, dijo.

« A Dios quedad, altas sierras :
 desatado el hielo frio
 en mansos raudales baña
 los pies del musgoso risco.
 De las empinadas cumbres
 huye el invierno aterido :
 y ya su olor á los vientos
 entrega el blando tomillo.
 La zagala que llorosa
 tantas veces habeis visto
 cubierta de dura escarcha
 é inundada del rocío ,
 guiar su pobre manada ,
 y entre amorosos suspiros
 enseñar á vuestros ecos
 el nombre amado de Anfriso,
 hoy de vosotras se aleja ,
 antes que el ardiente estío
 el céfiro que os recrea
 convierta en sopro encendido.
 Ansiosa busco los prados ,
 donde ya el mayo benigno
 las flores que al alba nacen
 tiñe de colores vivos.
 Los prados que el claro Bétis
 fertiliza cristalino ;

y por sus dulces rediles
 trueco el montaraz aprisco.
 A sus orillas me llaman,
 por si enjugarlas consigo,
 lágrimas de un tierno amante,
 y cuanto tierno, querido.
 A darle la alegre nueva
 volad, volad, vientecillos:
 decidle que de las sierras
 ya descender me habeis visto.
 Decidle que ya los valles
 veloz en su busca piso:
 decidle que ausente muero,
 y que hasta verle no vivo.
 A Dios quedad, altas cumbres:
 y asi del rayo enemigo
 vuestros verdes troncos sean
 siempre respetado asilo:
 si acaso por vuestra falda
 tal vez pasare mi Anfriso,
 decidle que ya su nombre
 conoceis por mis gemidos.”
 Asi cantó la zagala;
 y alegres los pajarillos
 la dulce cancion aplauden
 volando al caliente nido.
 Envidiosas la celebran
 las bellas ninfas del rio:
 su amante no; que está todo
 solo en mirarla perdido.

Del alto cenit Apolo
al seno de Tétis baja,
y en el mar del occidente
el dorado carro lava.
De entre las ondas envía
rayos de su luz templada,
que apenas torcidos doran
las cumbres de las montañas.
Perdido el tibio reflejo
por el ancho viento vaga;
y del incendio del día
vuela fugitiva llama;
hasta que entre densas nieblas
amortecida se apaga,
y el imperio de las sombras
deja á la noche atezada:
á la noche, que rigiendo
los negros caballos pasa,
y opio y beleño sacude
de sus voladoras alas.
Ante ella la planta incierta
perezoso el sueño arrastra,
á quien las medrosas horas,
callado coro, acompañan.
El negro manto, que pende
del cielo en la cumbre alta,
de uno á otro polo tendido

entrambos orbes abraza.
 Su tiniebla oscura en tanto
 trémulo esplendor traspasa,
 que en encendidas centellas
 vierte la esfera estrellada.
 Cual del apacible oriente
 asciende al cenit ufana,
 y cual en veloz carrera
 al turbio ocaso se lanza.
 El astro fijo del polo
 arde en su eterna morada,
 y á las sombras del silencio
 preside su lumbre clara.
 En tardo curso á su lado
 revolviendo el carro baja,
 y el resplandeciente Arturo
 rige sus ruedas nevadas.
 En pos de él girando corren
 las estrellas mas lejanas,
 y por el callado cielo
 al helado mar resbalan.
 Las aguas del manso rio
 con plácido estruendo pasan,
 que la flébil Eco lleva
 á las vecinas montañas.
 Rendidas las flores yacen,
 sus tiernas hojas plegadas,
 que del nocturno rocío
 el fresco céfiro cuaja.
 El prado duerme : las aves

los calientes nidos guardan :
y aterido el mundo espera
la dulce risa del alba.

Solo y despierto , la vista
tendida á la opuesta playa ,
el amante Anfriso yace
al umbral de su cabaña.
En la playa , dó amorosa
su tierna Elisa le aguarda ,
cuando en el cenit del cielo
la noche su curso parta.
¡ Cuán perezosas las horas
para el pescador volaban !
¡ Ay ! ¡ y cuánto de un amante
el bien anhelado tarda !
Suspira , y ora impaciente
al crudo amor quejas daba :
y ora la inquietud penosa
templaba con la esperanza.
Surta la barquilla yace
en la márgen sosegada ,
casi tendida la vela ,
y el remo dado á las aguas.
Deja la choza , y al río
con rápidos pasos baja ,
y el feliz instante espera
que trueque en placer sus ansias.
Entre tanto el frio Boótes
al carro la vuelta daba ,
y al horizonte vecino

guia el pértigo de escarcha.
 Por entre pardos celajes
 oculta su luz nevada,
 y bajo el brillante polo
 la noche media señala.
 Vuela el pescador entonces,
 al batel ligero salta,
 la bañada sirga corta,
 la vela extiende á las auras.
 Gozoso y triunfante gira
 hácia la ribera amada,
 y la interpuesta corriente
 con veloz carrera pasa.
 Crece el plácido silencio:
 y en las orillas calladas
 el blando batir del remo
 solo tal vez resonaba.
 Cupido alegre en la popa
 rige la dichosa barca,
 la mano al timon asida,
 y al aire abiertas las alas.
 En torno girando vuela
 de amores la tropa vaga;
 y el astro hermoso de Vénus
 les destella lumbre blanda.
 De la apacible ribera
 los céfiros se desatan,
 y las esencias de Flora
 sobre las ondas derraman.
 Benignos y bonancibles

la tendida vela ensanchan,
 y arriba el feliz Anfriso
 al puerto de su esperanza.
 Al tronco de un verde aliso
 deja la barquilla atada,
 entre mimbreras oculta
 y al abrigo de la playa.
 De altos álamos y sauces
 densas arboledas pasa,
 y entre las amigas sombras
 busca su Elisa adorada.
 Entre tanto los rediles
 deja la hermosa zagala,
 donde ya en tranquilo sueño
 su manadilla descansa.
 Con pie recatado vuela
 por la tendida campaña,
 y del humilde collado
 al repuesto soto baja.
 Por entre erguidos laureles
 hullicioso arroyo salta,
 que coronado de adelfas
 en busca del Bétis vaga.
 Con vueltas mil serpentea
 por la frondosa enramada,
 y con murmullo suave
 el fresco margen halaga.
 A su orilla en greña oscura
 los arrayanes se enlazan,
 y en hondas cuevas ofrecen

á amantes ninfas morada.
 Su triste querella entona
 Filomena entre las ramas ;
 y en el profundo silencio
 los tiernos amores canta.
 Al dulce Anfriso llamando
 su voz Elisa acompaña ;
 y de Anfriso á los oídos
 la lleva benigna el aura.
 Del blando acento guiado
 vuela á su bella zagala ,
 y entre amorosos suspiros
 llega á animar á sus plantas.
 Ya de la naciente luna ,
 que el horizonte dejaba ,
 á un tiempo montes y valles
 pálido el reflejo baña.
 Los tiernos amantes mira ;
 y envidiosa y lastimada
 vuelve el hermoso semblante
 del Latmo oscuro á la falda.
 ¿ Quién tan deliciosa noche,
 dulce amor, á cantar basta ?
 ¿ ni quién dirá dignamente
 las victorias de tu aljaba ?
 Al niño alado, amadores,
 sin temor rendid las almas :
 que el placer y la ventura
 bajo su yugo os aguardan.

Ya las sombras de la noche
disipa la aurora alegre ,
y de perlas, oro y nácar
esmalta el templado oriente.
La pura luz de sus rayos
por ambas esferas tiende,
y del cielo oscurecidas
las estrellas desaparecen.
El prado rie : las flores
el blando céfiro mece ,
y el néctar de la mañana
en su lindo seno vierte.
Despiertan las avecillas ,
y en bandadas diferentes
no hay rama donde no posen ,
ni valle por dó no vuelen.
Con sonora voz saludan
al nuevo sol que amanece ,
y anuncian en sus quejidos
de amor los dulces placeres.
Amor, amor, en las vegas
canta el pastor inocente ;
y « amor » la llorosa Eco
del lejano monte vuelve.
El pez en el seno undoso
sus gratos ardores siente ,
y de blando amor suspiran

las rubias ninfas del Bétis.

Junto á su zagala Anfriso

celebraba dulcemente

el arco, que doma el mundo,

y el arpon que dioses hiere.

Oye desde el fértil Gnido

amor los himnos fervientes,

y de su voz invocado

ya en la ribera parece.

A su vista nueva llama

por prado y vega se extiende,

y el grito de « amor » suave

repite el céfiro leve.

Pulsa la lira : los vientos

al sacro acento enmudecen,

y el Bétis enagenado

su sesgo raudal detiene.

« Amantes felices, canta,

vivid venturosos siempre,

que ya os preparo benigno

solo delicias y bienes.

Si el fiero dardo de ausencia

vuestro pecho hirió inclemente,

ya amor, cuanta fue la pena,

el blando consuelo ofrece.

Así premio á quien constante

sufre el rigor de la suerte,

y de invencible ternura

su corazon fortalece.

Ora de lirios y rosas

ceñid la gallarda frente:
 no el ábrego las marchite,
 ni el rayo estivo las quemé.
 Gozad, y en vuestros amores
 de constancia ejemplo quede,
 que despues á sus zagalas
 los tiernos pastores cuenten.

Y vosotras, Gracias bellas,
 no canteis que al Latmo verde
 ardiendo en mi fuego Cintia
 por Endimion descende.
 Ni que al fiero y crudo Marte
 le desceñí los laureles;
 ni que el padre de los dioses
 mi temido imperio siente.
 Mas porque conozca el mundo
 cuánto mis arpones pueden,
 cantad que ya en los amantes
 la ausencia sus iras pierde.”

XI.

LA PRIMAVERA. (*Traducción del Metastasio.*)

¡Ay Dios! ya, mi dulce amado,
 la campiña reverdece,
 y ya el aterido bosque
 á vestir sus ramas vuelve.
 Nuncio de la primavera
 desde el templado occidente

vuela Céfito importuno ,
 que el corazon me entristece.
 La nueva estacion te llama
 al campo de honor y muerte:
 ¡ ay ! y ¿ cómo sin tu amante
 vivir podrás , triste Irene ?
 No respires , aura blanda ,
 que un alma amorosa hieres :
 no tan pronto , abril florido ,
 extiendas tu manto fértil.
 Cada flor que se colora ,
 cada renuevo que crece
 ¡ ay de mí ! ¡ cuántos suspiros
 cuestan á mi pecho ardiente !
 ¿ Quién fue el primer despiadado ,
 que hizo al acero inocente
 instrumento de homicidio ,
 y para matar dió leyes ?
 Jamas la grata ternura
 su corazon inclemente
 penetró , ni sintió el crudo
 de amor los blandos placeres.
 ¡ Ay ! ¡ qué demencia ! ¿ es posible ,
 que por las iras crueles
 de un enemigo el halago
 de una dulce amante trueques ?
 ¡ Ay ! no , querido Fileno :
 no , simple , engañarte dejes :
 si es que las guerras te agradan ,
 tambien amor guerras tiene.

El buen amante es soldado ;
sufre el calor y la nieve ;
la experiencia y el ingenio
y el valor triunfos le adquieren.
Tambien amor dicta ardidés,
espera, asalta, defiende,
huye, se rinde á partido,
da paces y enojos mueve.
Mas son amables las paces
y son los enojos breves,
é igualmente halaga el triunfo
al vencido y al que vence.
Asi no hay pena que en gozo
benigno el amor no trueque.
Mas ¡ ay ! el fatal instante
ya la odiosa trompa advierte.
Tente, ingrato : ¿ por qué huyes ?
no te pido tus laureles :
poco te pido , hombre duro ;
mírame otra vez , y vete.
Vete , y conserva en tu vida
la de tu infeliz ausente ,
y vuelve , si puedes , mio :
pero victorioso vuelve.
Adonde quiera que vayas ,
lleva mi dolor presente ,
y dí : ¿ quién sabe si ahora
vive mi constante Irene ?

XII.

LA HISTORIA DEL AMOR.

De mil sospechas cercado
 entro de amor al vergel,
 como niño en sala oscura,
 que á mover no acierta el pie.
 Una esperanza risueña,
 aunque falaz, me encontré,
 y unos bellos ojos fueron
 de mi libertad la red.
 Negro rizado cabello,
 tornátiles manos, que
 roban al jazmin su albura
 y su carmin al clavel:
 dulce y gracioso donaire,
 y un halagüeño desden,
 que esperando ser vencido
 lastima sin ofender;
 con blandísimas prisiones
 encadenaron mi ser,
 y fuí del amor esclavo,
 y mi esclavitud canté.
 Mas ¿á quién dió el niño ciego
 dicha asegurada? ¿ó quién
 no halló al dolor acechando
 en la senda del placer?
 Hirióme un áspid sañudo

que entre las rosas pisé:
 llegó el veneno á mi pecho,
 y puso un infierno en él.
 ¡ Cuántos siglos de furorés
 insano sufrí, hasta que
 me curó con su cauterio
 el desengaño cruel!
 Mis verdes años marchitos
 y herida el alma, de aquel
 centro de dolo y perfidia
 escarmentado salté.
 Huye, juventud incauta,
 de ese dios, niño y sin fe:
 que hay áspides en sus flores
 y tiene absintio su miel.

XIII.

NARCISA.

La bella Narcisa ilustra
 del Ebro la fértil playa,
 y mil corazones vuelan
 adonde pone las plantas.
 De aquellos felices campos
 la juventud mas gallarda,
 á su hermosura rendida,
 la corteja y acompaña.
 Y en otra parte se llora
 su ausencia, aunque corta, amarga:

que ninguna ausencia es corta
 para quien de veras ama.
 Mas la ribera del Ebro
 arde en júbilos y danzas;
 y de pesares ajenos
 su propia ventura labran.
 Narcisa afable y risueña
 los tiernos obsequios paga:
 pero su hermosura altiva
 domina, no se avasalla.
 Los maliciosos cavilan,
 y diz que amante y amada
 algún bien premiado afecto
 dejó en su querida patria.
 Quejosos y tristes gimen,
 y los corazones claman:
 «¿qué importa que aquí esté ella,
 si dejó en su tierra el alma?»
 Mas no por eso desisten,
 aunque celosos, de amarla:
 que nunca el amor fallece
 mientras vive la esperanza.
 El desterrado del Bétis
 lo diga, que una mañana
 le dejó muerto de amores
 en el baile de las pascuas.
 Y cuando loco por ella
 se retiró á su posada,
 así al compañero Elisio
 turbado le preguntaba:

« La reciénvenida,
 que ostenta gallarda
 el sol en sus ojos
 y el mayo en su cara;
 dime, quién es, amigo:
 porque al mirarla,
 exhalada en suspiros
 me robó el alma.

« Corrió por el clave
 la mano rosada,
 y vista y oído
 á un tiempo halagaba.
 Yo no sé cuál sentido
 mis males causa:
 solo sé que en sus manos
 me prendió el alma.

« Cantó y amorosa
 venció su voz blanda
 la voz de las aves,
 que anuncian el alba.
 Yo en sus dulces acentos
 absorto estaba;
 y aquel placer de oírla
 me costó el alma.

« Su talle y sus brazos
 despliega en la danza,
 y el pie le mecían
 amor y las gracias.
 Yo enagenado y ciego
 le rendí el alma:

mas ¡ ay ! que á tanto hechizo
una no basta.

« Mas de sus lindos ojos
si logro una mirada,
gloria serán mis penas,
dulce placer mis ansias:
que una mirada suya
vale mil almas.”

XIV.

F Í L I S.

Ya Fílis del Gers odioso
abandona las riberas:
á un amante esposo sigue,
y mil corazones penan:
Fílis, aquella hermosura,
que á todos encanta: aquella,
que el corazon mas exento,
sin saber cómo, sujeta:
la de los lindos cabellos,
la de la risa halagüena,
la que en sus ojos anida
amor, dulzura y modestia.
Cuando al delirio del baile
el airoso talle entrega,
son de tiernos corazones
sus hermosos pies cadenas.
Cuando el tono enamorado

pide á la dulce vihuela ,
 y con los dedos de rosa
 hiere las sonoras cuerdas ,
 ¡cuánto hechizo , cuánto fuego
 derrama ! ¡ cuán halagüeña
 su voz celestial las almas
 tras sí enagenadas lleva !
 ¡ Y es fuerza , Fílis divina ,
 que al Bétis partas ! ¡ y es fuerza
 que los valles del destierro ,
 que alegrabas tú , te pierdan !
 Tus dulces amigos gimen ,
 aunque tu dicha celebran ;
 y otros menos generosos
 callan y en secreto penan .
 El desterrado del Bétis ,
 cuya amistad pura y tierna
 se iguala al amor en fuego
 y le excede en la firmeza ,
 con mas voluntad que ingenio
 la olvidada lira temple ,
 y al despedirse de Fílis ,
 le canta de esta manera :

« Vé , Fílis amada ,
 al márgen ameno ,
 dó manso y sereno
 el Bétis se agrada :
 la vega esmaltada
 de eternos colores ,
 el mirto y las flores ,

la fuente y el prado
 asilo sagrado
 allí son de amores.

Al nudo amoroso
 allí te convida
 la tierra florida
 y el sol delicioso.
 Allí fue dichoso
 tu mísero amigo :
 perene testigo
 será de su gloria
 la acerba memoria,
 que lleva consigo.

¡ O amada ribera
 del vándalo río !
 ¡ O bosque sombrío !
 ¡ O verde pradera !
 La dicha , que espera ,
 da á Fílis hermosa :
 mi pena enojosa
 será suspendida :
 que aun amo la vida ,
 si es Fílis dichosa."

XV.

EL AGÜERO.

Después de tan larga ausencia
 vuelvo á tu márgen, ó Bétis :

de mis primeros amores
 guarida, salve mil veces.
 ¡ Con qué placer que discurro
 tu orilla! ¡ cuán dulcemente
 respiro el aura apacible,
 que en tus álamos se mece!
 si bien un temor impío,
 aunque justo, me detiene:
 que quien amores halla cuando vuelve,
 are en las aguas y en el viento siembre.

Aquel es el verde prado,
 donde sus ojos ardientes
 me hirieron la vez primera
 de un amor y mil desdenes:
 mis enamoradas ansias
 le declaré en esta fuente,
 que sonora y cristalina
 su curso entre guijas tuerce.
 Prado y fuente son los mismos;
 amante pecho, ¿qué temes?
 Mas ¡ ay! quien halla amores cuando vuelve,
 are en las aguas y en el viento siembre.

Allí amorosa y benigna
 mitigó sus esquiveces:
 allí enojada á mis quejas
 opuso un alma rebelde.
 Al márgen de aquel arroyo
 enlazados blandamente,
 nos dió su apacible abrigo
 la sombra de los laureles.

¿Cómo tan dulces memorias
de amor olvidarse pueden?

Mas ¡ay! quien halla amores cuando vuelve
are en las aguas y en el viento siembre.

Pero ¡ó dolor! en los troncos,
que ciñen el soto alegre,
de mis amorosas cifras
ni aun vestigios permanecen:
y en las ramas, dó cantaba
el ruiñeñor dulcemente,
miro deshechos los nidos,
que respetaba el diciembre.
Ya para tí no hay asilo,
amor, bien puedes volverte:
no en vano temias
mudanzas alevés:
que quien amores halla cuando vuelve,
are en las aguas y en el viento siembre.

XVI.

LA PRECAUCION.

En vano, traidora Elisa,
mi antigua pasion reclamas:
que en la misma tumba yacen
el amor y la esperanza.
Tantos siglos de ternura,
tanto amor, tan dulces ansias,
breves guerras, blandas paces,

iras, halagos, constancia:
 cuya historia aun se conserva
 en este aliso grabada,
 tú sola en un solo día
 sepultaste en la mudanza.
 Y fué un rival heredero
 de mis dichas y tus gracias,
 y un largo infierno dejaste
 al pecho, que te adoraba.
 Gemí, lloré, todo en vano:
 que en mi penar solazada,
 de tu nuevo amante el triunfo
 con mi suplicio aumentabas.
 Razon, desengaño, orgullo
 en curarme se empleaban,
 y el desesperar fué entonces
 la salud de mis desgracias.
 Ya estoy tranquilo: ya puedo
 despreciar la que me agravía:
 á mi rival compadezco,
 que debe temblar, si ama.
 Todos los nudos rompiste:
 ¿qué quieres de mí, tirana?
 si amor, tú le diste muerte:
 y si amistad, tú me engañas.
 Afecto tan noble y puro
 caber no puede en un alma,
 que insultó fiera é impía
 al corazón, que injuriaba.
 A Dios, y no por vengarme

tu llanto desprecio, ingrata:
 que evitar á una enemiga
 es precaucion, no venganza.

XVII.

A VENUS. (*Imitacion de Horacio.*)

Las lides, por tantos años
 interrumpidas, renuevas
 otra vez, ó cruda Vénus,
 y enciendes el pecho en guerras.
 Ah! perdona á un afligido,
 que de tus arpones tiembla:
 ó tú, de dulces amores
 madre inclemente, ya cesa.
 Ya diez lustros de mi vida
 volaron: no soy cual era
 bajo el imperio de Elisa
 en mis juventudes tiernas.
 Deja á un corazon, ya duro
 para tus gratas empresas,
 y en los jóvenes floridos
 que te invocan, triunfa y reina.
 Si quieres un pecho digno
 de tus ardientes saetas,
 á los umbrales de Albano
 tus blancas palomas lleva.
 Allí juveniles brios
 hay, y varonil belleza,

y en breve edad grande ingenio,
 y ya madura elocuencia.
 Soldado constante y fuerte
 seguirá tu blanda enseña,
 humillando á sus rivales
 y extendiendo tu potencia.
 El grato incienso de Arabia,
 la dulce y templada avena,
 la voz de acordada lira,
 que solo amores resuena;
 y el coro siempre festivo
 de jóvenes y doncellas,
 que embelesadas las almas
 en sus pies hermosos llevan;
 en solaz siempre perpetuo
 allí tus triunfos renuevan,
 y mas víctimas te rinden
 que Idalia, Gnido y Citera.
 Mi pecho ya no alborozan
 el vino ni las bellezas,
 ni de amor correspondido
 las esperanzas lo alientan.
 Huyo las lides de Baco,
 huyo de Vénus las flechas,
 ni ya me agrada la frente
 coronar de flores nuevas.
 Mas ¡ay! ¿por qué, si te veo,
 vuelvo á llorar, Fílís bella?
 y en otro tiempo elocuente,
 torpe silencio me hiela?

Ingrata, en vano me huyes:
 de tus desdenes me venga
 el dulce sueño, y prodiga
 las venturas, que tú niegas:
 y ya en los lechos floridos,
 que pinta la primavera,
 ya entre las aguas del río,
 ya en el bosque, ya en la selva,
 pagando mi amor, suave
 y amorosa te presenta.
 Ilusion es: pero amando,
 ¿qué dicha hay que no lo sea?

XVIII.

* A LA MUERTE DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA
 DOÑA MARIA DE LA PIEDAD ROCA DE TOGORES, DU-
 QUESA DE FRIAS ETC. (I).

Donde el régio Manzanares
 con sesgo raudal camina
 y alcázares y tugurios
 en su breve espejo imita,
 Amor y amistad, la venda
 rota, la antorcha extinguida,

(1) Este romance se imprimió en la *Corona fúnebre*, que se publicó en Madrid, año de 1830, en honor de dicha Excelentísima Señora.

junto á un sepulcro abrazados
flores y llanto prodigan.

Alli entre el silencio eterno
de mústias sombras se eclipsa,
astro de virtud y gracias,
el sol hermoso de *Frias*.

Brillante fuego del genio,
bondad nunca desmentida,
tierno pecho que un suspiro
del infeliz conmovia:

Dulce candor, dulce habla,
encantadora sonrisa,
ardientes ojos, dó puso
Vénus todas sus delicias:

A un soplo del cierzo helado
entregaste, acerbo dia,
y tristes yertos despojos
son ya de la parca esquiva.

A tí, beldad malograda,
lamenta la humilde umbría
dó el lloro de la indigencia
enjugaste compasiva:

A tí los sacros vergeles,
que Hipocrene fertiliza,
á cuyos cisnes canoros
inspirabas en su orilla.

Por tí el Támesis nubloso
y el fausto Sena suspiran,
y á los rios de tu patria
tu cuna y sepulcro envidian.

Vienen los vates de España,
de cipres la sien ceñida,
y en el túmulo deshojan
laureles, rosas y olivas:

Los que del Turia y del Ebro
beben; los que Tórmes cria;
por los que Tajo y Henares
levantan su frente altiva;

Los del laurífero Bétis,
Dauro y Genil, prole antigua
del árabe ardiente, alumnos
de su fuego y su osadía.

Todos funerales himnos
entonan: todos su lira
de helecho fúnebre enraman
y tristes ayes le inspiran.

¡Murió! resuenan de Mantua
las enlutadas colinas:
¡murió! repiten las cumbres
de Guadarrama y Fuenfria.

Todo es afliccion: no hay alma
sin quebranto: no hay mejillas
que las lágrimas no bañen:
no hay corazón que no gima.

Mas ¡ay! que entre tantas penas,
cual cedro á humildes aristas,
hay una que á todas vence
y á enmudecer las obliga.

Mirad al huérfano esposo
que ya solo tiene vida

para el dolor : sobre el mármol
solloza mas que respira.

Y llama cruel al cielo ,
y á la suerte llama impía :
del llanto acerbo testigos
árboles , fuentes y ninfas.

Rota en el polvo y sin cuerdas
yace el arpa , do solía
de la amenazada patria
celebrar las nobles iras.

Las que ciñó en otro tiempo
palmas de honor merecidas ,
hora despechado arroja
y entre la arena las pisa.

«Emblemas de inútil gloria ,
«¿ qué valeis , gimiendo grita ,
«si el bien por quien yo os amaba
«no ha de verla ni aplaudirla ?

«Sagrados vates de Iberia ,
«cantad mi prenda perdida :
«vuestro antiguo compañero
«ya muriendo os lo suplica.

«Si os unió conmigo el dulce
«lazo de amistad sencilla ,
«y al triunfo de vuestros cantos
«alegre yo sonreia ;

«Si noble rival la cumbre
«pisé de Helicon florida ,
«desconocido á las sierpes
«de la ponzoñosa envidia :

«Si la sombra de Batilo ,
 «del gran Batilo , que anima ,
 «Febo del Parnaso Ibéro ,
 «vuestras canciones y liras ,
 «Consolé, de dos naciones
 «reparando la injusticia ,
 «cuando salvé del olvido
 «sus venerables cenizas (1) :

«Por los lauros que á su gloria
 «debeis ; por la llama activa
 «del genio que en vuestros pechos
 «sublime furor incita ;

«Dad á mi querida esposa
 «nombre y fama esclarecida ,
 «sagrados vates de Iberia ,
 «en cantos que eternos vivan.

«Yo , triste y mudo habitante
 «de esta funeral campiña ,
 «consonaré á vuestras voces
 «solo con lágrimas pias :

«Que no el elevado acento
 «concede al dolor Polimnia ,
 «ni roba al laud sus sonos
 «la mano desfallecida.

«Tal vez en los nuevos troncos

(1) España, patria de *Melendez*, le debe un sepulcro. Francia, centro de la civilización, no debió dejar al Restaurador de la poesía castellana en la tumba ignoble, de donde le trasladó el Duque de Frias á un monumento muy decoroso.

«grabaré su dulce cifra,
 «y crecerán, y con ellos
 «del pecho amante la herida.

«Este valle solitario
 «que los pesares habitan,
 «ó el julio ardiente le abruma,
 «ó el hielo agudo le oprima,
 «Será mi asilo postrero,
 «donde, sombra fugitiva,
 «se oculta en la infausta losa
 «el bello sol de mis días.

«En tanto del fiero olvido
 «libradla, y por siempre viva
 «en la memoria del hombre
 «quien no morirá en la mia.”

¡ Esposo infeliz ! Si es cierto
 que en las almas doloridas
 sublime y firme esperanza
 justos dolores mitiga,

Calma el llanto, y á ese helado
 sepulcro, que la delicia
 de tu juventud lozana
 guarda en miserables ruinas,

Pregunta si esconde entero
 todo el bien que fue tu dicha,
 y si de la avara muerte
 nada reservó la ira.

Los bellos ojos, las rosas
 del semblante, la armonía
 de las formas con que al mundo

beldad efímera, hechizas,

Todo es ya polvo. No alcanza
ni saber ni fuerza invicta,
ni la hermosura, ni el cetro
á evitar la ley precisa.

Esos himnos que á su gloria
vates célebres dedican,
caerán con ellos al seno
donde los siglos se abisman.

Hasta el nombre que celebran
morirá; la piedra misma
en que tu dolor grabaste
volverá el tiempo en cenizas.

Solo para las virtudes
no hay muerte. Del cielo hijas
dan vida eterna en el cielo
al alma que las cultiva.

Alza pues los tristes ojos,
alza á la patria escogida,
última patria que al bueno
la Providencia destina.

¿No la ves hollando el orbe
con firme pie? ¿No la miras
ceñir de beneficencia
las rosas nunca marchitas?

¿No ves como leda abraza
al hijo que lloró un día,
sin temer ya que la muerte
le arrebató á sus caricias?

La bondad y la inocencia

en celeste lazo unidas
te esperan: la tumba es puerta,
y la santa virtud guía.

Convierte el fiero quebranto
en esperanza benigna,
que el ábrego del sepulcro
lleva al puerto de la vida.

Alli se ignoran las penas,
alli no mienten las dichas,
ni el aura de los placeres
con denso aroma fastidia.

Cuanto el mundo llama bienes,
que el necio mortal codicia,
es nada: *virtud* y *polvo*
son del vivir las reliquias.

Ese triste monumento
con honda atencion medita:
y hallarás el dulce alivio
de tu mal; gime y confía.

Que del sepulcro en el márgen
muere la ilusion mentida,
y alli, verdad bienhechora,
comienza tu monarquía.

XIX.

* A ARMINDA EN SU CUMPLEAÑOS, DIA ULTIMO
DE ABRIL.

Yo ví que del nuevo mayo
el abril se despedía,

y en los brazos le dejaba
una hermosura divina :

Tan tierna, mas tan graciosa,
que apenas siente la vida,
y ya en sus rosados labios
la inocencia sonreía.

Su bella cara se esmalta
de la púrpura subida
con que el sol del Occidente
las próximas nubes pinta.

Los medio dormidos ojos
amorosa llama envían,
mas dulce que la del alba,
cuando entre celages brilla.

El oro de su cabello
forjó el amor en sus minas,
siendo los hermosos rizos
del Tajo y Ofir envidia.

No en los golfos de Citera
Vénus pareció tan linda,
como la beldad, que al mayo
benigno el abril confía.

«Rey de los meses, le dice,
si tu guirnalda florida
deshojada del Favonio
me debió su primer risa :

Si cuantas rosas nacieron
en mi breve imperio, animas,
y al aliento de tus auras
cobran pompa y lozanía :

— Para esta sola te pido
los cuidados y caricias;
y aumenta siempre que vuelvas,
sus encantos y sus dichas.”

Dijo: y mayo lo promete:
y creces, hermosa Arminda,
á ser modelo de gracias,
y de tus padres delicia.

XX.

* A ISMENIA.

Quien vió al sol reciennacido
entre los brazos del alba,
jugando su luz suave
con las fuentes y las ramas:

Si entregado al sueño algunas
horas, vuela la mañana,
y al despertar vé sus rayos
que cielos y tierra abrasan:

¡ Con qué admiracion contempla
del astro ardiente la llama;
y al grato esplendor primero
el nuevo incendio compara!

Tal vez mira el peregrino
entre márgenes pintadas
halagar pequeño el Ebro
del alavés la campaña:

Y despues le vé ciñendo

claro en nombre y rico en aguas
 con raudal magestuoso
 las torres de Laletania.

Yo ví el boton entreabierto
 de la rosa que mostraba
 un rubí naciente, anuncio
 de su hermosura y su gracia:

Y volví y halléla reina
 del prado altiva y gallarda,
 sobre el vástago extendiendo
 las puras hojas de nácar.

Sí, bella Ismenia: tu Anfriso,
 que en tu niñez halagabas
 llamándole buen amigo
 con tierna y graciosa habla;

Quando á merced de los hados
 náufrago llegó á tu casa,
 y logró en su triste suerte
 el puerto de la esperanza:

Vió en tí la naciente rosa,
 el sol que el oriente raya,
 y el jugueton arroyuelo
 que en los valles se solaza.

Luego á otros climas lejanos
 le llevó fortuna varia,
 sufriendo en males y bienes
 del destino la inconstancia.

Del Adur en las riberas
 cuando vuelve á verte, halla
 rosa erguida, ilustre rio,

y hoguera que amores lanza.

Mas aunque ya doce lustros
mi encorvada frente gravan,
y el infortunio y el tiempo
ciñen mi rostro de canas,

No renuncio el dulce nombre
que otras veces me llamabas,
y tu corazon hermoso
negar no puede á mis ansias.

Los pocos bienes que goza
la triste vejez reclama,
y siempre fueron eternas
amistades de la infancia.

XXI.

*

A EUGENIO.

Scribendi recte sapere est et principium et fons.

HORACIO.

Sin la antorcha de las ciencias
no esperes, mi dulce Eugenio,
penetrar de Apolo y Clío
los soberanos misterios.

Yo, como tú, cuando el rostro
doraba el bozo primero,
sentí en el hervor del canto
alborozado mi pecho:

Y al aura de la armonía

entregándome inexperto,
de juvenil arrogancia
fui vergonzoso escarmiento.

Pude escapar del naufragio,
si bien de légamo lleno:
y la tabla y los vestidos
colgué, Minerva, en tu templo.

Alli de Newton y Euclides
la sagrada voz oyendo,
mi espíritu enagenado
los orbes corrió del cielo.

Alli el corazon humano
sagaces me descubrieron
el que domó á Catilina
y de Anito el noble reo.

Y volví á cantar; y pudo
tal vez halagar mi acento
del Bétis, fecundo en cisnes,
los márgenes placenteros.

Sí, amado: naturaleza
en vano nos dará el estro,
si el saber no vivifica
las voces y los conceptos.

Cual las pisadas del manso
toda la grey va siguiendo,
y en monótono balido
atruena valles y cerros:

Asi desnudo de ideas
camina estúpido el genio,
y la agena voz repite

y jamás remonta el vuelo.
 ¿Qué valen huecas palabras,
 ludibrio del primer viento?
 ¿qué vale en sílabas once
 haber empinado un verso;
 Si del ánimo dormidos
 deja todos los afectos,
 y no da á la fantasía
 ni á la razón alimento?
Estudia y sabe y sé útil;
 si quieres, amado Eugenio,
 penetrar de Apolo y Clío
 los soberanos misterios.

XXII.

* DEL AMOR.

Filósofo despiadado,
 rompe, destroza, arruina
 de Egipto, de Grecia y Roma
 las ingeniosas mentiras.
 Yo abandono á tus furores
 de Marte la lanza esquivada,
 al padre del siglo de oro
 y al dios que nos vuelve el día.
 Separa á Clície de Febo,
 á Pluton de Proserpina,
 y al que domó los titanes
 el ardiente rayo quita.

Y destiérralos por siempre
de los cuadros y las liras,
so color de que son viejos
y en vez de halagar fastidian.

Mas ¡oh! no toques severo
al hijo de Vénus Cipria:
que nunca envejece, y vive
mas que imperios y ruinas.

Armado de dulces flechas
sale de la selva egnidia,
siguiendo travieso el coro
de los juegos y las risas.

A Marte postra: á las gracias,
el ala batiendo, incita
á cogerle, y en el seno
les clava la oculta vira.

Huye á su madre riendo:
álzase la venda, y mira
sus incendios; y con mano
las amenaza festiva.

Filósofos, vuestras sean
ciencias, leyes y provincias:
decretad de los imperios
el nacimiento y caída:

Que amor no muda: su suerte
es reinar entre delicias:
y no podreis como otras
derribar su monarquía.

XXIII.

* EL DESENGAÑO INUTIL.

El corazon sumergido
 en amargos pensamientos,
 va el triste Alcino del Bétis
 por la orilla discurriendo.
 De su juventud primera
 contempla perdido el tiempo,
 cuando adusto el desengaño
 los pasos siguió al deseo:
 y la ilusion lisonjera,
 que halagó su incauto pecho,
 sabe que es falsa, y maldice
 y adora su devaneo.
 Contempla sus verdes años,
 que amor se llevó en tormentos,
 cual las florecidas mieses
 marchita á deshora el cierzo.
 Lloroso mira los troncos,
 dó grabó dulces recuerdos:
 que habiendo muerto su gloria,
 ¿qué importa que crezcan ellos?

Al valle de los laureles
 baja del frondoso otero,
 dó con sus pastoras danzan
 alegres los zagalejos.
 A la fiesta le convidan

por dar á su mal consuelo,
 y las sensibles zagalas
 le ven con rostro halagüño.
 Mas nada aliviar alcanza
 las heridas de su seno,
 que las dolencias de amor
 no se curan con ejemplos.

Torna el baile: hiere el son
 de la dulce flauta el viento,
 y vuela cada zagal
 al norte de sus deseos.
 Todo es júbilo y bullicio,
 todo es delicia y contento,
 y entre tantos venturosos
 él solo vive muriendo.
 Ve en inocentes placeres
 corazones satisfechos,
 cuando amor condena el suyo
 á eterna cárcel de celos.
 Ve en dulces lazos el baile
 unir los amantes tiernos,
 cuando la indigna cadena
 arrastra de antiguos hierros.
 Con el comun regocijo
 van sus tristezas creciendo,
 y doliente y despedido
 dió tales quejas al cielo.

« Amor, tu fiereza impía
 con tal rigor me ha ofendido,
 que un esclavo en mí has perdido

y mi libertad ya es mia.
 Sufra del hado el rigor,
 pues quebranté tus cadenas;
 ¿qué importan todas las penas
 donde no hay penas de amor?"

Dijo: y al volver los ojos,
 bañados en llanto acerbo,
 vió bajar su infiel Ismenia
 al baile desde el paseo:
 mas ¡ay! ¡cuán hermosa y linda!
 ¡con qué dulcísimo incendio
 sus ojos, rayos de amor,
 arden los amantes pechos!
 ¡Cuán blandamente su boca,
 convidando al dulce beso,
 en deliciosa sonrisa
 abre el clavel halagüeño!
 ¡Cuál se esparcen fugitivos
 los rizos de su cabello,
 cuando el céfiro los tiende
 por la nieve de su cuello!
 ¡Cómo palpitan inquietas
 las pomas del albo seno,
 que avaro el amor reserva
 para el mas felice dueño!
 ¡Con qué atractivo donaire
 el tierno y florido cuerpo
 obliga á las gracias todas
 que sigan sus movimientos!

Alcino la ve, y amante

comienza á gemir de nuevo ;
y así al pasar la zagala
le dijo turbado y ciego :

«Zagala, tanta hermosura,
tanto donaire y primor,
te aumenta sin duda amor
por crecer mi desventura.
Mas ¿qué importa? tuya es
otra vez mi voluntad:
no quiero mas libertad
que suspirar á tus pies.»

XXIV.

*

LA DECLARACION.

«¿Por qué con voz halagüeña
mis duras penas encantas,
y tan dulces me diriges,
jóven, beldad, tus miradas?
¿Soy acaso de ellas digno?
Un pecho afligido, un alma,
en quien imprimió la suerte
el sello de la desgracia,
¿puede sentir de Cupido
la ardiente sabrosa llama,
ni ser agradable asilo,
bella Elisa, á tiernas ansias?
¿No ves que mis tristes ojos
de llorar cansados vagan,

y un corazón compasivo,
 no un pecho amante, reclaman?
 En mis pálidas mejillas
 ¿no miras cómo grabada
 el implacable infortunio
 dejó su diestra tirana?
 Busca digno objeto, busca
 digno empleo de tus gracias
 en esa de amor querida
 verde juventud lozana:
 y no en quien volvió por siempre
 á los placeres la espalda,
 y solo en la amiga muerte
 fin á su penar aguarda.
 Cuando el céfiro lascivo
 al pintado soto baja,
 y entre las fragantes flores
 tiende sus traviesas alas,
 á la medio abierta rosa,
 hija querida del alba,
 el seno que le resiste,
 descubre audaz y lo halaga:
 mas no á la que ya marchita
 probó de aquilon la saña,
 y al pie del ramo sin gloria
 yace mústia y deshojada.
 No al olmo desnudo y yerto
 la halagüeña vid se abraza,
 sino al que descuella altivo
 con la pompa de sus ramas.

¿Quién en el risco aterido
 buscó el clavel? ¿ó entre zarzas
 de punzante y rudo espino
 aguardó la mies dorada?

Mas tú cariñosa y tierna
 me miras, y no te espanta
 ver al furor de la suerte
 mi infeliz vida entregada.
 Teme el riesgo á que te expone
 el crudo amor: teme, incauta:
 ya sobre tí brilla fiera
 la amenazadora espada.
 Con esta ley el destino
 mi triste existencia grava:
á la que adorare Alcino,
 siga adversidad infausta.

Tus hermosísimos ojos,
 que amor fulminan; tu habla
 mas dulce que al seco prado
 el llanto de la mañana;
 las rosas del rostro, el lirio
 del seno, las suaves gracias,
 que entre mil bellas te adquieren
 de la hermosura la gala,
 víctimas del infortunio
 cayeran mústias y ajadas,
 si á mi desgraciada suerte
 tu feliz suerte ligaras.

Mira cuán alegres todos
 del convite se levantan,

con tierna mano estrechando
la del dulce bien que aman.

El pastor enloquecido
busca su hermosa zagala,
y el que con los pies no puede
la sigue con las miradas.

¡ Cuán festivos, cuán contentos
mezclan las ardientes danzas,
uniendo amantes suspiros
al sonido de la flauta!

El bosque ameno su sombra
les da, sus soplos el aura,
y ya la naciente luna
con blanda luz los regala.

Todo es gozo en la pradera:
cuando en mi pecho cebada
inextinguible tristeza
su mortal veneno exhala.

¿ Por qué de tantos felices,
bella Elisa, te separas,
y oyendo mis quejas pierdes
el placer que allí te aguarda?

Tú gimes: tus lindos ojos
dulces lágrimas derraman:
de piedad ó de amor sean,
mi suerte queda fijada:
que ellas, amado bien mio,
mas que las del alba gratas,
á un mísero restituyen
de ser feliz la esperanza.

Ya mi corazón es tuyo;
 mira bien como le tratas:
 que aunque desgraciado es noble,
 y á adorarte se consagra.

Las penas de amor tan solo
 á mi pecho le faltaban:

¡triste de mí, si algun día
 me obligases á llorarlas!

Mi temor perdona: un triste
 jamás seguro descansa,
 y teme en los mismos bienes
 escondida la desgracia.

Y pues tu pecho y el mio,
 ardiendo en la misma llama,
 bajo los duros auspicios
 de la adversidad se enlazan:
 no olvides que un infelice
 te entrega toda su alma,
 y que hacerle amable debes
 la acerba vida que arrastra.”

Así el desgraciado Alcino
 á Elisa su amor declara
 cuando la fiesta del mayo
 en el Bétis celebraban.

Elisa estrecha su mano
 gozosa á un tiempo y turbada;
 y dice: «si la fortuna
 nos persiguere contraria,
 cuando en nosotros, mi Alcino,
 descargue toda su saña,

dos bienes no ha de robarnos,
que son, ternura y constancia.”

XXV.

* A LASTENIA.

En vano, bella Lastenia,
ví de tus ojos risueños
la luz: en vano brillaron
los lirios del albo cuello.
Ni las encendidas rosas
que tus mejillas cubrieron,
ni el aroma de tus labios,
ni el oro de tu cabello,
ni cuantas flechas Cupido
dispara desde tu seno,
lograron mas que embotarse
contra el mármol de mi pecho.
Y no, no las fieras rocas
niño indócil me parieron,
ni en las tigres de la Hircania
tuve primer alimento.
Que cuando doró mi rostro
el florido bozo tierno,
amé fiel y fuí amado,
y adoré mi cautiverio.
Mas ¡ay! que cuantas dulzuras
esperé de un blando afecto,
pronto las lloré trocadas

en desden, olvido y zelos.
 Gemí, loco y despechado,
 ni pude romper mis hierros
 hasta que el fiel desengaño
 me dió su amargo remedio.
 No mas amor: y si aun arde
 entre cenizas su fuego,
 en la pura hermosa llama
 de la amistad lo convierto.
 Si aceptas, Lastenia amable,
 el don que ofrecerte puedo,
 poseerás en tierno lazo
 un corazon verdadero.
 Ni ofendida lo desdeñes,
 ó por tibio ó por incierto,
 que mas que el amor de otros
 vale la amistad de Ismeno.

XXVI.

* EL RECEO,

Y ¿qué, tan mal, bella Emilia
 te es conocido mi afecto,
 que una corta ausencia crees
 capaz de entibiar su fuego?
 ¡Ay! ¡cuánto de tus temores,
 dulce bien, quejarme debo,
 cuando juzgas débil llama
 el mas devorante incendio!

Ponme en los climas sombríos
 que azota sañudo el cierzo,
 y dó entre escollos de nieve
 reina el erizado invierno.
 Allí en solitaria choza
 verás que por tí gimiendo,
 el ardor de mis suspiros
 enciende el helado viento.
 Ponme de la adusta Libia
 en los áridos desiertos,
 que ignorados del Favonio
 tuesta mas cercano Febo.
 Allí tu adorada imagen
 será mi pena y recreo;
 y añadiré con mi llanto
 nuevo ardor al mustio suelo.
 Ponme en la apacible vega
 que halaga el plácido Alfeo,
 eterna mansion del mayo,
 dulce cuidado del cielo.
 Sin tí sus bellos jardines
 me serán horrible yermo,
 diciembre la primavera,
 y Aquilon el fértil Euro.
 ¿Tan presto, mi bien, se olvidan
 tanto cariño halagüeño,
 el dulce unir de los labios,
 el blando enlazar del cuello?
 ¿Cuándo tan gratas memorias
 se borrarán de mi pecho,

si son la gloria que adoro,
y la vida con que aliento?
¡Ay, zagala! El amor mio
es fuerza que viva eterno,
pues resistió inalterable
á esquivéz, mudanza y zelos.

IDILIOS.

I.

EL DESDEN.

Si tu desden, bien mio,
 en dicha tuya fuera,
 yo alegre padeciera
 y amara tu desden.
 Mas ¡ ay ! ¿ qué vale, hermosa,
 la condicion esquivá,
 si á tí tambien te priva
 del maspreciado bien ?

Tú me adoras : el rostro
 en púrpura encendido,
 brotó mal reprimido
 el amoroso ardor ;
 y tus hermosos ojos,
 depuestos los desvíos,
 flecharon á los míos
 la llama del amor.

El venturoso Anfriso,
 correspondido amante,
 vió su pasion constante
 premiada con tu fe.
 ¡ Qué dicha ! todo es mio,
 tu corazon, tu vida ;

y de mi amor vencida,
 amar tu gloria fue.

¡Ay! ¿por qué, si ya el cielo
 unió nuestro destino,
 y lazo tan divino
 Cupido nos tejió,
 niegas á mis deseos
 el placer anhelado,
 y opones á tu amado
 desden que ya venció?

La flor que vergonzosa
 se cierra á la mañana,
 del Céfito tirana
 burlando está el dolor.
 Mas cuando ya vencida
 á amor rinde tributo,
 en cáliz, hoja y fruto
 recibe al vencedor.

¿Ves al ave, cuál vaga,
 del amor fugitiva,
 y que al consorte esquiva,
 le deja padecer?

Pues pronto, mas benigna
 al amante quejido,
 verás que el dulce nido
 es cuna del placer.

Mira la vid frondosa
 del olmo enamorada:
 ¿no la ves, rechazada,
 su asalto renovar?

Pues pronto amor constante
 domará la aspereza,
 y la ruda corteza
 se dejará abrazar.

Todo, Elisa, condena
 á un alma injusta y dura:
 cuanto hay en la natura
 imágen es de amor.

Tú sola, dulce ingrata,
 mis ansias no sosiegas,
 y á Cupido le niegas
 la prenda del favor.

No es tan duro, bien mio,
 tejer hermosos lazos,
 y á un amante tus brazos,
 blanda prision, ceñir:
 ó en los sedientos labios
 de un dichoso querido
 de amor correspondido
 dulce sello imprimir.

No mal, mi bien, descansa
 en cándida mejilla
 un rostro, donde brilla
 inextinguible ardor:
 ó en el nevado cuello
 la enardecida boca,
 cuando á gozar provoca
 el indomable amor.

¡Ay bella! no retardes
 ya mas la dicha mia:

no espire mi alegría
 en brazos del desden.

Y si del pecho esquivo,
 logré ya la victoria,
 á coronar mi gloria
 ven, dulce amada, ven.

II.

LA FELICIDAD

Modera, dueño mio,
 mi dicha y tus caricias. Ya en mi pecho
 no cabe el alborozo : ya fallece
 en amantes desmayos
 al peso del placer correspondido.
 Si, dulce bien : conserva
 esta vida feliz, que te consagro ;
 y no en el fuego ardiente de tus ojos,
 ó en tus blandas palabras ó en la risa
 de tu amorosa boca la consumes :
 que á un tierno corazon enamorado
 y de tu amor sediento
 el exceso del gozo es un tormento.

Mas no, mi amada :

vuelve á mirarme :

que sin tu halago

no sé vivir.

Dulces favores

no darán muerte

al que tus iras
pudo sufrir,

¡O gozoso recuerdo
de mis amargos días! ¡O desdenes
ora tan dulcemente compensados!
¡O enamoradas ansias! ¡ó tormentos
de celosa inquietud! ¡ó tristes penas,
que una mirada tuya trocó en gloria!
Del abismo profundo
tus deliciosos brazos me elevaron
al cielo del amor. Aquel momento,
que decidió mi triunfo y tu ternura,
vale una vida entera de amargura.

Dulce hechizo de un alma,
que sin tí fallecía,
recíbela, no es mía,
que solo tuya es.

Logró el constante pecho
la suspirada gloria:
tu amor es mi victoria,
y amarte mi interés.

III.

EL RECELO INJUSTO.

Al alma enamorada
mas que tu halago tierno
es dulce, Elisa mía,
tu tímido recelo.

Yo lo adoro; es la prenda
mas cierta de tu fuego:
que de temores vive
el firme amor sincero.
Con tal que la injusticia
conozcas, y mil besos
¡ay bella! satisfagan
la injuria de un momento.
De mi constancia eterna
¿tú dudas, dulce dueño?
¿qué fuerza habrá que arranque
tu imagen de mi pecho?
Pregúntale mis ansias
al bosque, dó crecieron
con sus altivos troncos
tus cifras y mis versos.
O al cristalino río,
cuyo apacible espejo
mis lágrimas ardientes
mil veces encendieron.
La fuente que susurra,
el Céfiro halagüeño,
que jugueton menea
las ramas del otero:
las rosas que al aurora
te prodigó mi huerto,
y con dichosa mano
fijé sobre tu seno;
de enamoradas ansias
testigos mudos fueron,

y ya gratos emblemas
 de mi constante incendio.
 ¡Ay dulce bien! no temas
 mudanza en mis afectos;
 que olvidos no conoce
 amor, si es verdadero.
 Mas si tu pecho asalta
 tal vez algun recelo,
 confiesa la injusticia,
 y páguenla mil besos.

IV.

LA TEMPESTAD.

¡Cuál silba en el otero
 el Aquilon furioso! ¡con qué saña
 ruge el trueno en el valle y la montaña!
 ¡Ay! ¿qué cárdeno fuego
 rompe las nieblas de la noche oscura?
 Embravecido el Noto
 contra los riscos de la cumbre alpina,
 desgaja el roble y la robusta encina.
 ¿No basta ¡ay Dios! que gima
 lanzado á tierra agena?
 ¿Por qué á crecer mi pena
 bramó la tempestad?
 En áspero desierto,
 sin luz y sin camino,
 un triste peregrino

¿dónde hallará piedad?

No calma el viento airado:
no calla el ronco trueno. ¡ Cuál retumba
en la lejana cumbre,
que inunda el rayo de horrorosa lumbre!
¡ Cuál despiden los cielos
mares crecidos de violenta lluvia!
¡ Cuál se lanza orgulloso
con el aumento el rápido torrente,
y ensordece los valles su corriente!
Piedad, cielos, piedad: perdido vago
miserero y solo por la selva umbría:
¡ ay! ¡ nazca pronto el suspirado día!

Mas ya del oriente
abres la áurea puerta,
y naces, dulce aurora,
á iluminar la esfera.
Ya cesan los truenos,
huyen las tinieblas,
y el sonrosado día
el mustio campo alegra.
¡ O blanda mudanza,
que el mundo recreas,
y en júbilo conviertes
la desventura acerba!
¡ Ay de quien fallece
en continua pena!
¡ Ay de quien á sus males
ningun alivio espera!

V.

LA AUSENTE.

Quien las penas de amor ha sentido,
 en mi acerba afliccion se consuele:
 que ninguna ¡ay de mí! tanto duele,
 como ver á un amante partir.

Vivo, y late mi pecho oprimido,
 y jamas suspirando reposa:
 vivo, y siento la vida enojosa,
 ni es tan duro mil veces morir.

Aquel triste y amargo momento,
 que de mí, dulce bien, te robaste,
 no hay gemidos, no hay llanto, que baste
 á igualar su tormento y rigor.

El adios doloroso tus labios
 balbucientes formar no pudieron:
 mas tus ojos llorando dijeron:
 «seré firme: no olvides mi amor.»

Tu mirada doliente y suave,
 que mi rostro fijó, parecia
 moribundo reflejo del dia,
 que se eclipsa en las ondas del mar.

Al fin partes, y mísera quedo
 en tiniebla horrorosa y oscura;
 ni mis ojos verán la luz pura
 que otro tiempo los supo alegrar.

Dulce dueño de un alma cautiva,

que en tus lazos el cielo encadena,
 no receles que olvide tu pena:
 es mi gloria que penes por mí.
 Si tú gimes, mi pecho amoroso
 corresponde á tu tierno quebranto;
 no hay placer que se iguale á mi llanto,
 pues lo vierto, mi amado, por tí.

VI.

A UN ARBOL. (*Traducción del frances.*)

Tronco infeliz, desnudo y sin verdura,
 imágen fiel de mi mortal dolor,
 si marchitó el invierno tu hermosura,
 ¡ay! yo probé las iras del amor.
 Mas tú, al reir la dulce primavera,
 gloria serás del plácido vergel:
 mí corazón ningún alivio espera,
 ni mayo habrá para mi mal cruel.

No des jamás tu sombra ó tu corteza
 á infiel beldad, á pérfido amador:
 y el que á engañar se atreva la terneza,
 conserve en tí renombre de traidor.

Yo huiré de tí, de tu enramada umbrosa,
 que un tiempo dió su asilo á mi placer:
 mas al morir tu primavera hermosa
 tu me verás contigo padecer.

VII.

A MI AUSENTE EN SU DIA.

Pide al viento sus alas,
y ve, suspiro mió,
adonde el hado impió
me niega á mí volar:
que si á mi hermosa halagas
el labio sonrosado,
cuál pecho te ha exhalado
no puede, no, dudar.

El fuego que me abrasa,
ardiendo va contigo;
y el de su pecho amigo
podrás tambien crecer:
que allí puro y constante
amor sus alas mueve,
y aquella hermosa nieve
no sabe mas que arder.

Dile, que sufro y lloro
las iras del destino:
que un pecho diamantino
labrara mi gemir:
y que es en tantas penas
la mas acerba y dura
estar de su hermosura
ausente, y no morir.

¿Por qué la injusta suerte,

que me robó mi gloria,
 no arranca la memoria
 de aquel perdido bien?
 Y así de pena exento,
 y exento de alegría,
 del hado burlaría
 el áspero desden.

Mas ¡ay! antes que olvide
 y tanto amor ofenda,
 el rayo, dulce prenda,
 se lance sobre mí.

De clima en clima errante,
 desconsolado y triste,
 el alma en que viviste,
 es siempre para tí.

Adonde el sol ardiente
 los rostros descolora,
 ó adonde muere Flora
 y brama el Aquilon:
 bajo la hoguera estiva,
 ó entre el agudo hielo,
 serás gloria y consuelo
 del tierno corazón.

Por tí suspira, cuando
 llorosa el alba nace:
 por tí, si Febo yace
 y el mundo duerme ya.
 El sueño con tu imágen
 engaña mi deseo:
 cuando despierto, creo

que huyendo de mí va.

Vegas, dó gocé un tiempo
caricias adoradas,
donde no eran soñadas
las dichas del amor:
en vuestro seno llora
á su infeliz ausente,
y á la emboscada fuente
confía su dolor.

Vuelve el ya ingrato día,
cual antes venturoso,
en que tu nombre hermoso,
bien mio, celebré:
en la estacion amena
de plácidos amores,
que dió la tierra flores
hollada por tu pie.

¡ Ay, cuánta dicha el cielo,
mi Elisa, prodigaba!
¡ Cuán grato nos brindaba
Cupido su favor!
todo de amor hablaba
al tierno pecho mio:
el prado, el monte, el rio
brotaban dulce amor.

¿ Qué nos quedó de tanta,
de tan fugaz ventura?
una infeliz ternura,
como infeliz, leal.
Mas ella, vida mia,

es mi existencia entera,
y entre la pena fiera
consuelo celestial.

Que si lloré en un día
perdido mi tesoro,
pues me amas y te adoro,
no todo lo perdí.
El corazón, huyendo
del aire que respiro,
se exhala en un suspiro,
y vuela libre á tí.

Recíbale piadoso,
mi bien, mi dueño amado,
el seno regalado,
donde feliz vivió:
y en él su pena esquivada
consuela enamorada,
que aun lleva atravesada
la flecha que lo hirió.

VIII.

EL TUMULO.

¡ Ay ! ¿ dónde huyeron
los bellos días,
que de alegrías
colmaba amor ?
Solo un sepulcro
perdonó el hado,

templo adorado
de mi dolor.

La muerte fiera,
dulce bien mio,
con brazo impío
te arrebató.

Robó á mi pecho
todas sus glorias:
tristes memorias
solo dejó.

Por tí gimiendo,
sombra querida,
mi edad florida
consumiré.

Ni en la pradera
cantaré amores,
ni entre las flores
me adormiré.

A la adorada
ceniza fria
el alma mia
se exhalará:
y allí estrechando
lazo constante,
¿quién, dulce amante,
lo romperá?

Cuando el sepulcro
regueis, pastores,
de mustias flores,
fúnebre honor:

volved diciendo
 con voz llorosa:
 «bajo esta losa
 respira amor.»

IX.

LA JARDINERA: ANACREONTICAS.

I.

Del álamo de Alcides
 y de laurel ceñida
 para cantar las guerras
 templaba ya mi lira.
 La diosa de Citéra
 del brazo me la quita,
 y afable sonriendo
 en blando amor la hechiza.

«¿Por qué tu dulce acento,
 me dice, lo dedicas
 á las marciales lides,
 si puedes á las mias?
 Cuando los bellos ojos
 de la sin par Mirtila
 abrieron en tu pecho
 la mas sabrosa herida,
 sintiendo amores, ¿cómo
 celebrarás las iras?
 Canta, canta sus gracias;

canta la blanda risa
 que en sus purpúreos labios
 al tierno amor convida.

Canta de sus jardines
 las plácidas delicias,
 las venturosas flores,
 que crecen á su vista,
 y del vendado niño
 victorias y caricias."

Dijo, y en vez del lauro
 ciñó á mi humilde lira
 de su pensil de Idalia
 la rosa y clavellina.

Ya solo de tí canto
 ¡ay jardinera mia!
 amor el premio sea
 de versos, que amor dicta.

2.

Cuando disipa el alba
 la fúnebre tiniebla,
 y hermosa precursora
 del sol, el mundo alegre:
 á sus vergeles sale
 mi amada jardinera,
 mas que la aurora linda,
 y mas que Apólo bella.
 Las flores al mirarla
 nueva beldad ostentan,

y al aura, que las mueve,
de mil olores llenan.

En la floresta umbrosa
dulce alborada suena,
con que las tiernas aves
saludan su belleza.

Con la nevada mano
las blandas flores riega,
y del estivo rayo
piadosa las preserva.

¡Ay Mirtila! ¿tan solo
piedad merecen ellas?
¿por qué del fuego mio
no calmas la violencia?

3.

Ayer me dió Mirtila
un oloroso ramo,
que de diversas flores
tejió con diestra mano:
y al dármele, su rostro
se abrasa en fuego blando,
y flores su mejilla
mas lindas rosearon.
¡Ay ramo! tú lo sabes:
cuando feliz y ufano
en su mano te hallabas,
dime ¿suspiró acaso?
¿te besó cariñosa

y al seno delicado
 te llevó? ¿lo sentiste
 de gozo palpitando?
 Dime, dime qué ardores
 al darte la agitaron:
 si no es amor, yo muero:
 si es amor, yo me abraso.

4.

¿No ves aquella rosa,
 que con beldad lozana
 el lindo seno ofrece
 al Céfito del alba?
 pues aun no bien las sombras
 del alto monte caigan,
 cuando su pompa hermosa
 mustia verás y ajada.
 No pierdas, no, Mirtilla,
 tu plácida mañana:
 la mas brillante rosa
 al otro sol no alcanza.

5.

¡O amor! así de Psíquis
 el blando beso logres,
 sin que envidiosa Vénus
 se ofenda ni lo estorbe:
 así del alto Olimpo

por dueño te corones,
 y tus arpones rindan
 al padre de los dioses:
 que cuando de Mirtila
 la bella luz adore,
 inspires tú benigno
 mis perturbadas voces.
 Al labio da osadía,
 si al pecho diste ardores:
 que no hay piedad ni cura
 á heridas que se esconden.
 Mira qué hermosa viene
 coronada de flores,
 en su amor abrasando
 desde la orilla al monte.
 Sé propicio, ó Cupido,
 y en eternos loores
 sobre mi dulce lira
 resonará tu nombre.
 Mas ¡ ay! que cuantas fuerzas
 para decirla amores
 me das, en solo amarla
 el corazon las pone.

6.

Era la siesta cuando
 el sol ardiente abrasa
 con devorantes rayos
 vergeles y montañas.

Amor quemando el pecho
con mas activa llama,
al huerto de Mirtila
mis pasos arrebatá.
Por él mi amada prenda
airosa caminaba,
venciendo su hermosura
la luz del cielo clara.
Bate Favonio dulce
sus vagorosas alas,
y en giros mil lascivo
el lindo talle halaga.
Al bosque de los mirtos
mueve la bella planta,
y callado la sigo
entre amorosas ansias.
En su retiro umbroso
se recuesta y descansa
sobre florido lecho
que envidian los de Idalia.
Suspira, y sus ardientes
suspiros lleva el aura,
y delicioso llanto
su tierno rostro baña.
Y corriendo ligero
en perlas desatadas,
con ellas enriquece
del césped la esmeralda.
Arrebatado entonces
llego, y con voz turbada

piadoso le pregunto
de su dolor la causa.
Gime ; y los dulces ojos
de mí tímida aparta,
y el semblante colora
de rosa, nieve y nácar.
Maligno amor reía :
y de la ardiente aljaba
la mas aguda flecha
al blanco seno clava.
El fuego por sus venas
triumfante se derrama,
y dice «yo te adoro”
con voces desmayadas.
¡O dios de los amores !
á tus divinas aras
mi corazon rendido
por siempre se consagra.
Vosotras, que felice
me veis, hermosas Gracias,
decid, decidle á Vénus,
que ya Mirtila ama.

7.

De las preciadas flores,
que en su jardin cultiva,
una guirnalda hermosa
entretejió Mirtila.
De púrpura y de nácar

las unas van teñidas:
 y á cual de la inocencia
 el puro albor cubria.
 Y en lazos de geranio
 y verde mirto unidas,
 con ella ornó mi frente
 ya tierna, ya festiva.
 Pues víctima á tus aras,
 bien mio, me destinas,
 desde que fue el amarte
 la vida de mi vida;
 ya coronada tienes
 la víctima ofrecida:
 ¿por qué, dí, no la hieres,
 si está en morir su dicha?

8.

A un eminente olmo,
 honor de la pradera,
 entrelazó Mirtila
 las ramas de una yedra.
 De los tenaces brazos,
 que el duro tronco cercan,
 la altiva copa cede
 á la amorosa fuerza.
 De su constancia el triunfo
 tú misma me celebras,
 ingrata, y á la mia
 el dulce premio niegas.

¿No ves la luna hermosa
qué clara, qué tranquila
por el cenit del cielo
el albo carro guía?
¿No ves como la noche,
de beleño ceñida,
espanto perezoso
al ancho mundo inspira?
Allí de los amores
el astro puro brilla,
que en benévolo rayo
su tierno influjo envía.
Reguemos, pues, las flores:
el aura fugitiva
con apacible soplo
al riego nos convida.
Y en tanto que la aurora
con dulce y grata risa
de nácar y de perlas
no siembre la colina;
en union venturosa,
del blando amor delicia,
reguemos los jardines
hasta que venga el día.
No quede flor sin riego,
por alta ó escondida:
la flor que no se riega,
¡ay! morirá marchita.

Amor, deja tus flechas,
depon la venda hermosa,
y al cándido himenéo
enciéndele la antorcha.
La frente de Mirtila
unidos ya coronan
de la constancia el lirio
y del pudor la rosa.
De su pensil las flores
lecho nupcial le forman:
por la que yo suspiro
es linda sobre todas.
Ven, himenéo, vuela:
que Apolo ya las ondas
del piélago de ocaso
con tibio rayo dora.
Y tú, mi dulce lira,
celebra armoniosa
del mas ardiente afécto
la mas feliz victoria.
Y cuando nazca el alba,
las aves bulliciosas
imiten en sus nidos
tus cantos y mis glorias.

X.

EL SUEÑO. (*Traducción del frances.*)

En los jardines de Gnido
contigo el sueño me unió,
y un arrayan escondido
su amiga sombra nos dió.
¡O qué beldad! no tan pura
comienza el alba á reir.

Tú cediste á mi ternura:
yo iba en tu seno á morir.

Mas ¡ay! Cupido envidioso
velaba: yo desperté:
solo en mi pecho amoroso
tu imagen querida hallé.
Con mi dulce sueño huiste,
y de aquel dichoso error
nada mas me queda ¡ay triste!
que tu hermosura y mi amor.

Ya solo, amada delicia,
la vida espero de tí:
que siéndome tú propicia,
¿qué puede amor contra mí?
Haz que el hijo de Citéres
trueque, movido á piedad,
tantos soñados placeres
á un momento de verdad.

XI.

MI DESEO.

¿Sabes , hermosa Emilia,
 cuál es el bien que ansío ,
 y cuyo ardiente voto
 los dioses me inspiraron?
 No son , no, los tesoros
 del Ganges celebrado,
 ni el oro y las riquezas
 del opulento Craso.
 Ni de Marte en las lides
 brillar funesto rayo ,
 ni que mi frente ciñan
 laureles sanguinarios.
 Tampoco los favores
 del necio prócer amo,
 ni junto al trono fiero
 mandar esclavizado.
 « Acaso te deslumbra
 la gloria de los sábios.»
 No : lejos de mi vista
 los triunfos literarios.
 ¿Yo de opinion agena
 viviera? ¿yo temblando
 del ignorante vulgo
 comprara el torpe aplauso?
 « Quizá en el blando vino

sepultas tus cuidados,
y sigues con Sileno
la enseña del gran Baco.”
Es cierto, que algun dia
bebí su partidario:
y no, no poca gloria
sus lides me alcanzaron.
Mas ya del traidor néctar
detesto el dulce engaño:
que sin razon no hay hombre,
ni gozo en el letargo.
Tú callas, bella Emilia;
mas tu silencio es vano:
que no una vez mis ojos
mi pecho te mostraron.
Artera, tú sonríes:
ya tu malicia alcanzo:
lo que mis ojos dicen,
repetirán mis labios;
con tal que des en paga
un beso anticipado:
por él de mis deseos
sabrás el grande arcano;
y te diré, mi Emilia,
cuál es el bien que ansío,
y cuyo ardiente voto
los dioses me inspiraron.

XII.

LA ENTREVISTA.

Cuando el rigor, bien mio,
 nos separó del hado,
 tu rostro ví inundado
 en lágrimas de amor.
 ¿Por qué, si mas benigno
 nos concedió un momento,
 este fugaz contento
 me amarga tu dolor?

Mas ¡ay! no alivia el verte
 mi acerba desventura,
 pues miro en tu hermosura
 mi ya perdido bien.
 Tormento son del alma
 tus gracias celestiales:
 á dar fin á mis males,
 sañuda muerte, ven.

Porque ¡ay de mí! ¿qué vale
 gloria pasada á un triste?
 Ya, Elisa, me perdiste:
 ya Anfriso te perdió.
 ¿Qué vale en pena tanta
 amor correspondido,
 que ni desden ni olvido
 un punto perturbó?

¿Qué vale la constancia,

el tierno llanto, el ruego,
 el amoroso fuego
 y el mísero gemir,
 si inexorable el hado
 juró nuestra ruina,
 y su impiedad continua
 nos obligó á sufrir?

¿Por qué miré esos ojos,
 funestos como bellos?

¿Por qué de tus cabellos
 prisiones me labré?

¿Por qué mi pecho, Elisa,
 con tu desden no heriste?

¿Por qué correspondiste
 con dulce amor mi fe?

¡O furia! ¡yo apartado
 del bien del alma mía!

yo, que por tí vivía,
 ¡ay! moriré sin tí.

¿Lloras? amor tirano,
 si la crueldad te agrada,
 tu flecha emponzoñada
 dispara contra mí.

Mas deja libre á Elisa
 de tu furor sañudo:

¿en qué ofenderte pudo
 su cándida beldad?

¿en qué el pudor ingenuo?

¿en qué el ardor constante?
 es infeliz y amante,

é implora tu piedad.

Mas lloras..... ¡ ay Elisa !

llora. Tu amargo llanto
le pide al cielo santo
venganza contra amor.

Verted, pues, ojos míos,
las lágrimas de muerte ;
verted, y de la suerte
cedamos al rigor.

Dulces ojos, deidades,
que en mi infortunio adoro,
unamos nuestro lloro
y crecerá el sentir.
Y de tan dura pena
contento el hado esquivo,
nos dará compasivo
la dicha de morir.

XIII.

EL PRIMER AMOR. (*Traducción del Metastasio.*)

¡ Qué bien dijo, amor, quien dijo
que tu primer llama era,
si una vez prendió en el pecho,
entre cenizas centella,
y oculta esperando que el aura la mueva,
al mas leve soplo levanta una hoguera!

Dígalo yo: que si miro
tal vez mi enemiga bella,

de su perfidia me olvidó,
 contemplando su belleza:
 de nuevo amoroso suspiró por ella,
 y es Nise de nuevo mi gloria y mi pena.

Ni tan solo es alimento
 del fatal delirio el verla:
 que en todas partes encuentro
 de mi perdicion la senda:
 el monte y el rio, el prado y la selva
 heridas mal sanas de amor me renuevan.

Alli me rindió: este prado
 la vió premiar mi terneza:
 junto á aquel bosque la ingrata
 se burló de mis querellas:
 y fieles testigos de paces y guerras,
 las fuentes y troncos su historia conservan.

Digo amores á las ninfas
 por divertirme con ellas:
 mas si en Clori ó Silvia admiro
 el donaire y gentileza,
 y en cantar sus gracias mi lira se emplea,
 el alma suspira: *mi Nise es mas bella.*

Del amor, dulce bien mio,
 por tí conocí la fuerza:
 por tí sola vivir quiero,
 ó morir si tú lo ordenas:
 y al pecho afligido dé alivio en sus penas,
 que tú de mi suerte el árbitro seas.

XIV.

EL PREMIO.

Estos son los preciosos momentos,
 que concede la suerte á un amante:
 ya cansada la diosa inconstante
 terminó mi infeliz suspirar:
 y al rigor, los desdenes, los celos,
 que affigieron mi pecho amoroso,
 ya sucede el placer delicioso,
 dulce premio á mi triste penar.

Bellos prados de grata verdura,
 que regó tantas veces mi llanto,
 hoy vereis como viene mi encanto,
 y os florece su amable reir;
 y tan tierna, benigna y graciosa,
 como esquiva otro tiempo y tirana,
 volverá cariñosa y ufana
 gozo y gloria mi eterno gemir.

Lindas flores, que al céfiro blando
 prodigais los nativos olores,
 la fragancia de puros amores,
 cuando venga mi dueño, esparcid:
 vientecillos, venid de la selva,
 dó cultiva sus mirtos Cupido;
 y asaltando ligeros su oído,
 las lecciones de amor repetid.

Clara fuente, que riegas el prado

dividida en perenes raudales,
 ¡cuántas veces tus puros cristales
 de mis ojos el llanto enturbió!
 Cuando venga á mirarse en tus ondas,
 y retrates su gracia y lindeza,
 dí tambien: «por amar tu belleza
 un amante mi curso aumentó.»

Mas ¡ay cielo! que viene mi Elisa,
 dando envidia á la cándida aurora.
 ¡Cuántas gracias su rostro atesora!
 ¡cuántos rayos esparce de amor!
 Fuentes, flores, arroyos y vientos,
 regalad cariñosos mi amada:
 cantad, aves, mi prenda adorada,
 mientras premia de Anfriso el ardor.

XV.

LA LIBERTAD.

Feliz el alma, que huye
 de tus cadenas, amor,
 y para siempre deja
 tu lóbrega prision.

Ni grillos, ni argolla siento:
 libre nací, libre soy;
 y libre gozo, ó dia,
 tu plácido esplendor.

Ni aun la señal de los hierros
 en pie ó en mano quedó:

mi frente no del sello
 conserva ya el borron.

Tan osado el desengaño
 la fatal cárcel rompió,
 que vió el amor mi fuga,
 y no lanzó su arpon.

Ya de mi antiguo tirano
 me burlo tan sin temor,
 que á sus agudas flechas
 expongo el corazon.

De la amistad su enemiga
 la enseña siguiendo voy;
 y á mi placer blasfemo
 de aquel mentido dios.

No hay beldad, por mas que ostente
 en rostro y cuello el albor,
 la aurora en la sonrisa
 y en el cabello el sol;

Que merezca otro cuidado
 á mi libre desamor,
 que el de cantar sus gracias
 tranquilo y sin pasion.

Ni temo crudos desdenes,
 ni ardo en celoso furor,
 ni su funesta venda
 me pone la ilusion.

Amo solo por mi gusto:
 olvido cuando hay razon:
 y á la amistad le pido
 las dichas del amor.

Y tú, inconstante hermosura,
 cuya mudanza acabó
 con solo un desengaño
 mi gloria y mi dolor:

No temas, no, que te ultraje
 injusta y libre mi voz,
 ó que tu nombre manche
 con áspero baldon.

Insulte un débil amante
 la belleza que adoró:
 y exhale en duras quejas
 el no extinguido ardor.

Nadie tus divinas gracias
 celebrará mas que yo:
 las dichas que te debe,
 mi pecho no olvidó.

Y si mi penar fue largo,
 y el placer sombra veloz,
 culpa es de amor y mia,
 no es culpa tuya, no.

Tú estás inocente, Emilia:
 ese vendado traidor
 fue quien, ardiendo el mio,
 tu fuego consumió.

O mas bien, yo fuí tan loco,
 que me persuadí ¡ó error!
 que en pecho de una bella
 durara la pasión.

Cuantas penas tu inconstancia
 no esperada me causó,

de aquel delirio insano
la medicina son.

Cualquier hermosa la diera:
mas de tu mano es mejor:
que al fin, mas blanda hiere
la que rendida amó.

De aquel amor tierno, de esta
saludable curacion,
Emilia hermosa, quedo
dos veces tu deudor.

XVI.

FILIS SEPARADA DE SU AMANTE.

Invierno erizado,
que enlutas el cielo,
y cubres de hielo
las almas y el prado:

Por tí los raudales
su curso entorpecen:
por tí languidecen
los tiernos frutales.

Le robas sus flores
al márgen del rio,
y al bosque sombrío
sus nidos y amores:

Su grata verdura
al valle aterido,
su pasto al egido,

y á mí mi ventura.

Perdí á tu venida
mi amante, mi amado,
mi tierno cuidado,
mi gloria y mi vida.

Imploro doliente
al hado y al cielo:
mas no dan consuelo
á penas de ausente.

La misma esperanza
mis males aumenta;
que amor siglos cuenta
en breve tardanza:

Y allá cuando dieres,
gentil primavera,
fulgor á la esfera
y al mundo placeres,

Verá el alma mia
al dueño que adora:
¡cuán lenta es la aurora
de aquel feliz día!

El soplo suave
del Céfito blando,
la selva brotando,
los cantos del ave:

Pradera halagüena
de amor y recreo
mi ardiente deseo
las finge ó las sueña.

Si tal vez depone

el monte su nieve,
y á abrirse se atreve
la flor de Dione:

Aquel breve rayo
engaña el sentido,
y á enero le pido
las flores de mayo.

Mas viene á deshora
el Noto irritado,
y roba al collado
la luz que lo dora.

Al prado se lanza,
la rosa fallece:
con ella fenece
mi dulce esperanza.

Perdida alegría
de un alma doliente,
si el hado inclemente
de tí me desvía:

Borrar tu memoria
del pecho no puede:
que amor nunca cede,
y amarte es mi gloria.

Ni temas que huya
tu dulce cadena:
que alivio mi pena,
pensando en la tuya;

Y á pechos leales,
amor, les previenes,
que esperen los bienes,

si sufren los males.

Su ley, dulce amado,
 constantes guardemos,
 y así triunfaremos
 del tiempo y del hado.

XVII.

EL PONCHE.

Al dios celebremos
 que alegre y festivo
 difunde en las almas
 su dulce furor.

Y dando benigno
 delicia sin pena,
 la flecha sañuda
 despunta de amor.

Al dios celebremos,
 que al Bétis florido
 trajeron las naves
 del fiero Albion:
 que tal vez el suelo,
 fecundo de males,
 produce á los hombres
 benéfico don.

De palma remota
 corona su frente:
 su rostro iracundo
 enseña á reir.

El vaso espumante,
henchido en la mano,
su voz poderosa
debemos oír.

No temas, mi Fílis,
su fuego nativo:
que templa su fuego
el blando azaar.
Gocemos del día
brillante y sereno:
que es necio el que espera
pudiendo gozar.

XVIII.

LA SIMPATIA.

Rayo de amor, celeste simpatía,
fuego inmortal que abrasa sin dolor,
llama feliz, que al de su amante envía
un corazón con dividido ardor;
tu lumbre fue la favorable estrella,
que me guió á los pies de Fílis bella.

Tú, blanda paz del mundo y de los seres,
ligas al sol el astro matinal:
por tí el león suspira los placeres,
y unen por tí dos fuentes su raudal:
por tí al mirar de Fílis la hermosura,
del tierno amor probé la llama pura.

En tierra, mar y viento tú dominas

al bruto, al pez, al pájaro fugaz:
 la linda flor hácia la flor inclinas,
 y al duro iman el hierro montaraz:
 tu lazo fue, divina simpatía,
 el que me unió con la adorada mía.

XIX.

AL CUMPLEAÑOS DE EMILIA.

Es hoy el fausto día,
 que á tus floridos años
 un nuevo giro añade
 el padre de los astros.
 Y aunque de mustia escarcha
 yace cubierto el campo,
 y á la prision de hielo
 el manso arroyo atado;
 alegre monte y valle
 no sé qué nuevo encanto,
 y dulce primavera
 halaga los collados.
 La flor que de la nieve
 temía los estragos,
 al viento y luz descubre
 el cáliz esmaltado.
 Calla el furioso soplo
 del Aquilon insano,
 y va por los oteros
 el Céfito jugando.

No ya la aurora nieva
entre celages pardos:
que vierte en los pensiles
el alelí del mayo.

Las aves que perdieron
nidos y sombras, cuando
el rígido diciembre
taló su pompa al árbol;
ya bulliciosas vuelven,
y animan selva y prado,
y cantan sus amores
y oye el amor sus cantos.

Menos adusta alza
su faz el monte cano,
y nítida esmeralda
matiza su costado.

Todo es placer: el cielo
sereno brilla y claro,
y brota en las praderas
abril anticipado.

Sí, hermosa Emilia, hoy vuelve,
el Bétis alegrando,
la luz en que naciste
á ser de amor milagro.

Venid, pastores. Sea
júbilo y danza el prado,
y nuestra dulce amiga
gozosos aplaudamos.

Desprecia ya, Sileno,
de amor el fiero dardo;

que si en la cera encarna,
se embotará en el mármol.

Baña de alegre risa

los juveniles labios,

aunque tu risa ofenda

al flechador tirano.

Y tú, de las pastoras,

Aristo fiel, cuidado,

tu blanda lira pulsa

que vence suspirando.

El son de la ternura

al aire dé su encanto,

ó del amor triunfante

el plácido desmayo.

Asi en tu edad florida

trocabas sollozando

de tu inconstante Iberia

las quejas en halagos.

Oyelos tú gozosa,

divina Emilia, en tanto

que digna voz á Apolo

pide tu Anfriso amado.

Y si mis versos pueden,

en Helicon grabados,

al golfo del olvido

sobrenadar ufanos;

irá de gente en gente

tu nombre idolatrado,

ni tu amable memoria

marchitarán los años.

Mas vivirá halagüena,
 mientras el sol de ocaso
 derrame sobre el Bétis
 sus moribundos rayos.
 Vive feliz, delicia
 de tus amigos caros,
 y sus sencillas flores
 recibe con agrado.
 Mas si el amor se oculta
 artero en algun ramo,
 con solo que lo aceptes,
 ya queda bien premiado.

XX.

LA QUERRELLA INUTIL.

Si ardientes suspiros,
 si lágrimas tiernas
 vencer no pudieren
 tu cruda fiereza;
 del pecho brotaron,
 al pecho se vuelvan.

Un tiempo mi afecto
 premiaste risueña;
 trocó tu mudanza
 mis glorias en quejas:
 mas ¡ ay! pues son vanas,
 al pecho se vuelvan.

Mas fácil lanzada

se para la piedra ,
 que escuche los ruegos
 mudable belleza :
 inútiles ruegos
 al pecho se vuelvan.

Los necios rivales
 tu olvido celebran ,
 y escuchan riendo
 mis tristes querellas :
 del pecho salieron :
 al pecho se vuelvan.

XXI.

LA MUDANZA.

Lamento , infiel , lamento ,
 aun mas que tu mudanza ,
 el ver sin esperanza
 y eterna mi pasion :
 que cuando tu perfidia
 herido y triste llora ,
 perdido bien te adora
 el tierno corazon.

Y cual la vid podada
 con mas vigor recrece ,
 y herido retoñece
 el alto ciclamar ;
 asi cuando en tu pecho
 las iras son mayores ,

levanta mas ardores
mi inextinguible amor.

¡Ay! ¿quién, tormento mio,
asi pudo trocarte?

¿es delito el amarte,
ó lo es amarte yo?

Mas tú de mi delito,
cruel, la culpa tienes.

¿Por qué brota desdenes
un pecho, que ya amó?

¿Quién convirtió en desvíos
aquellos dulces lazos?

¿quién me cerró los brazos,
en que feliz viví?

¿Por qué murió en tu boca
el beso regalado?

¿por qué tu labio helado
ya es mudo para mí?

Perdí el mirar suave,
perdí el suspiro ardiente,
y en mi gemir doliente
te gozas desleal.

¿Por qué la muerte impía
no acaba mis dolores,
y sacia sus furores
la causa de mi mal?

Mas tú, mi dulce Emilia,
entonces ¡ay! piadosa
sobre mi helada losa
llorarás tu rigor:

y tarde arrepentida
del duro ceño impío,
dijeras: «él fué mio
con verdadero amor.»

Ora, que aun vivo y puedo
gozar de tus piedades,
depon fieras crueldades
y al tierno pecho ven.
Consuele en él tu halago
cuanto tu ceño ha herido;
y vuelve, amor perdido,
á ser su dulce bien.

XXII.

AL AMOR.

Amor, ¿quién entiende tus fieros engaños,
tus paces, tus guerras, tu falsa dulzura,
el plácido halago, la acerba amargura,
que tejen la vida del triste amador?
El sol mas luciente le nace riendo,
y logra dichoso tus blandos favores:
mas súbito un áspid le muerde entre flores,
y abrasa sus venas celoso furor.

Amante de Emilia probé su desvío:
su ingrata belleza dejaba indignado:
vencerla no pude lloroso y postrado,
y solo un enojo domó su desden.
Gocé sus favores, gemí sus mudanzas,

rompí mi cadena, volví á sus caricias,
 lloré mil pesares, canté mil delicias,
 y fue de mis años la pena y el bien.

La ausencia y los celos con furia doblada
 mi pecho affigieron sensible y amante:
 mis tristes querellas burló la inconstante,
 gozándose en verme rendido al dolor.
 Busqué en la mudanza remedio á mis males,
 y el mismo remedio mis males aumenta:
 y siempre asaltado de nueva tormenta,
 el piélago airado surqué del amor.

Y cuando en el templo del fiel desengaño
 la tabla he fijado del náufrago leño,
 la ingrata me halaga, y al áspero ceño
 sucede la risa del dulce querer.

Amor, te conozco: la ingrata hermosura
 reparte contigo los crudos arpones:
 que solo os agrada prender corazones,
 y si huyen la pena, brindais el placer.

XXIII.

LA AMISTAD.

Fílis, tu amistad hiciera
 mi tierno pecho feliz,
 si al fuego suave, que sientes é inspiras,
 amor no mezclara su llama sutil.

¡ Cuán gallardo crece el lirio,
 gala del templado abril,

si el soplo del Euro conmueve sus hojas,
y riega la fuente su verde raiz!

Mas si ardiente el sol de junio
sobre él comienza á blandir
el férvido rayo, que abrasa los campos,
y trueca en incendios el claro cenit:

Lánguido y mustio fallece,
é inclinada la cerviz,
el vástago seco, marchitas las hojas,
de tristes ruinas alfombra el pensil.

Amor, tiránico dueño,
me ha condenado á gemir
la dicha, que logro, gozando tu afecto:
que tú amas tranquila, y yo ardo por tí.

Si miro tus bellos ojos
á los míos sonreír,
y el beso apacible de amiga me ofreces;
yo loco el de amante quisiera imprimir.

Tus miradas, tus caricias,
tus juegos, toda tú en fin
la imágen me ofreces del puro cariño:
y yo suspirando lo gozo infeliz.

Cese ya el engaño: ó ama
como yo, ó huye de mí:
que humanas venturas las mide el deseo,
y gozo no entero no es gozo, es morir.

XXIV.

EL ESCARMIENTO.

Amor, ya libre respiro
 de tu piélago espantoso :
 ya en el seguro reposo
 de las orillas me miro.
 Si aun suspiro,
 no es de amante, es de cansado :
 que quien en el trance airado
 con vida escapó de Marte,
 aun sueña que sigue el fiero estandarte,
 y tiembla el peligro despues de pasado.

La hermosura encantadora,
 que aprisionó mi albedrío,
 de mi ciego desvarío
 se burla ingrata y traidora.
 Fue señora
 de mi amor, y aun lo seria,
 si tan necia como impía
 creyendo eterno su imperio,
 no hubiese rompido del vil cautiverio
 los vínculos fuertes su indigna falsía.

¡ Dichosos los desconsuelos,
 que tu rigor me ha costado !
 ¡ dichoso el llanto, el cuidado,
 la agitacion, los desvelos,
 y aun los celos !

que en tu mudanza ó desden
 hoy recibo el parabien
 de cuantas penas mi vida
 por tí atormentaron: que así, fementida,
 á fuerza de males labraste mi bien.

Y tú, flechero vendado,
 que un tierno pecho engañaste,
 adios para siempre: baste
 los años, que me has robado.
 Su sagrado
 la amistad me brinda abierto:
 ya ocupo tranquilo el puerto:
 Fílis y Euterpe me ofrecen
 los sacros laureles, que siempre florecen,
 y el puro cariño, que nunca es incierto.

XXV.

AL MISMO ASUNTO.

Injusto es tu enojo, querido bien mío:
 si yo desconfío del niño vendado,
 también he probado su falsa esperanza,
 su triste mudanza.

Yo náufrago he visto la mar alterada,
 la nave azotada tocar las estrellas,
 y raudas centellas el piélago horrendo
 y el aire encendiendo.

Yo ví peregrino, la senda perdida,

en fiera avenida crecido el torrente
cubrir dique y puente y el campo inundado
de yerto ganado.

De violas y rosas el prado florido
gocé divertido ; cogí las mas bellas ,
y un áspid entre ellas vertió por mi seno
su ardiente veneno.

No extrañes , que turbe el fiel escarmiento
la gloria , que siento , tu rostro adorando :
que es necio el que amando del dios , que lo enciende ,
las artes no entiende .

XXVI.

EL DESEO.

Ya de fulgentes flores se adorna primavera :
el céfiro apacible discurré por el prado :
verdura deleitosa el plácido collado
y mirto florecido corona la ribera.

La edad de los amores

ya vuelve : el dios vendado su cierto arpon envía :
ya abrasa en vivo fuego zagalas y pastores :
ya vuelo á tus rediles , amada Filis mia.

No aljofarada yerba del recental querida ,
ni tanto al seco arbusto la lluvia es deliciosa ,
ni de cobarde gamo la loba deseosa ,
ni de repuesta fuente la cierva malherida ,
cual yo de tu semblante
busco la luz hermosa , que afrenta la del dia :

si el aterido invierno me vió gemir constante,
ya vuelo á tus rediles, ya vuelo, Fílis mia.

Llevaba mis suspiros el Aquilon silboso
del Nervion nublado al Ebro floreciente:
de su feliz ribera y de mi amada ausente,
mil veces acusaba al mayo perezoso.

Cuando el agudo hielo
la tierra marchitaba, el aire entorpecía;
y de agrupada nieve cubrió su faz el cielo,
por tí, mi dulce Fílis, el corazon ardía.

Ya traspongo ligero los cántabros collados:
del alavés tranquilo discurro las montañas:
diviso allá á lo lejos las plácidas campañas
y de abundantes mieses los rios coronados.
Desciendo al Ebro hermoso;
y busco en su ribera mi gloria y mi alegría.
Alli estan sus rediles: amor, ya soy dichoso,
que ya vuela á mis brazos la amada Fílis mia.

XXVII.

LA ESPERANZA AMOROSA.

No hay diosa, que iguale
mi dulce adorada;
ni aurora rosada,
ni sol cuando sale.
Dale, Vénus, dale
la poma de oro,

que es Fíli el tesoro
 mas lindo de amor:
 Fílis bella es la gloria del Ebro,
 y de la hermosura la gala y la flor.

El alma arrebatada
 su blando desvió:
 hirió el pecho mio
 severa, no ingrata:
 si tal vez maltrata
 osados desvelos,
 con dulces ojuelos
 mitiga el dolor:
 Fílis bella es la gloria del Ebro,
 y de la hermosura la gala y la flor.

Si el mirto y la rosa
 los huertos florece,
 guirnaldas le ofrece
 mi mano amorosa:
 su frente graciosa
 con ellas ciñendo,
 mi amada riendo
 aumenta mi ardor:
 robo un beso á sus labios divinos,
 y no se me enoja del Ebro la flor.

Mi afecto constante
 su nieve ya inflama,
 y dulce me llama
 su amado y su amante:
 y cuando brillante
 robare el estío

las ondas al río
 y al prado el color,
 será mia la gloria del Ebro,
 y de la hermosura la gala y la flor.

XXVIII.

EL BESO.

Cual suele venciendo su márgen riscoso
 lanzarse á las tierras
 soberbio el torrente, é inunda primero
 la humilde pradera:

Y luego crecido con lluvia incesante
 no admite riberas,
 y chozas y establos, ganados y puentes
 las ondas se llevan:

Del súbito estrago el rústico huyendo
 se acoge á la sierra,
 y allí guarecido los turbios raudales
 seguro contempla:

Asi los furores del niño vendado,
 que Jove respeta,
 al ver que domina con pérfido cetro
 entrambas esferas:

Burlé asegurado, buscando en tu pecho
 ¡ay Filis! contellas
 del fuego inocente, que enciende las almas
 con llama halagüeña.

Amiga constante, premiando mi afecto

gozosa y risueña,
 en plácidos juegos, en puras caricias
 y en pláticas tiernas

Las horas sabrosas fugaces volaban,
 la vida con ellas,
 de amor ignorando la risa dañosa,
 la ardiente saeta.

Mas ¡ay! que en el pecho sintiendo á deshora
 cual sierpe encubierta,
 la herida funesta probé de su aljaba,
 que mata y recrea.

Al bosque apacible de altivos laureles
 ¡ay Fílis! ¿te acuerdas?
 huyendo de Febo llevónos un día
 la férvida siesta.

Alli recostados al márgen florido
 de fuente encubierta,
 que en mansas raudales los mirtos y rosas
 halaga parlera;

De tórtola amante hirió nuestro oído
 la ardiente querella,
 y en trinos suaves su fuego amoroso
 lanzó Filomena.

No sé qué torrente de llama sabrosa
 corrió por mis venas,
 y en dulce esperanza de nuevos placeres
 mi pecho enagena.

Ansioso te pido el beso de amiga;
 y tú blanda y tierna
 mi ardiente mejilla con boca inocente

buscabas contenta.

¿ Por qué ya sedientos de gozos acerbos,
te dí en vez de ella
mis labios que osaron sellar por su daño
la rosa entreabierta ?

¿ Por qué respirando su aroma divino,
gusté de entre perlas
la miel destilada, que fiera ponzoña
ya el alma me quema ?

Despues de aquel dia, mi pecho encendido
sosiego no encuentra,
ni el campo me agrada, ni busco del Bétis
las plácidas vegas.

Dejé los amigos: los libros me enfadan,
y, Fílis, tú mesma
con blandos afectos, con puras caricias
mi pecho atormentas.

Y al mal que padezco, querido bien mio,
remedio no queda,
si no haces que al beso, que fue mi ruina,
mil besos sucedan :

Al nombre de amigo, delirios amantes ;
y al prado y la selva,
el tálamo blando, la antorcha fecunda,
que amores sosiega.

XXIX.

*

A M U S E O .

..... *Operosa parvus
Carmina fingo.*

HORAC.

No al plectro sublime
del vate Dircéo,
se atreve, ó amigo,
mi lánguido genio.
Humilde abejuela,
que agota su esfuerzo
libando en el márgen
de Henares ameno
ya el suave tomillo,
ya el rudo cantueso,
escribo afanado
dificiles versos.
Cual férvido rio
del monte corriendo,
si acrecen sus aguas
las lluvias y el viento:
asi el ditirambo
de Píndaro inmenso
se lanza, y los lauros
recoge de Febo.
Tú cauto le sigue,
mi amado Muséo:
su curso señala,

no emules su aliento.
 Que yo amedrentado
 admiro su vuelo,
 si el aura de Apolo
 le eleva hasta el cielo.
 No en alas de cera,
 surcando los vientos,
 á golfos remotos
 daré nombre nuevo.
 Mas tenue y suave
 del grato Permeso
 ya rosas, ya lirios
 despunto risueño.
 Beldad é inocencia,
 amores y juegos
 diré, si algo canto
 que escuches sin ceño.

XXX.

* LA TEMPESTAD Y EL ASILO.

¿No miras, vida mía,
 oculto el claro sol? ¿no ves la nube
 que enluta el bello día,
 cuál por los cielos se despliega y sube?
 ¡Ay! deja ya el solaz y la alegría
 de ese márgen feliz: teme, cuitada,
 que mientras juegas con las olas, ruja
 la tempestad, el rayo se embravezca,

*

y el firmamento sacudido cruja.
 Tiempo habrá en que florezca
 tu lindo pie la orilla deliciosa
 del cristalino Bétis: ora teme:
 blando abrigo te ofrece mi cabaña;
 y la rama frondosa
 del laurel, que verdor eterno baña,
 la cubre protectora y amorosa.
 Ven, y aquí burlarás la cruda saña
 de los airados vientos: ven, hermosa;
 que ya rebrama el Aquilon y el Noto
 del polo y de las sirtes descendiendo.
 ¿No oyes el silbo horrendo
 que resuena en los árboles del soto?
 ¿No ves ennegrecida la alta esfera,
 cerrarse el horizonte:
 cuajada en nieblas la cerviz del monte,
 y herida de altas hondas la ribera?
 ¡Ay! ven, que amor te llama:
 amor vela por tí. Tu riesgo advierte,
 mas doloroso á mi sensible pecho
 que las iras del hado y de la muerte.
 Huye, aun es tiempo: la remota cumbre
 el rayo tiñe en pavorosa lumbre.

Esta cabaña umbrosa
 tu dulce asilo sea:
 y aquí enjugar te vea
 mi llanto el blando amor.
 Premia, adorada hermosa,
 mi corazón sincero;

y brame el rayo fiero
y el austro silbador.

XXXI.

* A ARMINDA EN SU BODA.

Permite, bella Arminda,
que en la feliz guirnalda
con que el amor premiado
tus sienes hoy enlaza;
de la amistad la rosa
brille modesta y blanca,
y al mirto de Citera
nueva belleza añada.
Que aumentan mucho el precio
de la ventura humana
los cantos que la anuncien,
las voces que la aplaudan.
Y ¡oh! ¡si me fuese dado
templar mi lira anciana
y que en alegres himnos
Apolo la hechizara!
¡ Con qué placer diría
de tu hermosura y gracia,
de tu inocencia amable
las dignas alabanzas!
Tu filial ternura,
piadosa y noble alma,
candor, modestia, ingenio
gozoso yo cantara.

Y el impaciente jóven
 cuando con mano osada
 el velo de Himeneo
 abraza entre sus llamas:
 y la virtud, que acepta
 del tierno amor las ansias,
 y los preciosos frutos
 de union tan dulce y fausta.
 Mas si de Febo el lauro
 me niega esquivá Urania,
 de la amistad las voces
 á enmudecer no alcanza.
 Las que ella te desea
 vivas edades largas,
 feliz y virtuosa
 y amante y adorada.

XXXII.

* EL VINO Y LA AMISTAD.

¿Por qué, buscando la dicha,
 se afanan sábios y necios,
 cuando tan fácil la tienen
 en el nectar de Lieo?

*Bebed, dulces amigos,
 los vasos empinad,
 y unidos celebremos
 el vino y la amistad.*

Cuando Arminda rigorosa
desprecia mi amante fuego,
con mi Silvio y con mi vaso
de sus desdenes me vengo.

Bebed, dulces amigos, etc.

Cuando á la amistad brindando,
mi Aristo, contigo bebo,
mas que el laurel de Minerva,
la dulce botella aprecio.

Bebed, dulces amigos, etc.

La triste ambicion del oro,
amigos, huya al averno;
y las flechas de Cupido
contra los vasos quebreemos.

Bebed, dulces amigos, etc.

XXXIII.

* A FILIS, EN EL DIA DE SU SANTO.

Perdona, bella Filis,
que cante todavía
tu hermosura y tus gracias
mi cítara atrevida.
Si de tus lindos ojos
la dulce luz divina
es rayo de Cupido
y de su madre envidia:
si en el semblante puro
sus rosas encendidas
la juventud y el mayo

sembraron á porfía ;
 si en ese pecho , donde
 triunfante amor domina ,
 con la ternura grata ,
 santa virtud , respiras :
 culpa de tu belleza ,
 Fílís , será y no mia ,
 de mi extinguido genio
 que aun ardan las cenizas.
 ¿ Quién sufre sin cantarlo
 el fuego que tú inspiras ?
 ¿ Ni cuándo á hechizo tanto
 enmudeció la lira ?
 Y mas volviendo Febo
 fausto y feliz el día
 en que tu dulce nombre
 los cielos solemnizan.
 ¡ En cuántos corazones
 grabado está ! ¡ cuál gira
 por los amantes labios
 que tiernos lo suspiran !
 De la amistad en tanto
 candorosa y sencilla
 los votos y los dones
 recibe tú benigna.
 La amistad , que emulando
 á amor , no quema y brilla ;
 que sin su venda es ciega ,
 y libre se esclaviza.
 Las musas y las gracias ,

los juegos y las risas
 de seda y oro tejan
 el hilo de tu vida.
 Amor y orgullo seas
 de tu feliz familia:
 de tus amigos tiernos
 la gloria y la delicia.
 Nueva beldad tu rostro
 adquiera cada día:
 nueva virtud tu pecho,
 tu suerte nueva dicha.
 Y pues tus bellos ojos
 la ley severa dictan,
 si un venturoso haces,
 que mil esclavos giman;
 cuando á Cupido, Fílis,
 tu altivo pecho rindas,
 su rosa encantadora
 te ofrezca sin espinas.

XXXIV.

* EL VERGEL DEL AMOR.

Siguiendo las orillas
 de un plácido arroyuelo,
 llegué á un jardín hermoso
 envidia del Hibleo.
 Allí es corona el árbol
 del matizado suelo;

donde á la flor naciente
halaga el manso viento.
La plácida esmeralda
ofrece blando lecho
á los raudales puros ,
que al valle van riendo :
en tanto que las aves ,
saltando en el otero ,
el eco de las selvas
repite sus gorgéos .
Allí purpúrea rosa ,
eleva el lindo cuello ,
afrenta de Diana ,
y dulce amor de Vénus .
Al vástago dichoso
enagenado llego :
mas ¡ ay ! hiere mis manos
con su espinoso cerco .
Yo dije : « las espinas
de la esquivez no temo ;
que fáciles se rompen ,
cuando una vez hirieron .
Solo temo entre flores
al áspid de los zelos :
que no hay contra sus iras
ni asilo ni remedio . »

XXXV.

* LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

Brilló el dorado Febo
 en el cenit luciente :
 mas ya inclemente
 desde el Erebo
 tiende la noche fria
 el manto oscuro que sepulta el dia.

Nace gloria del prado
 la nacarada rosa :
 mas ya en la umbrosa
 sierra alterado
 ruge el ábrego fiero ,
 y difunta heldad la ve el otero.

El piélago apacible
 sulcó feliz navío :
 mas rayo impío
 baja terrible ,
 y los breosos lazos
 y el abeto inmortal quiebra en pedazos.
 De amor los dulces bienes
 gocé y el don divino :
 tronó el destino ,
 y á sus vaivenes
 fué mi dicha adorada
 luz muerta , nave hundida y rosa helada.

XXXVI.

* EPITALAMIO EN LAS BODAS DE ARDELIO
Y AMARILIS: A ARDELIO.

Lo juré, caro Ardelio: de Cupido
juré no mas cantar sobre mi lira;
y las rosas de Chipre, que me diera
para ornarla la diosa de Accidalia,
le desceñí, y el mirto enamorado
arrojé adusto lejos de mi frente.
Ya solo la virtud, la amistad santa
determiné cantar. La sacra oliva,
de la sacra Minerva dulce premio,
la sencilla natura, y el reposo
de un corazon contento y moderado
mi humilde musa celebró tranquila.
Mas ora del amor los dulces dones
me agrada renovar: ora que vierte
las llamas de su fuego mas suave
sobre el altar del plácido himeneo.
Sí; canto del amor, de la delicia
general de los hombres, cuando unido
á la santa virtud, en casto lazo
anuda los sencillos corazones:
hé aqui, mi dulce amigo, la ventura,
que tu inviolable fe, que tu constancia
y la de tu Amarilis hoy corona.
Y el canto del laud amartelado

que riberas del Bétis me dió Apolo,
 ¿negára yo á mi Ardelio? Bellas gracias,
 aquellas flores, que en mi edad primera
 para mi frente prodigó Heliconá,
 de nuevo dad al olvidado vate.
 Ya la ternura y la belleza canto,
 y la amistad, que al tuyo en blando nudo
 ligó mi corazon, ora halagüena
 para aplaudir tu amor, me entrega el plectro.
 Ama, ó Ardelio, y goza: feliz vive:
 ¡ah! vive á la virtud, al himeneo,
 al amor de Amarili: en paz dichosa
 vuelen serenos tus amables dias;
 y en tu favor el soberano cielo
 oiga benigno el voto de tu Anfriso.

I.

Ya del cenit rosado
 desciende primavera,
 y de pintadas flores
 el verde prado riega:
 amor el hondo valle /
 y el alto monte suenan;
 de dulce amor suspira
 la ninfa de las selvas.
 Y el tierno zagalejo,
 cuando á la luz primera,
 el céfiro del alba
 discurre por las vegas,

si el manso ganadillo
sobre el otero lleva,
á resonar los troncos
el blando nombre enseña.
De alegre canto el ave
las enramadas llena;
y en torno los amores
del dulce nido vuelan.
A la temprana llama,
que el orbe sonrosea,
amor en las campiñas
triunfando se presenta.
¿A qué pastor no hieren
sus vencedoras flechas?
¿O qué zagala hermosa
su imperio no sujeta?
Al yugo apetecido
se rinden y lo hesan,
y al blando cautiverio
con júbilo se entregan.
Mas víctimas vulgares
hoy el amor no acepta:
que en nobles corazones
prender su fuego intenta.
Tú del tartesio campo,
delicia y gloria excelsa,
Ardelio, á tí dirige
su mas ardiente flecha.
No de su aguda punta
la blanda herida temas;

que del cielo , que adoras ,
la disparó su diestra.

Del rostro de Amarilis
que acordes hermocean
de rosas Accidalia ,
y Cintia de azucenas.

Arde de amor ; que amada
de tí la vírgen bella ,
del fuego , que te abrase ,
será su pecho hoguera.

Goza , jóvenes tiernos ;
goza la edad risueña :
ya amor correspondido
os teje la cadena.

La antorcha de himeneo
ya brilla placentera :
ya el suspirado instante
de ser felices llega.

Y tú , del cielo hija ,
alma virtud , desciendas :
que no hay sin tí placeres ,
que efímeros no sean.

Las flores juveniles ,
edad sañuda , siegas ;
y en alas la hermosura
del crudo tiempo vuela.

Mas el celeste lazo ,
que la virtud estrecha ,
siempre de nuevas rosas
coronará ella mesma.

Hoy al placer os llama
 la dulce primavera.
 Del céfiro vencido
 el aquilon se ausenta.
 Fecundidad sonrío,
 y complacida espera
 el misterioso lecho
 colmar de prole bella.
 Vivid: y amor constante
 del Bétis la ribera
 en los futuros dias
 con vuestro ejemplo aprenda.

2.

Y ¿qué á la tierna esposa,
 amor, qué le prometes?
 ¿darásle de tu aljaba
 la flecha mas ardiente?
 ¿ó el arco victorioso
 que el mismo Jove teme?
 ¿ó el hechizado mirto
 que en tus jardines crece?
 «No: ¿qué Amarilis bella
 arpon ni hechizos quiere,
 si en sus divinos ojos
 mas cierto encanto tiene?
 Darela, sí, á sus dias
 felicidad perenne;
 y contará dichosa

por horas los placeres.
 No, cual suelo, mudable,
 mas grato y firme siempre;
 el pecho de su Ardelio
 será mi eterno albergue.
 Y en fin, porque á su dicha
 ninguna dicha llegue,
 haré que el himeneo
 la venda me renueve.”

3.

Oye, Amarili, el canto
 de amor correspondido,
 con que celebra Ardelio
 su gloria y tus hechizos.
 «De tus ojos, mi amada,
 mas dulce me es el brillo,
 que á los sedientos valles
 el matinal rocío.
 Es tu sonrisa el alba,
 que alegra los egidos:
 y de tu frente nace
 el sol de abril florido.
 Envidian tus colores
 la rosa y el armiño,
 y el aura de tu aliento
 el ámbar exquisito.
 Mas ¡ay! las lindas gracias
 que en tu beldad admiro,

de otras gracias reciben
su blando poderío.

Dulzura no alterada,
pudor sin artificio,
bondad y fe que tienen
tu corazón por nido;

labraron la cadena
que amor para mí hizo,
y que jamás, hermosa,
la deshará el olvido.

Primero por las sierras
huirán del mar los ríos,
y el sol volverá á Oriente
el lúcido camino.

Será del campo gozo
primero el hielo esquivo
y odiado el dulce pasto
del tierno corderillo;

que amor de mi existencia
no tenga el señorío,
y tú, mi bien, no seas
la vida por quien vivo.

¿Qué valen los tesoros,
del necio regocijo?

¿ni so dorados techos
el miedo y el fastidio?

Amor, virtud, belleza,
será el tesoro mío:

hé aquí, benigno cielo,
los dones que te pido.

Ven tú, adorada esposa,
á ser mi dulce hechizo.

Ilustre tu hermosura
mi venturoso aprisco.

Ven: que mayo te ofrece
sus rosas y sus mirtos,
y las risueñas fuentes
su espejo cristalino.

Ven: colma de un amante
el voto enardecido:
y el pecho, que ha llagado,
consuele amor benigno.”

Así con tierno acento
que inspira el dios de Gnido,
de la esperanza exhala
el plácido suspiro.

La dulce voz recogen
los céfiros festivos;
y de la amante esposa
la llevan al oído.

4.

Ven, dios de los placeres:
tu pura antorcha arda;
ven, de candidos lirios
la frente coronada.

Ven: ya el amor te espera;
ya las festivas gracias
las rosas de Citera
vertieron sobre el ara.

El céfiro apacible
agita ya sus alas,
y esparce sobre el lecho
del mayo las fragancias.
Ven; que tu luz espera
mas linda que Accidalia
la esposa embellecida
de amores y de gracias.
Ternura, que la enciende,
pudor, que la recata,
del amoroso Ardelio
las atrevidas ansias;
y la ilusion hermosa
en realidad trocada
ilustrará benigna
tu misteriosa hacha.
Desciende: el trono deja,
dó vencedor preparas
placer á la ternura
y premio á la constancia.
Oye la voz festiva,
que llena la montaña,
y del tartesio rio
las húmidas moradas:
ven, himeneo, vuela:
amor te da sus alas;
y su brillante velo
las sombras y Diana.
Ven; y al candor primero
verá envidiosa el alba

de Ardelio y Amarilis
la union afortunada.

XXXVII.

* EL DESENGAÑO.

Oyó, Elisa, mis votos
el cielo; y ya clemente
al agitado pecho
la dulce paz le vuelve.
¿Qué pena podrá ahora
el alma entristecerme,
si la funesta flecha
ya del amor no siente?
el áspero destierro
del siempre amado Bétis,
la proscripcion injusta,
del hado los vaivenes;
la ausencia de los míos,
que el corazón me hiere,
y de enemigos fieros
los odios y las redes;
dulzura para Anfriso
serán y gozo alegre,
como tus lazos, fiera,
escarmentado deje.
Ya fugitivo surque
los golfos del oriente,
adonde el Euro apenas

las quietas ondas mueve.
Ya el piélago del Norte
intrépido navegue,
donde entre heladas nubes
el mustio sol fallece.
No ya de ageno arbitrio
dependerá mi suerte,
ni de un tirano dueño
mis males y mis bienes.
Para gozar del mundo
los rápidos placeres,
no esperaré que Elisa
los goce ó los apruebe.
Y si mi vida aflige
la adversidad perenne,
no buscaré en su pecho
consuelos que atormenten.
Soy libre ya, soy mio:
amor su imperio pierde:
de la ilusion mentida
rompí la venda aleve.
Gracias te doy, Elisa,
que falsa é insolente
mi perniciosa herida
sanaste para siempre.
No mas amor: la vida
asaz de males tiene,
sin que el falaz prestigio
los doble ó los aumente.

EPIGRAMAS.

I.

A VENUS.

Deja, ó madre del amor,
 las bellas selvas de Gnido:
 ven á mi jardin, te pido,
 con el niño flechador.
 Venga el no agreste pudor,
 que flores temblando pisa,
 las gracias, la blanda risa:
 y en tan delicioso alarde,
 si ha de ser feliz la tarde,
 Vénus, que no falte Elisa.

II.

EL DESPEDIDO. (*Traduccion del frances.*)

Me amaba ayer *con furor*,
 segun dijo, mi querida;
 y hoy en carta muy cumplida
 se despide de mi amor.
 Venid, feliz sucesor,
 estos efectos tomad,
 lo copia de su beldad,
 sus billetes mas de ciento,

su pelo y su juramento
de eterna fidelidad.

III.

LA FACIL. (*Traducción del frances.*)

¿ Al primer asalto mía ?
por Dios que esto va, señora,
mas pronto que yo quería.
Si ha de durar mas de un día,
resistid siquiera una hora.

IV.

BELEZA PERFECTA.

Un retrato formó el cielo
de belleza celestial:
carmin, nácar y cristal
dieron color al modelo:
su risa fue la que al suelo
derrama el alba graciosa;
talle y mirar de una diosa;
y añadió á tanta hermosura
un alma modesta y pura,
y le dió por nombre *Rosa*.

V.

LA TARDE.

Ya el rayo declina , ya Febo el último otero
 con lumbre plácida desde el ocaso dora.
 Céfiro, dejando alegre la apacible floresta,
 árbitro del mayo, por la pradera rie.
 Al laurel agita, al árbol sacro á Minerva,
 y á tí, del márgen verde corona, tilo.
 Las claras ondas su hermosa copa retratan,
 y nuevo encanto da retratada al rio.
 Mas Céfiro, el márgen, los troncos, verde pradera
 y pura linfa, que entre la grama huye:
 Todo lo vence Fílis; que amante al son de mi ayena
 á mis rediles su manadilla guia.

VI.

A FÍLIS.

Fílis, tus adoradores
 burlas alegre y festiva,
 cual la ninfa fugitiva,
 que juega con los amores.
 Jóven beldad, los ardores,
 que inspiras, aun no has sentido:
 mas cuando prenda Cupido
 en tu corazon su fuego,

verás cuán serio es el juego,
que empieza con un gemido.

VII.

AL AMOR. (*Traducción del italiano.*)

¿Por qué no tienes ojos, dulce niño,
mas bello que los dioses mas hermosos?
Responde amor: «los cielos
me los dieron vivaces y graciosos,
y á mis hijos los dí, que son los celos.»

VIII.

A L A M O R .

Tal vez , amor , bajo el sagrado velo
de la amistad encubres tu furor :
el corazon se entrega sin recelo ,
y en él clavas la flecha á tu sabor .
Tirano dios , cuya perfidia lloro ,
el infortunio me enseñó á temer :
mas ¡ay de mí ! si mi peligro adoro ,
¿ qué vale , amor , tu astucia conocer ?

IX.

Lazo de blandas flores
me tejió el amor :

yo recibí inocente
la suave prision.

Mas al romperlas,
¡ay de mí! que las flores
ya eran cadenas.

X.

Ruiseñor amoroso,
vuela, y no temas,
vuela, y no te acobarden
balas ni flechas.

Dame tus alas,
verás si á mí me asustan
flechas ni balas.

XI.

Amante pecho mio,
ya llegó el tiempo
de olvidar, que pudiste
romper tus hierros:

Que amor decreta
á esclavo fugitivo
doble cadena.

XII.

Tú del bien de mi vida
el seno adornas,

¡ó rosa! donde muero,
mueres dichosa.

Que de ese cielo
te consume la envidia
y á mí el deseo.

XIII.

Me agraviaste y pretendes
que yo me rinda:
tú que el puñal clavaste,
sana la herida.

Que es caso fuerte
querer que un ofendido
quejoso ruegue.

XIV.

Amoroso suspiro,
vuela á mi bella;
vuela tan silencioso,
que no te sienta:

Y si te siente,
dile que eres suspiro,
no de quién eres.

XV.

Tiende, noche benigna,
tu oscuro velo,

que me importa la vida
ver á mi cielo ;

Y amor me dice,
que tu sombra y su venda
me harán felice.

XVI.

Nunca esperes , ingrata,
pases conmigo :
desengañado amante
no es buen amigo :

Que aunque mas nobles,
la amistad tambien tiene
sus ilusiones.

XVII.

No te contentes , Fabio,
con ser querido :
camina á la victoria,
pues ya hay camino.

Muchos se pierden
por dormirse á la sombra
de sus laureles.

XVIII.

Jamas , Fílís hermosa,
seré tu dueño :

mas si tú lo eres mio,
vivo contento :

Que en nobles almas
el merecer la dicha
casi es gozarla.

XIX.

Yo desdeñé celoso
su tierno halago ;
y ella los dulces ojos
volvió llorando :

Y juez los celos ,
ella fue la inocente ,
yo fuí el reo.

XX.

Ven , hermosa serrana ,
ven á mi selva ,
que el sol por esos campos
tu rostro quema :

Ven y no tardes ,
que aquí hay fuentes y sombras
y amor y amante.

XXI.

Si me niegan la dicha
de poseerte ,

la gloria de adorarte,
mi bien, no pueden.

Y no la diera
ni aun por la misma dicha
que se me niega.

XXII.

Borrar del pecho quise,
fiera, tu imagen;
y ya casi me alegro
de no olvidarte:

Que es tu recuerdo
el mas seguro aviso
del escarmiento.

XXIII.

Deja siempre una parte
libre del pecho,
y no, Filis incauta,
lo des entero.

Ten un asilo,
donde, si amor te ofende,
puedas huirlo.

XXIV.

Un desden agradable,
Filis, no daña,

cuando de ser vencido
deja esperanza:

Y es el mas sábio
el que al amor aviva
sin injuriarlo.

XXV.

Sufriste mis desdenes
tierno y constante,
y á olvidarme aprendiste,
cuando yo á amarte.

¿Cuál es tu dicha,
ingrato, si al gozarla,
ya no la estimas?

FIN.



INDICE

DE LAS POESIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO II.

POESIAS AMOROSAS.

I.	<i>La primavera</i>	Pág. 3
II.	<i>A Elisa</i>	4
III.	<i>El convite del pescador</i>	6
IV.	<i>Debe gozarse de la juventud</i>	7
V.	<i>La luna</i>	9
VI.	<i>La queja</i>	11
VII.	<i>Al mismo asunto</i>	14
VIII.	<i>La entrada del invierno</i>	15
IX.	<i>El amor no conocido</i>	16
X.	<i>El convite de estío</i>	18
XI.	<i>A Emilia</i>	20
XII.	<i>Los celos</i>	22
XIII.	<i>El amor inmortal</i>	24
XIV.	<i>El sueño del infortunio</i>	26
XV.	<i>A D. Diego Montero, mi amigo</i>	30
XVI.	<i>La reconciliacion imposible</i>	39
XVII.	<i>A Serafina</i>	41
XVIII.	<i>El cumpleaños de Celmira</i>	42
XIX.	<i>La ausencia</i>	47
XX.	<i>Celia á Anfriso</i>	50
XXI.	<i>A Aletino, que abandonó el estudio y las musas por el amor</i>	54
XXII.	<i>El desengano</i>	56
XXIII.	<i>Vénus buscando al amor</i>	60
XXIV.	<i>En las bodas de Mirtila</i>	63
XXV.	<i>Fragmentos de una nueva ópera de Reinaldo y Armida</i>	67

ROMANCES.

I.	<i>A Eutimio, en la muerte de su madre.</i>	76
II.	<i>La cabaña.</i>	83
III.	<i>Celima.</i>	90
IV.	<i>Belinda.</i>	96
V.	<i>A Lucinda.</i>	102
VI.	<i>El despecho.</i>	104
VII.	<i>El temor de la mudanza.</i>	107
VIII.	<i>El respeto.</i>	109
IX.	<i>La victoria inesperada.</i>	111
X.	<i>El pescador Anfriso.</i>	114
XI.	<i>La primavera.</i>	142
XII.	<i>La historia del amor.</i>	145
XIII.	<i>Narcisa.</i>	146
XIV.	<i>Filis.</i>	149
XV.	<i>El agüero.</i>	151
XVI.	<i>La precaucion.</i>	153
XVII.	<i>A Vénus.</i>	155
XVIII.	<i>A la muerte de la Excma. Sra. Duquesa de Frias.</i>	157
XIX.	<i>A Arminda en su cumpleaños.</i>	164
XX.	<i>A Ismenia.</i>	166
XXI.	<i>A Eugenio.</i>	168
XXII.	<i>Del amor.</i>	170
XXIII.	<i>El desengaño inútil.</i>	172
XXIV.	<i>La declaracion.</i>	175
XXV.	<i>A Lastenia.</i>	180
XXVI.	<i>El recelo.</i>	181

IDILIOS.

I.	<i>El desden.</i>	184
II.	<i>La felicidad.</i>	187

III.	<i>El recelo injusto</i>	188
IV.	<i>La tempestad</i>	190
V.	<i>La ausente</i>	192
VI.	<i>A un árbol</i>	193
VII.	<i>A mi ausente en su día</i>	194
VIII.	<i>El túmulo</i>	197
IX.	<i>La jardinera : anacreónticas</i>	199
X.	<i>El sueño</i>	209
XI.	<i>Mi deseo</i>	210
XII.	<i>La entrevista</i>	212
XIII.	<i>El primer amor</i>	214
XIV.	<i>El premio</i>	216
XV.	<i>La libertad</i>	217
XVI.	<i>Filis separada de su amante</i>	220
XVII.	<i>El ponche</i>	223
XVIII.	<i>La simpatía</i>	224
XIX.	<i>Al cumpleaños de Emilia</i>	225
XX.	<i>La querrela inútil</i>	228
XXI.	<i>La mudanza</i>	229
XXII.	<i>Al amor</i>	231
XXIII.	<i>La amistad</i>	232
XXIV.	<i>El escarmiento</i>	234
XXV.	<i>Al mismo asunto</i>	235
XXVI.	<i>El deseo</i>	236
XXVII.	<i>La esperanza amorosa</i>	237
XXVIII.	<i>El beso</i>	239
XXIX.	<i>A Museo</i>	242
XXX.	<i>La tempestad y el asilo</i>	243
XXXI.	<i>A Arminda en su boda</i>	245
XXXII.	<i>El vino y la amistad</i>	246
XXXIII.	<i>A Filis en el día de su santo</i>	247
XXXIV.	<i>El vergel del amor</i>	249
XXXV.	<i>La inconstancia de la suerte</i>	251
XXXVI.	<i>Epitalamio en las bodas de Ardelio y de Amarilis</i>	252
XXXVII.	<i>El desengaño</i>	261

EPIGRAMAS.

I.	<i>A Venus</i>	263
II.	<i>El despedido</i>	id.
III.	<i>La fácil</i>	264
IV.	<i>Beldad perfecta</i>	id.
V.	<i>La tarde</i>	265
VI.	<i>A Filis</i>	id.
VII.	<i>Al amor</i>	266
VIII.	<i>Al mismo</i>	id.
IX.	id.
X. XI. XII.	267
XIII. XIV. XV.	268
XVI. XVII. XVIII.	269
XIX. XX. XXI.	270
XXII. XXIII. XXIV.	271
XXV.	272

ERRATAS

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
32.....	12.....	arrastre.....	arrastres
49.....	9.....	huyó.....	huyo
56.....	18.....	adorada.....	dorada
244.....	18.....	hondas.....	ondas
264.....	4.....	ACIL.....	FACIL
265.....	3.....	otero.	otero
id.....	4.....	ocaso.....	ocaso dora.

